

BUENOS AIRES NOIR

ANTOLOGÍA DE
CUENTOS POLICIALES

COMPILADO
POR
ERNESTO MALLO

INÉS GARLAND
ERNESTO MALLO
VERÓNICA ABDALA
ELSA OSORIO
CLAUDIA PIÑEIRO
PABLO DE SANTIS
INÉS FERNÁNDEZ MORENO
ALEJANDRO PARISI
ALEJANDRO SOIFER
ENZO MAQUEIRA
GABRIELA CABEZÓN CÁMARA
LEANDRO ÁVALOS BLACHA
MARÍA INÉS KRIMER
ARIEL MAGNUS

ALEAGUARA


Compilados por Ernesto Mallo

Buenos Aires Noir
Antología de cuentos policiales

Inés Garland - Ernesto Mallo - Verónica Abdala - Elsa Osorio - Claudia Piñeiro - Pablo De Santis - Inés Fernández Moreno - Alejandro Parisi - Alejandro Soifer - Enzo Maqueira - Gabriela Cabezón Cámara - Leandro Ávalos Blacha - María Inés Krimer - Ariel Magnus

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Introducción

Buenos Aires es un lugar tan improbable que fue necesario fundarla dos veces. La primera por Pedro de Mendoza. El adelantado invirtió todo el dinero que había robado durante el saqueo de Roma en montar una fabulosa expedición ya que se creía que en las Indias existía una planta que curaba la sífilis que padecía. Aquello fue un desastre: traicionados por Alonso de Cabrera, quien vendió al mejor postor las provisiones que les estaban destinadas, y cercados por los indios querandíes y el hambre, los habitantes de aquella aldea precaria se vieron obligados a incluir en su menú las botas, los cinturones y también a alguno de sus compañeros. Muchos de los dos mil que integraron la expedición se dirigieron a otros destinos, de los que quedaron en la aldea sólo sobrevivieron unos doscientos que fueron rescatados en pésimas condiciones.

Más tarde, cuando se estableció el Río de la Plata como rumbo para llevar las riquezas extraídas de las minas de plata del Potosí, y en prevención de las acciones de los piratas, se la fundó nuevamente para emplazar allí un fuerte y una aduana con la prohibición de ejercer el comercio. Los habitantes de la nueva Buenos Aires veían pasar por las aguas mulatas del río los barcos negreros cargados con los esclavos capturados en el África occidental rumbo a las minas; y, desde el Potosí, los que bajaban con sus bodegas hinchadas de plata y metales preciosos. Eso atrajo de inmediato a los contrabandistas. En pocos años Buenos Aires prospera al impulso de los negocios ilegales y de la frondosa arborescencia de delitos y crímenes que se asocian como rémoras al contrabando. La urbe supera a Asunción y a Lima en importancia económica y estratégica.

Estos nacimientos turbios e inquietantes deben haber marcado algo del carácter y del temperamento de la ciudad. Sus habitantes tienen la picardía propia de quienes viven al margen de la ley: la velocidad de reflejos y una

sorprendente capacidad de adaptación a situaciones nuevas.

Su música distintiva es el tango, heredero del candombe de los negros esclavos, nacido en los prostíbulos y lupanares, que terminó por imponerse como la danza sensual por excelencia. Un abrazo hecho canción.

La ciudad no es ajena, como toda gran urbe, a una inmigración tan abierta como desordenada; gentes de todas partes llegan en busca de mejores condiciones de vida y, con ellos, a unirse con los locales, toda la jerarquía delincencial, desde el ratero hasta el atracador de bancos, desde el traficante de drogas hasta el estafador de guante blanco. Acá conviven los “señorones” con los peones, la alcurnia con el arrabal. La ciudad es, al decir del tango de Enrique Santos Discépolo, un cambalache, esos comercios en los que se amontonan objetos viejos en desuso sin orden ni concierto.

Mezclao con Stravinsky
va Don Bosco y La Mignon,
Don Chicho y Napoleón,
Carnera y San Martín.
Igual que en la vidriera
irrespetuosa de los cambalaches
se ha mezclao la vida
y herida por un sable sin remache
ves llorar la Biblia junto a un calefón

Ciudad de contrastes y contradicciones, siempre al borde del caos, enamora por su desorden a pesar de su violencia, de un tránsito irrespetuoso, sin ley ni orden, donde reinan el insulto fácil y el ruido atronador de escapes, bocinas e improperios. Sus habitantes mantienen con la ciudad una relación nerviosa de amor-odio. La ironía es moneda corriente en el habla porteña. La dominan tanto los supermillonarios de Puerto Madero como los obreros de las “villas miseria”, como se llama por aquí a los barrios más pobres. Será seguramente debido a su proximidad: las mansiones y las chabolas están separadas a veces por una calle, por una vía de ferrocarril, próximas, visibles, contradictorias.

Los cuentos que integran este volumen son una pequeña muestra de la diversidad de Buenos Aires, de los distintos enfoques y de la potencia narrativa de una ciudad que se ha reinventado muchas veces. De las relaciones entre sus distintos sectores sociales y económicos, de sus tensiones, de su

crueldad, pero también de su amor. Y, fundamentalmente, de la relación contradictoria que los habitantes mantienen con la urbe. Jorge Luis Borges, el mayor autor del país, lo dijo así:

Y la ciudad, ahora, es como un plano
de mis humillaciones y fracasos;
desde esa puerta he visto los ocasos
y ante ese mármol he aguardado en vano.
Aquí el incierto ayer y el hoy distinto
me han deparado los comunes casos
de toda suerte humana; aquí mis pasos
urden su incalculable laberinto.
Aquí la tarde cenicienta espera
el fruto que le debe la mañana;
aquí mi sombra en la no menos vana
sombra final se perderá, ligera.
No nos une el amor sino el espanto;
será por eso que la quiero tanto.

André Malraux dijo que Buenos Aires es la capital de un imperio que jamás existió. No existió en el sentido de conquista o poderío bélico y económico que habitualmente se le da, pero sí existe en la potencia de sus letras alumbradas por un ingenio nacido de la necesidad, del precario equilibrio de su política y de su economía, de su irreverente capacidad para sobrevivir.

ERNESTO MALLO

Infidelidades

Belgrano R
La esposa muerta
Inés Garland

Me había dicho que la puerta de rejas verde de la entrada que daba a la calle Superí chirriaba, que la grande de madera se trababa al final, que el hall de entrada era oscuro, que dejara las llaves en un plato de cerámica azul que había sobre una cómoda de caoba contra la pared, y que había que atravesar el living para llegar al jardín, pero entrar a la casa por primera vez, por más que me la hubiera imaginado, por más instrucciones que él me hubiera dado, fue traspasar para siempre el umbral del mundo conocido por mí hasta ese día.

Estaban en el jardín. A través del ventanal al fondo los vi antes de que ellos me vieran a mí. Pablo hablaba con una copa de vino blanco en la mano y los dos hijos lo miraban. La hija tenía los codos sobre el mantel blanco, el hijo estaba con el cuerpo echado hacia atrás en la silla, las piernas estiradas y los pies cruzados. Estaban a la sombra de un roble muy alto y todo alrededor, como un mar, el jardín resplandecía al sol. No sabían que yo había llegado aunque Pablo, seguramente, estuviera con todos los sentidos alertas esperándome. ¿Qué les habría dicho de mí? ¿Qué explicación les habría dado? Que era una amiga, seguramente, que iba a pasar el fin de semana con ellos. ¿Qué razón les habría dado para justificar que yo pasara el fin de semana con ellos? ¿Que vivía en un departamentito oscuro en San Telmo? ¿Que era una mujer muy sola? Algo que los pusiera en un lugar generoso, y algo que ellos se habrían creído, incapaces de soportar más pena. Yo iba a tener que salir al jardín, iba a tener que saludar, fingir que también sabía poco de ellos, darle un beso a Pablo en la mejilla como si sólo tuviéramos una reciente relación laboral. Iba a tener que mentir. Iba a tener que mentir día tras día, de la mañana a la noche. No estaba preparada para salir al jardín. ¿Por qué había aceptado? Porque yo era una barcaza lenta y con estropada, que una vez que empezaba a moverse no podía virar sin una larga anticipación. Porque estaba enamorada hasta las patas de Pablo y él no era un hombre al que resultara fácil contradecir. Tardé mucho tiempo en saber que no había podido negarme porque sentía, de una manera confusa, casi inconsciente, que era mi

responsabilidad estar ahí, hacer el duelo con ellos, ser testigo de la pérdida.

La mujer de Pablo había estado enferma menos de un año. Hasta último momento estuvo convencida de que se iba a curar. Pablo la había encontrado agachada en el garaje arreglando un pedal de su bicicleta diez días antes de morirse, cuando apenas podía mantenerse en pie y él la tenía que alzar para llevarla al baño. Él me contaba esas cosas en la cama, después de hacer el amor. La llamaba a veces, y se peleaban por los turnos de la enfermera. La mujer no quería a la enfermera y él no quería echarla. Se gritaban por teléfono o, mejor dicho, él gritaba, porque ella estaba demasiado débil para gritar.

—No te va a servir de nada llorar —le dijo él una noche cuando nosotros íbamos camino al teatro—. Esther se va a quedar aunque llores y patalees.

Fue la única vez que dije algo. Le dije que no la hiciera llorar él también, y después la palabra “también” me había quedado dando vueltas. Lo otro que la hacía llorar era tan inmenso que la palabra “también” parecía totalmente inadecuada. Pero no entré en detalles. No quería saber más pormenores de la discusión. No entendía por qué íbamos al teatro, por qué estaba yo ahí, por qué era testigo de esa pelea en la que la voz de Pablo tenía una dureza que me dolía como si fuera a mí a la que le hablaba así. Después, cuando me agarró la mano durante la función, yo buscaba en su cara relajada una prueba de la ira de la pelea. Sabía que no le gustaba que lo contradijeran, pero la ira había sido desmedida, parecía venir de otra parte, se le escapaba casi a pesar de él. No volví a pensar en esa pelea telefónica hasta la tarde en que supe realmente quién era Esther.

Los chicos no parecieron sorprenderse de mi llegada. El varón hasta se paró para saludarme, aunque pareció que le hacía falta una voluntad sobrehumana para juntar su cuerpo despatarrado. Pablo me sirvió vino y al rato ya me habían incorporado a la conversación. Hablaban de personas que yo no conocía, pero Pablo se tomaba el trabajo de contarme brevemente quiénes eran: matrimonios con chicos de la edad de los suyos. Me resulta difícil rastrear cómo terminaron hablando de la madre muerta. Debería decir alguna vaguedad como “una cosa fue llevando a la otra”, pero creo que ella estaba ahí todo el tiempo, y al final alguien —¿el mismo Pablo?— dijo algo y los chicos se pusieron a contarme anécdotas de su madre. El enojo que tenían me desconcertó. Qué podía saber yo, que no había sufrido ninguna pérdida aún, de los laberintos de un duelo. El varón contó que la madre le ataba la mano izquierda al cuerpo para que escribiera con la mano derecha. Ninguno

conocía la expresión “zurdo contrariado”. Contó, como si hubiera sido una especie de capricho gracioso de la madre, que lo obligaba a hacer las tareas con la mano atada, al borde de la pileta mientras la hermana y los primos se tiraban del trampolín. El resentimiento estaba mal disimulado, pero además, alrededor del resentimiento, por debajo, había una pena que yo sentí como propia sin entender por qué. Los tres se reían, pero a mí la tristeza me duró hasta la noche. La madre ya no estaba. No había sido cariñosa con su hijo, las razones no tenían mayor importancia.

A la noche, en el cuarto que me asignaron en la punta de un pasillo en el primer piso, no me podía dormir pensando en ella. La había visto una sola vez, en la calle. La había reconocido por las fotos en la oficina de Pablo. Era alta y rubia, con un pelo que parecía atrapar el sol. Una de esas mujeres que la gente se da vuelta para mirar. Iba muy abstraída. Pablo me había dicho que ella desaprobaba que la gente fuera por la calle con auriculares. Sin embargo, yo, que era de las que escuchan música por la calle, me sentí más atenta a mi entorno que ella. Parecía enojada. Todavía estaba sana, o por lo menos aún no sabía que estaba enferma. Acostada en la oscuridad yo escuchaba los ruidos de la casa, crujidos de la madera, un postigo que parecía golpearse en alguna parte, los pasos de alguien que debió cerrarlo porque el ruido se detuvo. El cuarto olía a madera y se oían los autos que pasaban por la calle Superí, la campana de la estación de tren a los lejos, el tren, instantes después pasando por arriba del puente. La imagen de ella agachada en el garaje arreglando el pedal de su bicicleta me obsesionaba. Pablo me había dicho que no pesaba más de cuarenta kilos en esos días. Mis amigos me habían tratado de convencer de que no lo viera más en esos meses, pero él me decía que no podría capear, lo decía así, “capear”, la tormenta sin mí, y yo lo acompañé. Hasta había tenido fantasías de visitarla, de que me dejara a su esposo y a sus hijos como herencia. Tenía casi veinte años más que yo y se estaba muriendo. Me odiaba. Pablo me lo dijo cuando le pregunté sobre Esther.

Me estaba quedando dormida cuando la puerta se abrió y alguien entró en el cuarto y la cerró detrás de sí con mucho sigilo. Me senté en la cama y encendí el velador. Pablo se abalanzó a apagarlo y me tapó la boca con la mano. Tenía una urgencia que yo no le conocía. Me besó con violencia, acostó su cuerpo sobre el mío, trabándome los brazos con las manos, me abrió las piernas con las suyas y, sin darme tiempo a desvestirme, se metió en mi cuerpo empujándose con los empeines contra la planta de mis pies. Después de

acabar se paró de golpe como un gato, me metió los dedos en el pelo cerrándolos al final en un puño y me besó otra vez, un beso duro, casi un golpe de los dientes.

—Hasta mañana —dijo. Y se fue.

Tanteé las paredes del pasillo en dirección al baño. Me había quedado el cuerpo azorado y tuve que detenerme a recuperar el equilibrio. Del otro lado de la puerta de uno de los cuartos cercanos al baño alguien sollozaba.

Esa semana me ofrecieron un trabajo en la librería inglesa de la esquina de Conde y Echeverría, justo a tres cuadras de lo de Pablo. Yo necesitaba dejar de trabajar con él y había mandado tantos correos a tantas personas que no logré rastrear quién me lo había conseguido. La persona que me entrevistó no supo decírmelo. El viaje desde San Telmo era largo, pero necesitaba trabajar, y vender libros me parecía perfecto para mí. Conocía la librería, amaba su olor particular, a jabón blanco, papel y madera, sus libros en inglés de arte y de cocina, la sección de libros infantiles, las islas con las pilas de novelas, los estantes de libros de poesía. Lydia, mi compañera de trabajo, me recibió con amabilidad y se tomó el tiempo para explicarme el funcionamiento de la librería, las costumbres de la casa, todo lo que necesitaba saber para empezar. El resto lo podría ir descubriendo con el correr de los días.

Mi primera clienta fue una mujer vestida con un ambo celeste y zapatillas. Tenía algo feroz en la manera de mirar, manos fuertes y una cara dura y sensual. Si yo hubiera tenido más experiencia como librera podría haber sabido que esa mujer no quería comprar nada. Me hacía muchas preguntas, pero sobre todo me observaba. Pensé que era idea mía, pero Lydia confirmó mi impresión cuando la mujer se fue.

—Qué mujer rara —dijo—. Vive enfrente, pero nunca entró a comprar nada. Ni siquiera creo que sepa hablar inglés.

Lydia era hija de ingleses y me pareció que su comentario era un poco snob, pero era cierto que la mujer había preguntado por los libros señalándolos o acercándomelos, pero no había dicho una sola palabra en inglés.

—Me parece que más que los libros le gustaste vos —dijo Lydia.

Ese comentario no me ayudó cuando la mujer empezó a venir todos los días. A veces venía a la mañana y a veces a la tarde, casi sobre el horario de cierre. No compraba nada, pero daba vueltas, abría los libros y los dejaba apoyados en cualquier parte. Siempre me daba la impresión de que me estaba observando. Una tarde se pasó casi una hora del lado de afuera, mirando la

vidriera y hablando por teléfono, cambiaba el peso de una pierna a la otra, se reía, se levantaba el pelo con la mano libre o la apoyaba en el cuello con los dedos abiertos y se hacía una caricia lenta hasta las clavículas que se abrían por sobre el borde del ambo. Había algo muy sensual en sus movimientos. Desde el interior de la librería era imposible ver la dirección de su mirada, pero yo trataba de salir de su campo de visión sin saber demasiado bien por qué me era necesario hacerlo.

—Te busca con la mirada cuando te escondés —dijo Lydia.

Desde esa tarde la empezó a llamar “la enfermera”. A veces, cuando yo estaba en el depósito, Lydia se asomaba a decirme que había entrado la enfermera para jugar conmigo y yo me quedaba ahí hasta que ella me avisaba que se había ido. La veíamos a distintas horas entrando y saliendo del edificio de enfrente, y Lydia, que a cada rato iba a buscar algo a la casa de té que queda cruzando la calle, se la encontraba sentada en las mesas de la vereda o adentro, cuando llovía, con una tetera cerca y hablando por teléfono. Parecía estar siempre hablando por teléfono.

Pablo también empezó a venir todos los días y a cualquier hora. Compraba libros para que la supervisora no me llamara la atención, pero hacía cosas que me ponían incómoda. Se acercaba por la espalda cuando yo estaba buscando un precio que me había preguntado y se apoyaba contra mí aprovechando que las islas con libros nos tapaban de la cintura para abajo. Me agarraba de las caderas o me metía por detrás la mano entre las piernas, o, si quedábamos parados en algún pasillo fuera de la vista de Lydia y la supervisora, me las separaba y me acariciaba mientras con la cabeza hacia un lado fingía mirar los libros. Yo me debatía entre la excitación y la incomodidad. Pablo me gustaba mucho, me fascinaba, debería decir, como fascina a las liebres la luz de los faros en la noche.

Una tarde en la librería me había arrinconado contra la vidriera y fingía preguntarme algo sobre unos libros de arte cuando la enfermera se paró afuera, del otro lado del vidrio. Aunque no podía ver la cara de Pablo a mi espalda, tuve la impresión de que él y ella se miraban. Él me metió la mano entre las piernas y la ahuecó para acariciarme. Yo me aparté. Había sido sólo un momento, pero me faltó el aire.

—¿Qué fue eso? —dijo Lydia cuando Pablo se fue con un libro de desnudos de Annemarie Heinrich que valía una fortuna envuelto para regalo.

—Será un regalo para alguien importante —dije.

—No te hagas la tonta —dijo Lydia.

Yo no tenía una respuesta a su pregunta.

Ese fin de semana Pablo me invitó a su casa otra vez. Habían pasado dos meses desde aquel primer fin de semana. Esta vez los hijos no estaban y él había planeado una comida con algunos matrimonios amigos que hacía tiempo que no veía. Me parecía prematuro. Hacía apenas seis meses que esta gente había perdido a su amiga. Pablo no quiso saber nada de mis objeciones. Lo ayudé a cocinar un curry con una infinidad de ingredientes que hubo que picar y acomodar en la mesada antes de empezar, y también preparamos una tabla de quesos decorada con un esmero rayano en la obsesión. Todo tenía que estar perfecto, y, a medida que se acercaba la hora, a él le aparecían más y más detalles que consideraba indispensables y yo me iba poniendo más y más nerviosa.

Había oído tantas veces los nombres de los amigos que llegaron y sabía tantas cosas de ellos que me era imposible calcular la desventaja en la que estaban ellos con respecto a mí. Me hacían muchas preguntas, pero se miraban, y por momentos hablaban de cosas que yo no entendía. Pablo era el peor, y me pareció que la manera en que me trataban todos era condescendiente, como si estuvieran lidiando con una mascota mimada. Sin embargo, con el paso de las horas y con las botellas que Pablo abría una después de la otra el trato se fue haciendo más íntimo y, cerca de las dos de la mañana, Delia, una de las mujeres, me pidió que la acompañara al jardín a fumarse un cigarrillo. Apenas nos sentamos en las sillas de hierro blancas ella comenzó a balancearse y a hablar de la esposa muerta. No de la manera en que yo había imaginado. Empezó hablando de su belleza.

—Era de parar el tráfico —fue lo que dijo.

Después se zambulló en una escena que a mí me costó un poco al principio, pero no tardé en armar en mi cabeza. La escena era en un campo, en verano. La esposa tenía pantalones blancos.

—Unos pantalones blancos impecables, al cuerpo, muy al cuerpo, tan al cuerpo que no dejaban nada librado a la imaginación —dijo Delia con la lentitud empantanada del alcohol.

Pablo se iba de viaje a Nueva York al día siguiente y la mujer odiaba que él se fuera porque sabía que él tenía amantes en las ciudades a las que viajaba.

—Ella tomaba mucho —dijo Delia y levantó su copa hacia mí—. *No pain*. Había cuatro o cinco hombres en mi casa ese fin de semana. Todos alrededor

de ella como mangangás. La mujer de Pablo jugaba al backgammon con los hombres. Ya les había ganado la partida a dos. Se largó a llover. Torrencialmente. Se cayó el mundo. La hija entró porque el hijo era casi un bebé y estaba bajo la lluvia. Ella estaba ahí en el centro de la escena, radiante, preciosa, los tenía a todos comiendo de la palma de la mano. Pablo estaba enfermo de celos. No sabés lo que era esa mujer. Lo descarada. Su hija estaba ahí y ella ni la miraba. Yo esperé, porque no era asunto mío, pero al final tuve que salir a buscar al bebé. Estaba sentado en el jardín, empapado, y si yo no hubiera salido seguía ahí, bajo la lluvia, porque a ella lo único que le importaba era que él se iba de viaje y quería vengarse.

Delia terminó la copa de champagne. Desde adentro de la casa se escucharon las risas de los hombres, de Pablo, y ella hizo un gesto de desprecio.

—Vos sos muy joven para los juegos de Pablo. ¿Por qué estás con él? ¿Ya te la presentó a Esther?

Quise de pronto que me contara todo lo que tenía para contarme. El rocío me mojaba la piel helada, brillaba sobre el hierro blanco de los apoyabrazos, sobre el vidrio de la mesa ratona frente a nosotras.

—Servime más champagne —dijo Delia.

Y cortó de un saque la curiosidad que me ataba a ella.

Las cosas parecen sincronizarse a veces, desarrollarse cada una por su lado, cruzarse, completarse. Visto con cierta distancia todo apunta a su maduración. ¿Habría cambiado algo que yo le hiciera preguntas a Pablo esa noche? Él me hubiera mentido, probablemente, y yo habría seguido moviéndome, lenta, hacia lo inevitable. Decidí quedarme con una sola de las evidencias, la más conveniente. Delia era una mujer fea. Había mirado la historia desde su fealdad. Lo que la movía eran unos celos enfermizos por la mujer muerta, años de celos, años de mirar algo que le era totalmente ajeno. Exageraba, apuntaba con el dedo porque a ella nunca la habían mirado así. Ella también había estado encandilada por Pablo y su mujer, por la intensidad en la que se movían, indiferentes a todo lo que no les sirviera de espejo. Lo que pasó después no niega esta verdad parcial.

Ese fin de semana fue como el sol que madura una fruta. Pablo y yo nos pasamos toda la mañana del sábado en la cama y a la tarde salimos a caminar por el barrio. Nos sacamos fotos bajo las tipas de la calle Melián, en el aire verde de las copas altísimas, hicimos una recorrida sacándoles fotos a los

rostros de piedra en los frentes de las casas, empezando por el de la puerta de la librería. Íbamos de la mano, olíamos los perfumes que salían de los jardines, recordábamos los nombres de las plantas y los árboles. Camino a la plaza nos detuvimos bajo los azahareros que asoman por la pared del Palacio Hirsch y Pablo arrancó un puñado de azahares. Hundí mi nariz en la palma de su mano para olerlos. Desde la plaza llegó el sonido de los tambores.

—Hay batucada —dijo Pablo.

Nos mezclamos entre la gente, yo hasta bailé un poco. Era eso la felicidad. Para sentirla, todo lo demás tenía que desaparecer. Yo siempre había sido buena para eso.

Podría decir que la que precipitó las cosas fue la misma Esther. Pero no es tan simple. El lunes a última hora la enfermera se olvidó, o, más bien, dejó caer su billetera en la librería. La encontró Lydia.

—Tu enfermera se llama Esther Villar —dijo Lydia alcanzándome la billetera abierta. Fue como si las cosas se acercaran con violencia pero yo las estuviera viendo con el rabillo del ojo.

Llamé al número de teléfono que estaba escrito debajo del nombre, detrás del plástico rayado. Esther me pidió que se la alcanzara y yo acepté. Crucé la calle. Entré al edificio. Subí por el ascensor. Encontré la puerta abierta y Esther me gritó que pasara.

—Enseguida estoy con vos —dijo desde un cuarto al final de un pasillo corto a la izquierda de la puerta de entrada.

Me quedé parada ahí. Una biblioteca chica, rara, los estantes por encima y a los lados de una tapa con llave con un planisferio antiguo empotrado. En el estante frente a mis ojos, como si me hubiera estado esperando, el libro de desnudos de Annemarie Heinrich asomaba alto, obscenamente primero en la fila. Dejé la billetera sobre el estante y me fui.

Esperé a Pablo en la estación de tren. Lo esperé una hora. Las puertas de los trenes se abrían y la gente salía apurada, pasaba caminando a mi lado, la gente con sus teléfonos, con sus maletines, con sus mochilas, gente alta, gente baja, gente buena, gente mala, vidas, gente con el día auestas, gente con la noche por delante, con sus casas vacías o sus casas llenas, con sus amores y sus odios y su soledad auestas. Hombres. Algunos me miraban. Otros no. Ninguno era Pablo. Los trenes no escupían a Pablo. Supe en qué tren llegaría. Lo supe antes de verlo avanzar hacia mí entre la gente, antes de que me sonriera y antes de que mi cara le borrara la sonrisa. Salté hacia atrás cuando

quiso abrazarme.

—¿Quién es Esther?

No debería haber caminado ni un paso más con él. Pero quería saber. Sobre todo quería saber. Quería mirar con los ojos abiertos. Si me iba a ir, quería saber qué era lo que estaba dejando. Eso fue lo que me dije. No sé si es verdad.

Esther nos abrió la puerta y nos hizo pasar en silencio, como si nos hubiera estado esperando. La ira de Pablo me recordó la conversación con su esposa la noche que íbamos al teatro. La ira de Esther no se quedaba atrás. Parecieron olvidarse de mí en sus recriminaciones.

—No era éste el pacto —dijo Pablo tres veces antes de que ella se dignara a contestarle, pero quedó claro que ninguno de los dos había respetado el pacto, fuera cual fuera.

Los pactos. Porque entendí que la primera parte del pacto había sido matar a la esposa. Ellos no lo decían así. Usaban la palabra “acelerar”. La segunda parte era tácita, según Esther. Según Pablo, era producto de la imaginación de ella. Según Pablo, esa segunda parte no había existido nunca.

—¿Qué es lo que te pasó? —dijo Esther—. ¿No te resulté lo suficientemente fina? ¿Ella es más fina? ¿O es porque es más joven? ¿Vos creíste que con esta también yo iba a hacer el mismo papel? Te voy a denunciar.

Lo dije sin mirarme. No me había ido antes, pero podría haberme ido entonces. Ya sabía lo que necesitaba saber. No me moví porque no pude. Pablo la atrajo hacia él pasándole un brazo por la espalda y al mismo tiempo, con la otra mano, me aferró de la muñeca. Yo me podría haber soltado. Las dos nos podríamos haber soltado. Pero él la besó a ella primero y a mí después y nos empujó a una contra la otra, y Esther me hundió la cara en el cuello, él tenía la mano abierta en la parte baja de mi espalda, la metió entre mis piernas, y Esther me lamía el cuello.

El deseo me llevó puesta. Quería besarlo a él, pero aunque estaba muy cerca, el cuerpo apretado contra los nuestros, había echado la cabeza hacia atrás para mirarnos y apartó la boca. Su mirada seguía siendo de ira. Su ira era una presencia, una cuarta persona, la que nos tenía enlazadas a Esther y a mí. Esther gimió, él me soltó y le rodeó el cuello con las manos. Yo podría haber gritado, podría haberlo empujado. Podría haber hecho alguna cosa que ni siquiera puedo pensar ahora. Pero me quedé ahí, encandilada. Esther me miró

un instante, y después miró a Pablo. No sabría decir si su mirada fue de sorpresa o si había tenido una revelación. Pareció entregarse, encandilada también ella. Él acompañó su caída sin dejar de apretarle el cuello. Bajó con ella hasta el piso. Tardó en soltarla. Me agaché sobre el cuerpo. Él me tomó la mano y puso mi palma sobre la piel todavía tibia de Esther. Así, de rodillas, como una acólita, lo miré a los ojos. Ya no había ira ahí. Y entonces sí, me besó.

Once
Amor eterno
Ernesto Mallo

Hay que caminar por el Once, el barrio judío de Buenos Aires, cualquier día después de que los comercios han bajado sus cortinas y las veredas quedan inundadas por rezagos de tela, rollos de cartón, papeles y otros desechos abandonados por los comerciantes, para encontrarse con los hombres, mujeres y niños que revuelven los desperdicios a la pesca de materiales aprovechables, reducibles, que venderán por monedas el kilo a los recicladores. Una actividad que les permite sobrevivir a expensas de rebuscar en la basura. De ella se benefician los policías de la séptima que obtienen su mordida, no a cambio de protección, sino sólo, por el momento, de hacerse los distraídos, permiso precario. Las familias judías ricas han comenzado un éxodo lento y sostenido y, aunque mantienen sus negocios en el Once, comienzan a elegir el Barrio Norte o Belgrano, zonas con mayor prestigio social, para instalar sus residencias. En los antiguos edificios de lujo de la época de oro van quedando los ancianos, fundadores de las fortunas que ahora hacen posibles los grandes pisos sobre los jardines de Libertador, las vacaciones en Punta del Este, los colegios privados, dudosamente ingleses, los autos importados. A Pablo Maese estas consideraciones lo tienen muy sin cuidado. Viene alegre calle Sarmiento abajo, en el ministerio acaban de confirmarle el encargo de construir una estatua de Eva Perón a ser emplazada en la Plaza Rubén Darío, que pasará a llamarse Evita cuando se inaugure la obra. El ministro en persona se lo dijo. Y no sólo eso, sino que además le dará un taller para que trabaje y podrá contratar a tres asistentes y una modelo para que lo ayuden en la magna obra. Tiene por delante unos cuantos meses asegurados. Le ganó la pulseada a Gianetti, el otro escultor, ahora sólo es cuestión de ponerse a bocetar el monumento que ya está dibujando en su cabeza. Será un conjunto en el que la figura de Eva, en bronce, reflejará por un lado la dulzura maternal, apoyando levemente, como si temiera dañarlo, una mano etérea en la cabeza de uno de los niños del grupo que se arracima a su derecha confundándose con su vestido. A su izquierda, un contingente sólido,

como un bloque de trabajadores obreros, inspirados en aquellos que dibujaba Carpani, un racimo de músculos y fiera resistencia. Pero la semejanza será sutil, porque no está seguro de qué lado del espectro peronista se ubica el ministro en estos momentos. Como sea, será una Eva joven, vibrante, sensual, sí, pero humilde; dulce pero feroz; un ángel que bien puede blandir la espada flamígera. La dotará de una mirada objetiva, precisa, como la que Miguel Ángel logró darle al David. El metal de sus vestidos copiará el movimiento del viento, como en las pinturas de playa de Sorolla. La ve, en su mente la ve, entre los jacarandás florecidos de la primavera, recortándose sobre la Biblioteca Nacional, elevándose digna, brillante y joven: la verdadera heroína de los descamisados.

En esto va pensando cuando la ve. Está revolviendo la basura que va desparramando una mujer vieja, obesa y de modales desmañados. Bajo el tizne y los andrajos se puede ver la belleza de sus formas. Se acerca para verla mejor. Tiene la piel tersa y la mirada rapaz de los niños de la calle. Mastica algo. La vieja se vuelve rápidamente.

—¿Qué pasa, le gusta la nena?

Pablo vuelve la cabeza hacia la mujer, pero sin dejar de mirar a la chica. Sólo cuando la ha girado completamente, sus ojos se dirigen a ella. Si algún día quisiera pintar o dibujar una bruja, acá está el modelo. Narigona, con verrugas peludas en la frente y la mejilla, los dientes amarillos y partidos, los ojos mequinos y acuosos. *Feos, sucios y malos*, la película de Scola, le viene de inmediato a la mente. Qué día inspirado, rejuvenecedor, el cosmos parece conspirar para que todo se ponga en su favor. Le sonrío.

—¿Quieren ganarse unos pesos?

La Bruja le dedica una sonrisa desportillada, pero sus ojos no ríen, estudian.

—Siempre es buena la posibilidad de ganar unos pesos con trabajo honrado.

Maese sonrío y piensa que la honradez debe ser lo que menos ha practicado esta mujer en su vida. Bajo su mirada ávida, saca una tarjeta de su billetera y se la extiende.

—Vengan mañana por la mañana a verme y conversaremos.

La Bruja toma la tarjeta y simula leer. Maese se vuelve y prosigue su camino. Ya tiene su modelo. En cuanto se aleja, la Bruja le exhibe la tarjeta a la niña:

—¿Qué dice?

—Pablo Maese, escultor.

—Al fin sirvió para algo que fueras a la escuela.

*

La casa conservaba restos de un pasado glorioso, cuando el Once era un barrio floreciente donde los empresarios textiles trabajaban y vivían. Luego había sido convertida en taller de confección. Un incendio la desafectó, el propietario murió sin descendencia y quedó abandonada. Rápidamente fue ocupada por una pandilla de traficantes de medio pelo. Torpes e inexpertos, fueron detenidos y enviados a la cárcel. El ministro decidió concedérsela a préstamo a Maese para su trabajo mientras consideraba un destino mejor. El comisario Filipuzzi, encargado de entregarle la posesión, lo espera ahora en la puerta, visiblemente malhumorado. A su lado, un tipejo desmañado y pequeño, con manos como arañas, lo mira y sonrío. Maese le extiende la mano pero Filipuzzi no la toma. Tiene la cara poceada de cráteres de viruela. Uno de sus ojos mira para el lado de Avellaneda, el otro se lo clava a Maese con brillo colérico. El de las manos de araña se presenta.

—Mucho gusto, soy el subinspector Laperca, asistente del comisario.

Maese le toma la arañita derecha con algo de repulsión. Laperca le muestra un juego de llaves y cabecea para el lado de la puerta.

—¿Entramos?

Filipuzzi enciende un cigarrillo, Maese y Laperca entran a la casa. Hay olor a encierro, botellas vacías por todas partes y restos de una fiesta que debe haber sido bastante salvaje. Laperca le entrega las llaves y mira hacia afuera. Maese le sigue la mirada, el comisario fuma malhumoradamente.

—¿Qué le pasa a su jefe?

—Está de mala leche.

—¿Ah, sí?

—Sabe qué pasa... es que esta casa la tuvo él desde que desalojaron a los peruanos y hasta que el ministro decidió dársela a usted.

—Entiendo.

—Tenga cuidado, Filipuzzi es un tipo muy peligroso, es capaz de hacer cualquier cosa por recuperar la casa, si es que la quiere.

Como si lo hubiera escuchado, Filipuzzi da un fuerte chiflido y le ordena a

Laperca, con un gesto de la cabeza, que salga.

—Ya sabe, esté atento. Adiós.

*

A Ascanio lo conoció en circunstancias extrañas. Los modales suaves de Maese le hicieron pensar al chico que era gay, y le ofreció sus servicios. Ascanio era un pibe de la calle que haría cualquier cosa por sobrevivir. La oferta halagó a Maese ya que prefirió sentirse atractivo para este muchacho ágil y delgado pero con la musculatura propia de los jóvenes formados a la intemperie. Lo sacó de su error y lo adoptó como asistente. Ascanio era fuerte y no se negaba a hacer cualquier trabajo que Maese le pidiera. Le venía muy bien sobre todo para mover las pesadas esculturas de su taller. Cada tanto debía rescatarlo de las comisarías por haberse metido en alguna pelea o algún robo, del cual salía librado gracias a los sobornos que Maese les brindaba a los policías. Esto también le daba poder sobre el joven y a Maese esa sensación lo complacía. También contrató a otro chico al que llamaban Memo. Ascanio se situó enseguida por encima de él y establecieron una relación de servidumbre en la que Memo siempre obedecía. Con rencorosa sumisión, Memo realizaba todas las tareas que a Ascanio le repugnaban. El elenco lo completó con Roberta, la vieja mucama que lo acompaña desde siempre.

Una semana más tarde, con parte del adelanto que le dio el ministerio, el taller está montado a la perfección y Maese espera la anunciada visita del ministro cuidadosamente vestido de azul y rojo. Ha hecho traer sus obras y las ha dispuesto por la amplia sala, como al descuido, pero cuidando de que las piezas reciban la luz más favorable. En el centro ha colocado la bañera de resina poliéster con la que homenajeó y transcribió a tres dimensiones *Mujer en el baño esponjándose las piernas* de Degas. Esa obra siempre impresiona a todos. Maese se ubica a cierta distancia de la escultura, tanto como para que no se note la intención de que lo asimilen a ella, pero no tan distante como para que no lo hagan. Suena el timbre, Maese carraspea y le hace una señal a Ascanio para que vaya a atender.

Para su sorpresa, el ministro no ha venido solo. Lo acompaña una rubia exuberante y vulgar, demasiado pintada y estridente, con el pelo rígido de laca, como se usaba en tiempos de su madre. Gladys, su mujer. Tiene la boca demasiado grande; Maese no puede evitar pensar que es el resultado de hablar

demasiado, no se detiene ni para respirar. Apenas ve la escultura del baño se precipita hacia ella dando grititos de excitación. Maese debe reprimir el impulso de detenerla, no quiere que esa mujer toque su obra, teme que la manche con el aceite de sus afeites. Se hacen las presentaciones del caso y se conversa amablemente, el ministro se muestra satisfecho de haber contratado a tan excelso artista, como si lo hubiese comprado. A Maese lo tranquiliza que se sienta tan ufano.

La puerta se abre de un golpe. Los tres se vuelven. Allí se enmarcan la Bruja con su hija y, un poco más atrás, Ascanio. El ministro y su mujer miran con repugnancia al par de andrajosas y le dirigen una mirada interrogante a Maese. Él siente que un torrente de cólera le sube por el esófago, pero se contiene.

—Ascanio, por favor conduzca a las señoras a la cocina, enseguida estaré con ustedes.

El asistente obedece y apura a las mujeres fuera de la habitación. Las dos se quedan mirando con impertinencia hasta que el vano se cierra completamente. Hay un silencio incómodo que interrumpe, cómo no, Gladys.

—Ay, bicho, me encanta esta escultura, ¿me la comprás?

Maese interrumpe antes de que el ministro pueda decir palabra.

—Oh, Gladys, me temo que eso no será posible, esta obra fue vendida al embajador de Estados Unidos, me la trajo para que la prepare para enviarla a su casa en Houston.

Gladys hace un puchero, el ministro la toma por los hombros.

—No te pongas así, bichita, estoy seguro de que Pablo podrá ofrecerte alguna otra... ¿No es así, Pablo?

—Estoy a sus órdenes.

—Ya sé —exclama Gladys—, que nos haga algo para la quinta nueva... está tan despojada.

—Buena idea.

—El sábado haremos un asado para estrenarla. Venga y veamos qué se le ocurre para ella.

—Encantado.

—Maese, esto es aparte, lo pago de mi bolsillo, así que espero que nos haga precio.

—Eso no va a ser un problema, sólo cobraré por los materiales. ¿Le parece bien?

—¿Viste, mi amor? Maese es un verdadero artista.

*

Maese, feliz, observa a Ascanio acomodando su mesa de trabajo. El chico tiene el pelo ensortijado y renegrido y el cuerpo del ideal griego de belleza masculina. Se mueve en el espacio con la sensualidad de un gato y los ojos le brillan como rescoldos entre la ceniza. Termina de acomodar los lápices uno junto a otro en una hilera perfecta. Encima de la hoja de papel Schoeller de 300 gramos. Pasa el cepillo por la mesa para eliminar cualquier mota de polvo y mira a Maese. Frente al tablero ha colocado un canapé rojo que es donde se recostará la modelo para que la dibuje.

—Llama a la chica.

Ascanio sale y Maese toma asiento en su mesa de trabajo. A los pocos instantes regresa con Rita. Pocos pasos atrás la sigue la Bruja, su madre. Maese mira con reproche a Ascanio, quien se encoge de hombros como excusándose de haberla traído. Rita viene envuelta en una bata de seda que el propio Maese le compró y, siguiendo sus instrucciones, no lleva nada debajo. Con un gesto le indica que se pare junto al canapé. Rita obedece. La Bruja se sitúa a un costado y mira a Maese con aire inquisidor.

—Señora, necesito que nos deje solos para trabajar.

La Bruja no mueve un dedo. Hay en su rostro un gesto como de esperar algo a cambio. Maese no duda, le está vendiendo a su hija. Lo bueno es que él está dispuesto a comprarla. Mete la mano en el bolsillo, saca tres billetes y se los extiende. A la Bruja le brillan los ojos cuando los toma y se los mete en el corpiño.

—Vaya de compras con Ascanio.

Cuando los dos han salido, Maese va hasta la puerta, la cierra, le echa dos vueltas de llave, regresa a su mesa, se sienta, toma un 2B bien afilado, se calza las gafas y mira a Rita.

—Por favor, quítate la bata y recuéstate en el canapé.

Lo que hace la chica lo deja pasmado: deja caer la bata con naturalidad, como si hubiera ensayado ese gesto toda su vida. El vestido se desliza con vocación de líquido a sus pies y deja al descubierto su cuerpo delgado, perfecto, de suavísimas curvas, sus pequeñas tetas sonrojadas, su sexo discretísimo y lleno de promesas. Tiene la boca apenas entreabierta, la

respiración agitada como de quien anticipa grandes e inminentes acontecimientos, y una mirada en la que se combinan diabólicamente la inocencia y la provocación. Maese la observa recostándose en el canapé con esa visión en cámara lenta que se tiene en las grandes catástrofes, donde todo lo que sucede parece irreal. Comienza a dibujarla, el lápiz vuela inspiradísimo sobre la lámina hiriendo su tersura con trazos sensuales del cuerpo que lo contempla del otro lado de la habitación. No podría tener una mejor modelo, una más inspiradora. Dibujándola es como si la poseyera, como si su lápiz fuera su sexo recorriéndola y su sexo se ha puesto inquieto dentro de su overol. La dibuja una y otra vez, con frenesí, hoja tras hoja, hora tras hora. La luz baja. Maese se pone de pie, toma una lámpara y la dirige hacia Rita. Se acerca para quitarle unas hebras de cabello que se le han pegado a la boca. Ella lo mira a los ojos, profundamente. A él le llega su aliento, a ella el suyo, y es como una reacción química explosiva. Se besan. Se abisman y se zambullen en el otro.

*

Son jornadas de gloria para Maese. Como un ritual, cada tarde, Ascanio la acompaña hasta el estudio, la ayuda a desvestirse y a reclinarse en el canapé, para retirarse y dejarlos a solas. Cuando haya terminado los encargos del ministro y de su mujer, se promete que hará alguna obra con los dos jóvenes, tan bellos. Durante el día dibuja a Rita y por la noche le dibuja el sexo con el suyo. Ella le ha devuelto la juventud, el entusiasmo, las ganas de vivir y de crear. Ha vuelto a cocinar, a entregarse a la sensualidad de los sabores, las texturas y los aromas. La Bruja está feliz, cada día recibe un soborno para dejar a Rita en manos de Maese. Ascanio circula de aquí para allá, con su mirada pícara de duende que Maese interpreta como de complicidad. Los bocetos del futuro monumento a Eva Perón se suceden uno tras otro superándose en calidad, en fuerza, en armonía. Le espera un trabajo titánico, porque ha decidido que fundirá la escultura como se hacía antiguamente, a la cera perdida, siguiendo las instrucciones y descripciones que hiciera Benvenuto Cellini en *Vita*, su biografía, la autobiografía en carne viva de un canalla genial. Lo único que empaña estos días es el hecho de que alguien haya intentado entrar a la casa estando ellos ausentes. Lo notaron porque la puerta trasera había sido forzada, pero como no estaba en uso, el mueble que

colocaron frente a ella impidió que pudieran ingresar. Maese trae de su casa su pistola y la guarda en la planera para que, como dice Blades, lo libre de todo mal. Otro detalle disonante fue una visita que le hizo Filipuzzi, para ver cómo andaba, si necesitaba algo. En realidad una excusa para espiarlo. No dejó de reparar con sucia mirada en la presencia de Rita. Ese tipo inquietaba a Maese, sobre todo por la advertencia que le había hecho el de las manos como arañas.

*

Lamentó que hubiera llegado el día en que debía asistir al asado del ministro y su mujer. Hubiera preferido continuar con su rutina de arte y sexo, pero no puede desairar a su benefactor y, por otra parte, habría otro encargo que, bien manejado, permitiría prolongar la estada en la casa y la continuidad de sus ingresos. Pensó en llevar a Rita, pero le pareció que sería una nota disonante. Iría con Ascanio para que fuera él quien condujera el coche. Maese detestaba hacerlo.

—Maestro —dijo Ascanio—, sería un error dejar la casa sin protección. Fíjese cuántas obras de arte tiene usted acá. Viviendo en una ciudad de ladrones, debemos estar en guardia noche y día. Déjeme aquí. Aprovecharé su ausencia para poner en orden y limpiar el estudio mientras vigilo la propiedad.

*

Aperitivo, asado, postres y sobremesa se hacen interminables. Un enjambre de funcionarios públicos, con trajes brillosos, y mujeres ordinarias pueblan la quinta del ministro con sus risotadas. A todos se los ve satisfechos hasta la dispepsia. Maese siente un vacío de ansiedad y angustia en el estómago que apenas le permitió comer. Quiere estar de regreso en su estudio, dibujando a Rita. Se da cuenta ahora de que la chica se le ha instalado dentro con la fuerza de una necesidad impostergable. Cada minuto sin ella es una agonía que sólo calma su presencia. Gladys camina hacia él. Es la contrafigura absoluta de Rita, una etérea y suave como la Venus de Botticelli, la otra paquidérmica como las gordas de Botero. Maese le sonrío, la mujer lo toma por el brazo.

—Venga, profesor, quiero mostrarle dónde quiero que vaya la obra que hará

para mí —sonríe y agrega—: para nosotros.

Es una pared blanca y ciega que da al jardín. Sólo puede verse desde la piscina. Lo que va allí se le ocurre al instante, pero no lo dice de inmediato. Camina alrededor, se sitúa en diferentes ángulos, entrecerrando los ojos mientras mira la pared. Gladys sigue sus movimientos, intrigada. Maese actúa como si meditara profundamente en las leyes cósmicas que dictarán la pieza que corresponde al lugar, pero en realidad piensa en Rita. Se acerca a Gladys con actitud cómplice.

—Creo que ya sé lo que haremos aquí...

La voz del ministro a sus espaldas quiebra la intimidad.

—Epa, ¿qué es esto?, los veo demasiado juntos...

—Ay, bicho, no seas tonto, el maestro me estaba por decir qué obra piensa que va a instalar aquí.

—Oh, qué bueno... ilumínenos Maese.

Pablo se envara y adopta el aire de quien está por hacer una gran revelación...

—Haré una fuente que jugará con los árboles que rodean la casa y las aguas de la piscina. Será una escena de la naturaleza que, de alguna manera, hará un pandam conceptual con los trofeos de caza que tiene en el living.

El ministro se hincha como un sapo toro.

—Te lo dije, bichita, Maese es un genio, un puto genio. Ponga manos a la obra.

—En cuanto terminemos el monumento a Eva, comienzo.

A Gladys, la decepción se le pinta en el rostro.

—Pero eso va a llevar mucho tiempo...

—Hágalo de inmediato, Maese, para el monumento hay tiempo y no es cosa de desafiar la impaciencia de Gladys.

—Como usted diga.

—Venga, vamos a comunicarles a los invitados lo que haremos. Morirán de envidia. Más de uno va a querer contratarlo también, Maese, recuerde eso a la hora de pasarme factura.

*

El anuncio tuvo el efecto profetizado por el ministro. Varios de los invitados le pidieron su tarjeta. Otros se acercaron sólo a conversar. Estaba

sosteniendo una charla con una pareja diminuta, casi enanos, liliputienses, cuando algo que ella dijo, o un gesto que hicieron al unísono, le despertó una catarata de recuerdos. Recuerdos tremendos de Rita y Ascanio, una mirada de entendimiento, una mano que se demora demasiado en la espalda de ella mientras la ayuda a quitarse la bata, risas de ambos precediéndolos por el pasillo que lleva al estudio, la insistencia de Ascanio por quedarse en la casa. El recuerdo se hace sospecha, la sospecha se hace certeza. Maese siente la urgencia de regresar a la casa. Se despide lo más rápidamente que puede, se sube al coche y conduce como un endemoniado todo el camino de regreso, haciendo caso omiso de advertencias, velocidades máximas y semáforos.

Cuarenta minutos más tarde, la Bruja, de vigía en la ventana, ve llegar a Maese y da la voz de alarma, Maese la oye.

—¡Rita, Ascanio, el patrón ha llegado!

Los encuentra en el estudio, con la ropa revuelta y el miedo pintado en el rostro, tratando torpemente de incorporarse del canapé, ¡su canapé! Una pasión insana lo posee, el sacrilegio, la profanación de su lugar por parte de estos traidores, le espesa las venas y reclama sangre. Abre el primer cajón de la planera y saca su pistola, apunta sucesivamente a Rita, Ascanio y la Bruja. Le clava la mirada y la mira al muchacho.

—Cobarde, traidor, te voy a matar.

Ascanio no mueve un dedo para defenderse y sólo ruega entre sollozos por su vida. Maese está resuelto a acabar con él y luego hacer lo mismo con madre e hija, pero vacila. Quedará vengado, aunque lo más probable es que caerá en manos de Filipuzzi, perderá el favor del ministro y seguramente la libertad. La razón ahoga la furia. ¿Qué hacer? No puede mantenerse en esta actitud amenazante para siempre. Se le ocurre una venganza lenta. Mira a Ascanio con una sonrisa y le ordena...

—... quítate ese anillo del dedo y dáselo, porque vas a casarte con ella...

Ascanio obedece inmediatamente.

—No me mates, haré todo lo que me pidas.

Maese envía a Memo en busca de un notario y apunta con su pistola a madre e hija.

—Van a venir un notario y algunos testigos, a la primera que hable le doy un tiro de inmediato.

Vuelve a Ascanio, que alza las manos.

—Prométeme que no me matarás y haré lo que ordenes.

Ante notario y testigos, la aterrorizada pareja firma un contrato nupcial con todas las formalidades de la ley. En cuanto salen de la casa, Maese arrastra a Rita por los cabellos hasta su habitación, pateándola y maldiciéndola todo el camino. Allí la toma una y otra vez sin dejar de abofetearla.

Al día siguiente retoma sus bocetos, elige aquel que más le place, hace algunos agregados y correcciones y le ordena a Rita que pose para él durante largas horas en las posiciones más dolorosas que se le ocurren. Después vienen el castigo y el sexo forzado. Así durante los días y días en que arma el núcleo de arcilla con la forma que quiere lograr para la fuente de Gladys y el ministro.

Roberta, que es quien ayuda a Rita a curarse las heridas después de cada paliza, se presenta ante él y se queda mirándolo fijamente.

—¿Qué hay?

—No debe tratar a esta niña con tanta crueldad.

—Pero, Roberta, ¿no has visto las traiciones que ella y su madre me hicieron bajo mi propio techo?

—Señor, esas son costumbres del país. No hay un solo marido que no tenga su buen par de cuernos.

*

Maese cubre el modelo de la escultura en cera y luego envuelve el conjunto con tierra apisonada. Le pone fuego y vierte la aleación de cobre y el estaño que reemplaza a la cera que va perdiéndose por los canales. Una vez lleno de bronce, lo deja enfriar, deshace la cobertura de tierra y sale a la luz el friso que retrata a Rita desnuda en toda su belleza, sobre un paisaje de bestias, árboles y frutos de la tierra. Reclinada, posa una mano sobre el cántaro que derrama aguas en abundancia y con la otra abraza por el cuello a un ciervo prominente, cuya formidable cornamenta de dieciocho candelas remata y sobresale por encima del friso. Sonríe satisfecho el artista, la escultura es perfecta hasta en su más mínimo detalle. Llama a Rita a su lado, la toma por la cintura y le palmea el trasero.

—Mira, Rita, qué bien me ha quedado tu marido. Me hizo cornudo una vez, yo lo hice cornudo todos los días y, ahora, para toda la eternidad.

Chacarita
El naranja es un color hermoso
Verónica Abdala

Lo había leído en algún lado. Era cierto, una persona puede ser muchas de acuerdo a lo que le toque vivir. Ella misma, Marina, podía convertirse en una mujer fría y vengativa, aunque aparentara todo lo contrario. Como aquella vez que su hermano le había ocultado la causa de la muerte del conejo. Le había dicho que se había caído a la pileta. Después, Marina supo que eso no era verdad. La vecina había visto cómo su hermano y un amigo lo tiraban, y no había podido salvar al animal porque no sabía nadar.

Unos días después de haber enterrado al conejo, Marina escondió una paloma muerta en la mochila de Germán. La había encontrado en el jardín. Agarró la paloma con una bolsa de residuos como guante y la metió en la mochila. Germán la encontró a la mañana siguiente, cuando fue a buscarla antes de salir para la escuela. Nunca lo había visto llorar ni gritar con tanto miedo. No le importó. Marina oyó el grito desde la cocina y fue corriendo a encerrarse al baño. Escuchó desde ahí cómo su madre consolaba a su hermano y cómo el padre decía que él se encargaría de tirar la paloma a la calle. Sonrió aquella vez, quizás por los nervios. El revuelo duró varios minutos, y después salieron apurados para la escuela, Germán con los ojos hinchados por el llanto y ella impasible, a su lado, en el asiento trasero del auto.

Aquel sábado de mayo no recordó ese episodio de su infancia hasta el momento en que se encerró en el baño a maquillarse, mientras Guillermo se revolcaba en el piso del living. Entonces también lo oyó llorar, aunque, a diferencia de su hermano, Guillermo no había gritado.

Ese sábado, ella se había despertado alrededor de las nueve de la mañana. Los fines de semana aprovechaba para dormir un poco más. Los días hábiles sí, se levantaba a eso de las siete y caminaba por Forest hasta el local de camperas. En esa avenida hay un local al lado del otro y en casi todos venden abrigos: camperas y suéteres, durante todo el año. En Nevado, ella estaba a cargo de la venta minorista. Tenía un sueldo básico, pero no se quejaba. Le alcanzaba para llevar una vida sencilla con Guillermo y darse un gusto de vez

en cuando: una buena cena, un lindo vestido, una escapada a Mar del Plata. Llevaban ocho años juntos y ella se sentía bien con él, aunque a veces pensaba que los únicos hombres con los que realmente compartía sus cosas eran Ramón, su peluquero, y Roberto, el portero, que parecía interesado en cuidar de todos los propietarios e inquilinos del edificio de Olleros. Guillermo estaba cada vez más apático, y por momentos parecía totalmente desinteresado de lo que a ella le pasara o tuviera para decir. Era ella la que siempre tenía tema de conversación: una noticia de la tele, un chisme del barrio, la tapa de las revistas de la semana. Aunque a él, en los últimos tiempos, todo parecía aburrirlo. Son misteriosas las razones por las que en las parejas, en cierto momento, el entusiasmo empieza a decaer y la magia se parece más a un truco mal hecho, algo que las dos partes conocen de memoria. Guillermo parecía ausente muchas veces; de todas formas ella lo cuidaba incluso más que al principio, desde que había tenido esos problemas de salud.

Después del infarto que él había sufrido dos años antes, a sus 44, Marina se ocupaba de comprar verduras y frutas frescas en la feria de al lado de la estación de trenes y estaba pendiente de cada detalle, para que cuando él llegara del trabajo —era cajero en un banco— encontrara siempre la casa prolija, al gato limpio y bien alimentado y la mesa servida; un menú sin sal ni grasa.

Él parecía no darle demasiado valor a todo eso, quizás, simplemente, diera las cosas por sentadas, pero ella se ocupaba igual. No quería que absolutamente nada lo inquietara, aunque el factor más peligroso fuera el hecho de que Guillermo fumaba. No se tomaba, además, las cosas con calma: decía que no podía con el pucho, como no podía cambiar su carácter. Seguía siendo ese tipo impulsivo e irascible que siempre había sido, el chistoso del laburo, un hombre al que no le costaba hacer reír a las chicas.

Marina no pudo haber imaginado que ese sábado sería distinto a los otros. Salvando el hecho de que Guillermo había ido al Tornú a hacerse un electro porque en la madrugada había sentido palpitaciones y ahogo, pensó que sería un fin de semana parecido al resto. Lo del ahogo había sido a eso de las tres. Ella se había incorporado de un salto cuando lo oyó toser. Entonces lo vio sentado en la cama, con las manos sobre el pecho y los ojos muy abiertos, esforzándose porque el aire entrara y saliera de sus pulmones, como si quisiera inflar y desinflar una bolsa de arpillera vieja. Le había alcanzado un vaso de agua y él al rato había recobrado el color.

—Ya me siento un poco mejor, pero a la mañana voy a ir para el hospital, así me quedo tranquilo —había dicho entonces.

A ella también le parecía prudente que se controlara. Seguramente le dirían que todo estaba bien y podrían salir a comer afuera. Prefería pensar que sería así. De haber sido por él, hubieran podido quedarse todos los fines de semana del año tirados, viendo un capítulo tras otro de alguna de sus series preferidas, pero ella insistía con que salieran a caminar o almorzar y Guillermo finalmente cedía; siempre era así.

Ese sábado, Marina se había quedado dando vueltas en la cama después de oír que Guillermo salía. La mañana estaba fresca, se tapó la cabeza con las sábanas y el acolchado, estiró las piernas hacia un lado y el torso hacia el otro, sintió que la columna se elongaba y respiró profundo. Dedicaría el día a relajarse y consentir a Guillermo, ese le pareció el mejor plan.

Cuando se levantó, fue primero a la cocina. El departamento estaba silencioso. Abrió un paquete de café molido, cargó el agua y el café en la cafetera eléctrica y se quedó ahí, con las manos apoyadas sobre la mesada, mientras el vapor empezaba a salir por la parte superior de la máquina y el ambiente se inundaba con olor a café. Se sirvió una taza bien cargada, agregó un chorro de leche fría y caminó unos pocos pasos hasta el comedor.

Era un departamento pequeño: dos habitaciones, un living-comedor decorado con dos bibliotecas de madera, una mesita redonda con tres sillas y un sillón de dos plazas de *chenille* marrón, que Marina había decorado con almohadones coloridos. Sobre la mesa estaba el diario, que él había entrado más temprano. Además, vio una taza de café con leche semivacia, tostadas y migas sobre un plato verde, y un pan de manteca ya un poco derretido que Guillermo habría atacado sin culpa. También vio su celular. Le llamó la atención que se hubiese olvidado el teléfono porque no se desprendía del aparato en ningún momento. Solían discutir porque él pasaba buena parte del día intercambiando mensajes por chat con los compañeros del trabajo. Evidentemente, habría estado tan apurado al salir que no había advertido que se lo olvidaba. Le serviría un rico café cuando llegara, y después, si todo estaba bien, podrían salir a comer.

Seguramente, volverían a la Santa María de Corrientes. Quedaba a sólo media cuadra del departamento y ya conocían de memoria esa mezcla de objetos, fotos, muñecos y adornos que decoraban vitrinas y paredes. Les gustaba, y solían sentarse junto a la ventana de la esquina, frente a las paradas

de los colectivos. A veces alguno chirriaba al frenar y ella se tapaba los oídos. En la pared más ancha, la del fondo, hay cuadros, fotos, dibujos y recortes de diarios enmarcados, un par de guantes de box —sucios, cubiertos de polvo, Marina lo notaba cada vez que iba al baño—, espejos e imágenes de toros. Volverían a leer los cartelitos escritos con tiza: “No se sirve agua caliente”, “No hay tarjetas”, “Hoy no se fía, pregunte mañana”. “Sólo comer y callarse”, podría decir ella riendo, aunque Guillermo, ensimismado, mirara para otro lado. Pensó que sería un sábado más.

Parada junto a la mesa del comedor, se quedó observando el celular. Levantó el teléfono. La pantalla estaba rayada y vio su cara reflejada en el vidrio oscuro: tenía, todavía, los ojos hinchados de la noche —ojeras cargadas como pequeñas bolsas— y el pelo rubio revuelto.

Mientras tomaba un trago de café con leche tocó con el dedo índice la pantalla y el teléfono se encendió. Hubiera esperado que apareciera el espacio para ingresar un patrón de ingreso o alguna clave, pero vio frente a ella una larga cadena de conversaciones de chat, y los contactos de WhatsApp con los que él había estado mensajando los días previos.

Se sintió incómoda al ver las fotos y los nombres, pero no pudo evitar recorrer la lista de conversaciones abiertas: ahí estaban Erlán, el cajero vecino a la ventanilla de Guillermo en el banco; su madre, Chichita; su hermano Nacho y Damián, su amigo de toda la vida. Había también una chica atractiva, de unos treinta y pico de años, a la que Marina no reconoció, una tal Silvana Fiorente, según se leía al lado de la foto. Después, había más nombres y fotos de familiares y compañeros del banco a los que en una u otra oportunidad había visto u oído nombrar: el gerente de cuentas, Sergio Lamelia, los cajeros, incluso el encargado de Atención al Público, Mario Sufit.

Marina desvió la vista del teléfono, quizás fuera momento de dejar el celular. Nunca había espiado conversaciones de Guillermo ni de nadie, y no le parecía correcto hacerlo. Notó que el living estaba desordenado, y se propuso ordenar apenas terminase ese café. Guillermo se quejaba de que ella fuera tan obsesiva con el orden y con todas las cosas, pero ella le decía que, de haber sido por él, hubieran pasado los años comiendo chatarra sobre una montaña de basura y ropa sucia; debía estar agradecido. Ordenar, cepillar al gato y servirle comida nueva, se dijo, eso debía estar haciendo. Despejar ese sillón cubierto de diarios de la semana anterior —pilas de hojas sueltas y recortes que él guardaba vaya uno a saber para qué— y colgar la campera beige que

Guillermo había dejado sobre el respaldo y que debería volver a planchar una vez más. Pero se le había metido en la cabeza la foto de esa chica y no pudo tolerar no volver a mirar el chat: ¿quién era Silvana Fiorente? Si era una empleada del banco seguramente habrían chateado sobre algún trabajo pendiente y en ese caso podría confirmar eso y dejar de pensar. Encontraría algún intercambio de datos o de números y entonces podría volver a enfocarse en ordenar la habitación. Se dijo que no era tan malo, después de todo, despejar las dudas, y además Guillermo no se enteraría.

Volvió a tomar el teléfono y a abrir la lista de contactos del chat. Clickeó sobre la fotito de esa morocha de piel blanca a la que se veía riendo con un mechón de pelo sobre la cara, y con la que él había estado mensajeando la noche anterior. Lo primero que apareció fue una *selfie* de ella: la vio con una musculosa oscura, mirando a cámara y mostrando el escote. Tenía el pelo negro bien lacio, los labios rosados y carnosos, una nariz perfecta.

Debajo de la foto, en el costado derecho, un pequeño globo celeste:

—Me vas a matar, hermosa.

Ella contestaba con risitas.

Marina se sobresaltó. Movi6 el dedo sobre la pantalla:

—Otro día de aburrimiento mortal —decía él.

—Pobre, mi amor —respondía la chica—, ¿vas a escapar o voy a salvarte?

Él respondía que iba a escapar.

Dejó el celular sobre la mesa, estaba agitada. Sintió que la mandíbula se había puesto tensa, estaba apretando los dientes. Se acercó a la ventana, la abrió e inspiró aire fresco. Se sentía aturdida. El gato se acercó y refregó el lomo contra su pierna, pero ella ni siquiera lo advirtió. Levantó la vista y se quedó mirando hacia afuera: era un sábado oscuro. El cielo, de un gris plomizo y cargado, anticipaba una tormenta. Desde el sexto piso se veían la estación de trenes y las cúpulas de los árboles del cementerio: unos árboles frondosos de ramas venosas y oscuras, hojas que iban y venían como en cámara lenta.

Recordó que había guardado una caja de cigarrillos en un cajón, una noche que había revisado los bolsillos de Guillermo. Fue a buscarla, encendió uno y volvió a la ventana.

Unos cinco minutos después oiría el sonido de la llave girando en la cerradura de la puerta de entrada.

—Hola, Mari —dijo él con media sonrisa.

Llevaba el sobre blanco en la mano, no tenía buena cara.

Ella seguía parada junto a la ventana, con el cigarrillo todavía encendido. Tiró la colilla al vacío y miró a Guillermo, pero no abrió la boca.

—¿Te pasa algo? —preguntó él.

—Nada —respondió ella, y volvió la vista al cementerio.

—¿Por qué esa cara?

Ella lo miró.

—No traigo las mejores noticias —dijo él.

Parecía preocupado, estaba despeinado además. Ella notó que no se había bañado antes de irse.

—El doctor Lamotte va a hacerme una coronariografía el lunes, tiene sus riesgos pero no hay otra alternativa. Mientras tanto, reposo absoluto y todo sin sal, no te olvides de eso.

Guillermo se sacó la campera de cuero negra y la dejó, como siempre, tirada sobre el sillón.

—También me dio un blíster de Isordil —dijo mientras se quitaba las zapatillas y las dejaba a un costado de la mesa, sobre las migas que había dispersas por el piso—, tengo que ponérmelo debajo de la lengua si llego a sentirme mal.

Ella miró las zapatillas, una encima de la otra, y después volvió a mirar por la ventana. Hasta el sexto piso llegaban los ruidos de la avenida. Los vendedores ambulantes ofrecían medias y gorros baratos, los colectivos clavaban los frenos en la esquina de su casa, y también se oían gritos y llantos de chicos.

—¿Estás bien, mi amor? —dijo él e intentó abrazarla. Estaba pálido y ojeroso, tenía los labios resecos.

Ella no contestó. Caminó hasta el sillón y se desplomó sobre la campera negra. Los anteojos de lectura que él llevaba en el bolsillo interno crujieron bajo su peso. Cruzó las piernas y con un pie barrió las migas de pan que se pegaban a la planta de sus pies.

Guillermo, entonces, pareció inquietarse. Se acercó hasta el sillón, agarró la campera negra y tironeó de la manga, pero Marina no se movió.

—Permitime —él volvió a tironear.

Finalmente logró sacar la campera, encontró los anteojos que tenían un cristal roto y una patilla suelta, y acomodó la campera negra prolijamente junto a la beige.

—Te olvidaste el celular —dijo ella, entonces.

Él se movió con rapidez, buscó un trapo de la cocina y volvió al comedor, levantó la taza y el plato vacío y fregó con fuerza la superficie de la mesa de madera. Parecía estar pensando qué decir. Después volvió con un escobillón y barrió las migas del piso.

—Vi tu charla con Fiorente. Entiendo que pensabas escaparte de algo.

Guillermo dejó de limpiar y la miró a los ojos.

—Es una mina del laburo.

Ella sonrió.

—¿Qué es esa sonrisa tonta? —preguntó él.

Ella empezó a reír.

—No quiero pelear ahora —dijo Guillermo.

Tenía la frente cubierta de gotitas de sudor.

—Ibas a trabajar, parece —ella oyó su propia risa.

—Cortala, querés.

—No quiero. —Marina se secó los ojos, húmedos por la risa—. Así que andás cogiéndote a esa yegua.

—Calmate un poco —dijo él.

Estaba cada vez más colorado. Tenía la camisa pegada al cuerpo, y empezó a desabrocharse los botones más altos.

—Estoy agitado.

Sus patillas estaban mojadas y le temblaban las manos. Seguía desabrochándose botones, pero los dedos parecían resbalosos.

—Pasame el Isordil —pidió entonces—. No me siento nada bien.

Ella manoteó la campera negra, sacó el blíster del bolsillo y dio dos pasos veloces hacia adelante. Cuando estuvo junto a la ventana, miró el cielo; estaba más oscuro que antes. Se asomó un poco, extendió el brazo hacia afuera, con el blíster en el puño, abrió los dedos y lo dejó caer. Fue en el mismo lugar en el que había tirado la colilla. Miró hacia abajo pero no logró ver nada, sólo la vereda de Olleros.

—¿Qué hacés, tarada? —dijo él.

Ella se volvió hacia Guillermo, otra vez sonriente.

—No seas pendeja. Olvidate de esa mina.

—Seguro —respondió ella—. De hecho, ya no la recuerdo.

Guillermo cerró los ojos con fuerza y apretó los labios, se llevó las manos al pecho.

—Llamá a alguien, llamá a una ambulancia.

Marina caminó hasta el baño y volvió con un esmalte de uñas color anaranjado, se tiró sobre el sillón, levantó una pierna y se acomodó para pintarse las uñas del pie.

—Me siento mal, la puta madre. Pasame el celular.

—Pedile a Fiorente, yo estoy ocupada —dijo ella levantando el pincel en el aire.

—No me hagas esto, Marina, no puedo moverme.

Guillermo se arrodilló junto al sillón. Abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua y empezó a toser, como a la madrugada.

—Salud, querido.

Ella se pintó primero las uñas del pie derecho; siempre empezaba por el mismo. La uña del dedo gordo le llevaba más tiempo que las otras y se concentró para que el esmalte no se extendiera hasta la piel. Después, emprolijó los bordes.

El gato se acercó hasta donde estaba Guillermo, que como pudo se recostó en el piso.

—Hija de puta —intentó arrastrarse hasta el teléfono de línea, sin quitarse la mano del pecho.

Entonces tenía los ojos más rojos, por la fuerza que hacía para inspirar un poco más de aire. Marina pegó otro salto, alcanzó el cable y tiró de él. El teléfono quedó desconectado. Ella volvió al sillón, respiró hondo, y se concentró en el pie izquierdo: le llevaría dos o tres minutos darles a las uñas una mano de esmalte.

—El naranja es un color hermoso —dijo como si acabara de hacer un descubrimiento importante.

Guillermo se desplomó muy despacio, como si su cuerpo pesara toneladas. Fue entonces cuando ella caminó hasta el baño y se encerró, como cuando era chica.

Encendió el secador de pelo y se secó las uñas con el aire frío, todavía estaban frescas. Secarlas le llevó unos diez minutos. Después se maquilló para disimular la palidez: un poco de rubor, rímel en las pestañas y brillo en los labios, era un maquillaje natural. De repente, se miró al espejo, decidió que el rubio no le sentaba tan bien. Iría a lo de Ramón en la semana para cambiarse el color. Podría teñirse de castaño oscuro, incluso bien negro, como Silvana Fiorente. Después, salió del baño y caminó hasta el cuarto a ponerse el

vestido gris de lanilla, que combinó con unas botas negras. Fue hasta la cocina y buscó el changuito de las compras. El gato se acercó hasta ella, sigiloso, maulló intentando llamar su atención, y volvió a frotar el lomo contra su pierna; ella casi se tropieza, pero lo apartó con un movimiento preciso y siguió camino hacia el living, en dirección a la puerta. Esquivó con el changuito a Guillermo, tirado a un lado del sillón.

—Voy a comprar verduras para hacerte una sopita. O mejor no, mejor compro algo rico para mí, que tuve una mañana difícil.

Él tenía los ojos fijos en algún punto del cuarto y la boca semiabierta. No se movía.

En la planta baja, Roberto, el encargado, leía un diario detrás de un escritorio diminuto, a dos o tres metros de la puerta de calle.

—¿Cómo anda, Roberto? —saludó Marina—. Salgo a hacer unas compras.

—¿Va a la feria? Me dijeron que hay puestos nuevos.

—Como todos los sábados. Hoy voy a traer queso picante y un licor de mandarinas. Guille tiene desde anoche ese antojo, me lo pide.

—Su marido sabe lo que es bueno —dijo el portero.

Marina salió a la calle, vio que Roberto la despedía con la mano en alto y caminó animada las dos cuerdas que separaban su edificio de la feria que había al lado de la estación de trenes, en un viejo galpón de techos de chapa. En el trayecto se detuvo a comprar un par de medias a un vendedor callejero: iba a llevar unas panties negras pero se decidió por otras color piel, que en invierno usaba debajo del jean.

Volvió al edificio una hora después, con el changuito cargado. Saludó a Roberto, de camino al ascensor:

—Conseguí el licor, y no sabe las paltas que traje.

El portero no podría haber imaginado que, cinco minutos después, Marina volvería a aparecer, desencajada y a los gritos:

—¡Llame a una ambulancia, Roberto! ¡Guillermo está tirado en el piso, está muy mal, le suplico que me ayude!

El hombre empezó a temblar, abrió el cajón del escritorio y ella alcanzó a ver que revolvía unos papeles. Descartó unas tarjetas mientras sacaba el celular del bolsillo y empezó a marcar un número.

—Ya estoy llamando al SAME —dijo.

Cuando lo atendieron explicó que había un hombre descompuesto y pasó la dirección del edificio. A Marina le pareció escuchar que respondía unas

preguntas. Después, subieron los dos hasta el sexto piso. Ella se quedó en el pasillo, arrinconada contra una pared. Roberto entró y a los pocos segundos volvió a salir, estaba muy serio y transpiraba.

—Bajemos, es mejor esperar abajo —dijo él.

Volvieron a la planta baja. Poco después apareció la ambulancia y estacionó a unos metros de la puerta, sobre la entrada de un local de ropa deportiva. Dos hombres descendieron de la cabina del conductor mientras Roberto abría.

—Soy el médico —dijo uno de ellos, el que había entrado primero.

Llevaba un guardapolvo verde y un estetoscopio colgando del cuello. El otro vestía un guardapolvo azul petróleo y unos zuecos plásticos de color negro.

—¿Usted es la mujer? —dijo el de verde.

—Sí, la esposa —respondió Marina.

—Subamos, no perdamos tiempo —dijo el médico.

Entraron los cuatro en el ascensor y nadie más habló hasta que la puerta se abrió en el sexto. La puerta del departamento estaba abierta, y Guillermo tirado en el mismo lugar en el que Marina lo había visto al salir para la feria. Los dos hombres se miraron y el médico se arrodilló en el piso. Le tomó el pulso a Guillermo sin decir una palabra. Revisó las pupilas y lo auscultó durante cerca de un minuto. Después tomó su mano derecha y movió los dedos y la muñeca.

—Lo siento —dijo, finalmente—. Es probable que lleve muerto cerca de una hora, por la rigidez de la mano.

Marina se largó a llorar mientras se tapaba la cara con las manos, dijo que suponía que él se había descompuesto en el rato en que ella había salido a hacer compras. Tenía problemas cardíacos, esa misma madrugada se había sentido mal y había ido a controlarse a la mañana. De todas formas, no podía creer lo que pasaba. No lo había visto tan mal antes de irse. El médico y su asistente dijeron que no siempre es posible prever un infarto en el caso de los enfermos graves, y le propusieron cargar a su marido hasta la cama. Después, la gente de la cochería se encargaría del traslado a la casa velatoria. Marina dijo que sí y, mientras los tres hombres levantaban a Guillermo y extendían su cuerpo sobre la cama sin hacer, caminó hacia el baño. Una vez allí cerró la puerta y se secó la cara. Después, se miró las uñas: la del dedo mayor se había saltado en el borde. Se fastidió por eso, hubiera podido romper algo. Tomó el frasco de esmalte naranja y colocó una gota en el espacio corrido. Sopló con

fuerza la uña.

Cuando salió, los tres hombres estaban esperándola en el comedor. Le hicieron firmar un papel. En ese momento empezó a llover; como el agua mojaba el piso se acercó hasta la ventana y la cerró.

Los tres hombres bajaron, y ella volvió a conectar el cable del teléfono. El gato la miraba, pero esta vez no maulló. Marina abrió el sobre blanco; hasta entonces no había leído el resultado del electro. El informe advertía sobre una arritmia severa, y había también una orden de internación para el lunes siguiente, firmada por el doctor Lamotte. Volvió a guardar los papeles en el sobre y, con un movimiento brusco, lo colocó sobre la mesa: era importante que Chichita y Nacho supieran del problema de Guillermo. Tenía que llamarlos para darles la noticia, también a la gente del banco, casi todos querrían ir al velatorio. Podría ponerse el vestido negro con pintitas verdes, o cualquier otra cosa, pensó. El lunes pediría licencia y seguramente se haría el entierro, y el martes iría a lo de Ramón. Le pediría el cambio de color, y que no hablaran de la muerte de Guillermo, ya habría tiempo para eso.

Amor

Núñez
Tres ambientes con patio
Elsa Osorio

Núñez, tres ambientes amplios, con patio-jardín. Y dentro del presupuesto que sus padres manejan, un poco más, pero podrían ofrecer menos.

Núñez es lejos, le dijo su novio, una hora de colectivo al centro.

—No, no tanto, exagerás.

Sus padres no tienen que ir al centro todos los días, para cuando vengan a vivir estarán los dos jubilados. Y a Norma, que lo va a usar este año, no le importa nada viajar, y sí vivir en un lugar más tranquilo, con árboles ¡y patio! Un lujo. Y además, ella qué sabe dónde va a conseguir más horas de cátedra, ahora la suplencia la tiene en Caballito, pero mañana pueden ser en cualquier otro lugar, donde se las den. Visitará ese y otros departamentos, lo más importante no es el barrio. Era apenas una entre tantas otras cosas a considerar, la luminosidad, el ruido, no debían dejarse limitar por el barrio.

Sin embargo para Norma, Núñez es eso cálido que olía a jazmines y a Silvio, el profesor de Química, los apuntes por el piso, las manos tibias recorriéndola, esos besos, qué linda sos, esas ganas recién estrenadas, una tarde y la otra, hoy me tenés que enseñar Física, claro que sí, chiquita, pero sólo un rato, porque esa tarde, poco antes de que volviera la madre de Silvio, por primera vez, ella dejó crecer ese deseo, esa humedad entre sus piernas y se abrió toda a él, ni supo bien lo que era porque debió salir corriendo, por eso al otro día a las tres ya estaban en la cama, saboreándose, entre risas y juegos, oliendo a deseo.

Silvio al fin le enseñó Química y Física, y Norma aprobó la previa y la que se había llevado ese año, el último del bachillerato. Después se fue para Rosario, donde sus padres se habían instalado tres años antes. Quedaron en escribirse, en verse, pero el tiempo, los estudios, otra gente, otra ciudad.

Cuando se encontraron por la calle en Buenos Aires, Silvio se rio mucho, Norma le contó que estaba en tercer año del profesorado de Física y Química, le hizo una broma un poco grosera que aludía a esos encuentros de clases y sexo, pero que a ella le encantó. Tanto que ese día se fueron otra vez a la

cama, aunque Norma ya estaba de novia con Luis. Silvio, muy diferente, lejos del estudiante de Ingeniería seductor que fue su profesor, y no porque ya fuera ingeniero, ni porque trabajaba en una industria, ni porque se le había muerto la madre y sólo dependía de él. Había madurado en su manera de mirar la sociedad, de explicarle lo que pasaba con el mismo entusiasmo que cuando le enseñaba Física, pero con más pasión. Norma lo escuchó con el cariño y la admiración de antes, pero no le hizo mucho caso, tenía razón, pero ella prefería no meterse en política. No iba a arreglar Norma el mundo, ni tampoco Silvio.

Se vieron tres o cuatro veces más, cuando ella iba a Buenos Aires para algún seminario o simplemente a pasear, él cada vez más serio, cada vez con menos tiempo; en diciembre discutieron porque no le gustaba a Silvio que Norma siguiera haciéndose la nenita, la no entiendo nada, la no me meto, despertate ya, Norma, y actuá, hacé algo, y muy molesto le dijo que no, que no podían ir a su casa, Silvio tenía que estudiar. Que se fuera a ver vidrieras, la agredió, él estaba ocupado con lo que está pasando y ella no parece enterarse. A Norma le dio una cierta desesperación irse peleada con Silvio, aunque su vida no tuviera nada que ver con él, quién sabe hasta cuándo no volvía a Buenos Aires, y entonces lo provocó y lo provocó, y terminaron enredándose en ese abrazo, y ese beso, dale, ¡tengo unas ganas de vos!, yo también, chiquita, un taxi, pidió ella, cobré ayer, y no fue un rato, fueron horas de pieles, manos, cuerpos, jugos, con placer, con desesperación, como si hubieran sabido que era la última vez. A la mañana, él le dijo que no podía acompañarla al micro, tenía una cita, y fue entonces cuando ella sorprendió el arma. ¿Estás loco, Silvio? No, sé lo que hago. Cuidate, por favor, vos también, y le dio un beso en la frente, y despertate, Norma, y otro en la boca.

No lo volvió a encontrar, nunca contestó el teléfono ni las cartas que le mandó. Pensó que quizás se había ido del país, porque gobiernan los milicos, pero ¡podría haberle escrito para despedirse! La única conocida en común era Natalia, ella tampoco sabía nada de Silvio. Es raro, le dijo Norma ya en diciembre, a un año de la última vez que se vieron, que no esté en la casa, que no conteste mis cartas. La hermana mayor —a quien Natalia encontró en la guía— le contestó bastante seca: que se fue de viaje, pero no sabía adónde. Un exiliado más, le dijo Natalia, ella tiene muchos amigos que se fueron del país en estos dos años, desde el 75, y otros, peor, que... se los llevaron y no saben nada de ellos.

Norma confirmó su sospecha de que Silvio se exilió, y ahora, cuando se baja del colectivo y mientras camina por Jaramillo le vuelve la cara de alegría de Silvio, y esa cara grave, la de la última vez: Despertate, Norma, hacé algo.

La inmobiliaria está en Zapiola y Jaramillo. Apenas a unas cuadras de la casa de Silvio. Muy simpática, y linda, la chica que la atiende, Ana. Cuando están por salir, entra un hombre joven, muy durito, y habla con la chica. Mira a Norma un momento, molesto con su presencia. Esos ojos acerados le dan miedo.

—Te espero aquí —le dice a la chica—. Volvé rápido.

En la calle, Ana se distiende: que el barrio es muy tranquilo, y Norma: que sí, que lo conoce. Ah, ¿sos del barrio? No, soy de Rosario, pero viví en Buenos Aires, y tenía unos amigos en Núñez, no me acuerdo bien dónde. Quizás le ha mentido porque justo están doblando por la calle Vidal, qué casualidad, Norma no quiere que se le note esa extraña sensación cuando, paso a paso, se acercan al edificio, el corazón acelerándose cuando Ana se detiene en el portal y busca un gran llavero, y más aún, cuando entra y se dirige a la izquierda, sí, allí mismo, al departamento de Silvio, donde Norma por primera vez... La puerta se abre, todo está un poco desordenado, le dice Ana, pero imaginátele con muebles, plantas, con una glicina en este patio. Ese patio que ya no huele a jazmines, está todo seco, ni siquiera se han tomado el trabajo de arrancar ese cadáver de enredadera colgando sobre los alambres, no hay flores en las macetas. El salón está vacío, sólo ha quedado una mesita ratona destartalada, y unas carpetas por el suelo, dos almohadones abiertos, exhibiendo obscenamente su relleno, y un jarrón roto. El dueño es un muchacho joven, que casi no está, se justifica Ana. ¿Está fuera del país?, pregunta Norma, y ese brillo en los ojos de Ana la alerta. No, ¿por qué? No sé, te entendí que el dueño no está y pensé que estaba fuera del país. ¿No tiene nada más que esta mesita? Pero claro, se vende sin muebles, es que no tengo mucha experiencia, disimula con una risa, yo nunca compré. Algunos hay, y te podemos vender si necesitás... En el cuarto grande están la cama y las mesitas. ¡Esa cama! Como un ramalazo la asaltan imágenes, qué linda sos, y vos, un churro bárbaro. Silvio, ¿dónde estás?

—¿Te pasa algo?

—No, nada, me preguntaba si a mis padres les gustará la cama.

—Sí, seguro, no es nada moderna, tiene cabezal, pero son esas cosas buenas, nobles, que se hacían antes, a ellos seguro que les gusta más que a vos.

Si lo comprás, después te digo cuánto pide el dueño.

Y el otro cuarto, también. Norma la acompaña, tiene que dejar de mirar la cama o Ana se va a dar cuenta. El otro cuarto, la cama chica, y también papeles y libros tirados, despanzurrados.

—¿El baño?

La cocina está algo destartada.

A la vieja le alcanza para darnos de comer, y pará de contar —le había contado Silvio—, pero quiere que yo estudie, doy clases para mi bolsillo, por suerte este departamento es nuestro.

Esas plantas secas la estremecen.

—¿No riega nunca el dueño?

Le tira de la lengua, pero Ana, con su mejor sonrisa:

—Sí, cero onda con las plantas este muchacho, ¿vamos o querés ver otra vez algún ambiente?

—No, está bien.

Acompaña a Ana a la inmobiliaria, le interesa, aunque está algo alto el precio porque hay que invertir.

Lo quiere comprar ya, con dueño y todo, ¿dónde está Silvio?, vos debés saber, bruja, pero en lugar de eso: ¿Están bien los papeles?, digo porque si es tan desordenado el dueño... No, está todo bien. Si te decidís, pasá una oferta, mirá que hay varios interesados.

Ya que estamos aquí, te podés fijar si está todo bien, el título, esas cosas, porque no quiero hacer venir a mis padres por nada. El tipo mirando, impaciente, y ella preguntando: ¿Cuántos metros cuadrados tiene exactamente?, ¿tenés planos?, ¿estás segura de que los servicios son individuales?

El hombre, nervioso, llama a Ana, hablan en voz baja. Y ella vuelve, sonrisa amplia.

—¿Qué querías saber?

—Los metros cuadrados, propios y comunes, y si no está hipotecado, o en sucesión o algo así.

—¿Qué te parece si lo miramos cuando hacés la oferta?

—Ya te dije que es para mis padres, y todos esos datos me los piden, no van a hacer una oferta, ni dejar una reserva, sin saber lo esencial, y no quiero entusiasmar a mis padres si no es seguro.

—Es seguro, señorita. Todas nuestras propiedades son seguras, están

verificadas antes de ofrecerlas.

—¿Usted es el dueño de la inmobiliaria? —Norma le extiende la mano—. Mucho gusto. Me extraña que no quieran darme todos los datos cuando me interesa un departamento, parece que están apurados o que no les interesara vender.

Le quiere preguntar a quién pertenece pero no se anima ante esos ojos furiosos: andate ya, mientras escupe:

—No es así, es que tenemos que tratar una operación muy importante ahora con la señorita, y si usted todavía... Pero dale, Anita, dale los datos que te pide a la señorita.

Le va a preguntar más y más hasta que el tipo explote. Le da miedo pero no puede con ese súbito odio que le inspira, lo quiere molestar. ¿Cómo ese tipo tiene el departamento de Silvio? ¿Qué pasó con Silvio?

La chica de la inmobiliaria se levanta y consulta en voz baja algo con el repugnante. Y él pega fuerte con la mano en el escritorio.

—¿Ahora tiene que saber si puede ser entregado ya, apenas realizada la operación? ¿Tiene el dinero ahí en la cartera?

Ana se interpone, con su sonrisa:

—Vos pensalo, hacé la oferta, y si se acepta, seguro que arreglamos con el dueño una entrega rápida. —Y abre los ojos, señalando para atrás, con cara de por favor no lo pongas más nervioso.

Mejor se va, antes de que esa trompada al escritorio se la dé a ella.

—¿Tiene teléfono el departamento? —pregunta desde la puerta, un último toque a su sistema nervioso.

—Sí, tiene.

Tiene pero lleva meses sin contestar. Si se fue del país, debe haber dejado algún poder para que se lo vendan. Tenía una hermana, ella debe ser dueña también, le parece recordar que algo le contó Silvio, era algo desagradable, pero no se acuerda qué, sí de que se llevaba mal con la hermana.

—Te llamo —le dice a Ana, en clara señal de que con el de los ojos-cuchillo no quiere tratar.

—Despertate, Norma —le había dicho Silvio la última vez que se vieron.

Tiene mucho que hacer. Averiguar ya. Denunciar no, ¿ante quién? Y si se fue al extranjero, ¿qué va a denunciar? No conoce a nadie que no sea Natalia, que se hizo la estúpida, sabe más de lo que le dijo. Irá a la casa, la sorprenderá. Natalia, por favor, es muy importante, no te puedo decir por qué, necesito ver

a algún amigo de Silvio o a alguien de la familia, a su hermana. Con la hermana no se lleva bien. Desesperación le da, por qué no le habrá preguntado más a Silvio. Todo lo que consigue es la dirección de la hermana, pero no digas que te la di yo, le pide Natalia.

Si se llevaron todo lo de Silvio, se llevaron las cartas de Norma. Raro que no la fueran a buscar. Por suerte dio otro nombre en la inmobiliaria, Norma Bersalino, el apellido del novio, probando qué tal quedará cuando se casen.

De lo de Natalia ha llegado hasta Monroe, buscando un teléfono público, otra vez en Núñez, como si recorriendo sus calles pudiera dar con una pista que la lleve a Silvio. En Cabildo encuentra una oficina telefónica, al fin, la guía amarilla, por favor. Detectives. Se mete en la cabina, que nadie la escuche. Pide una cita. Urgente. Sí, en una hora puede estar.

Una oficina modesta en la calle Viamonte. Quiere que le encuentre amigos de Silvio Cilmes. De la última época. ¿No a Silvio Cilmes? También, pero él no está, creo que se fue del país. Él le puede averiguar si se fue... legal, es decir, con sus documentos. Norma sabe la fecha y el año de nacimiento pero no el número de documento. No importa, se arreglará, pero imposible pagar lo que le pide, a menos que pueda hacerlo en cuotas. Sí, en seis. Que pase el jueves a la tarde. Lo de los amigos, más difícil, pero lo intentará. Los honorarios aumentan en ese caso.

La entrevista con la hermana no le trajo mucho más que la certeza de que algo grave le pasó a Silvio. Y un rato muy desagradable. Le abrió la puerta un pibe que la hizo pasar sólo con preguntar por la señora. Llegaron los dos a la vez, amontonándose.

—¿Quién es? —quiso saber el marido de la hermana.

—Una amiga, fue alumna de Silvio, en la secundaria.

El hombre sonrió con sorna, y le hizo un gesto a su mujer del que Norma no se dio por enterada.

—Pase —dijo la mujer, aunque ella ya estaba adentro. El marido, todo el tiempo ahí, controlando. Y la hermana que no sabía, Silvio no le dijo nada.

Y en un susurro:

—Estaba metido en algo, de un día para otro, dijo el portero, no se lo vio más.

—¿Y usted presentó un hábeas corpus? —le preguntó Norma, respetando el susurro.

—No, mi marido piensa que no hay que meterse, a ver si tenemos

problemas. Nosotros nos veíamos poco con él —se justificó— y tenemos hijos adolescentes.

—¿El departamento de la calle Vidal es también suyo, no?

La madre le compró su parte en cuotas, una miseria, y lo puso en vida a nombre de Silvio. ¡Eso le había contado Silvio! Ahora lo recuerda, que su hermana amenazó con pedir que lo vendan judicialmente. Mejor que no la haga acordar, su voz retomó el volumen normal, ella tendría la mitad y no la cuarta parte. Pero se lo va a discutir, legalmente, porque eso no se puede hacer, no se puede desheredar.

—Al menos tuvimos algo, si de tu hermano dependiera, todavía estaríamos esperando —apuntó el marido, un tipo asqueroso.

¿Por qué le preguntaba lo del departamento? Pero no se lo iba a decir, no, esa gente no la iba a ayudar.

—No sé, estoy preocupada, a mí me gustaría encontrar a Silvio, y se me ocurrió que tal vez usted había ido al departamento. ¿Conocen a alguien, algún amigo que pueda decirme algo?

Ella negó con la cabeza, y su marido:

—Sus amigos no nos gustaban.

Norma les agradeció su tiempo y, para cortar la tensión, les preguntó si le podían indicar qué colectivo tomar para llegar hasta Cabildo y Pedraza. El 168 o el 52.

Volver a pasar por la puerta del departamento. Y si la de la inmobiliaria la ve, mejor, creará más en su interés cuando la llame para comprarlo.

Estaba en la parada del colectivo cuando se acercó corriendo el pibe que le abrió la puerta:

—Vos sos la que preguntó por Silvio, ¿no?

—Sí.

Y le dio un papel con varios nombres y teléfonos:

—Es mi tío, Beto, primo de Silvio, ellos sí se ven. Y este es un amigo de la facu, una vez me ayudó con un examen. Y la tía Maru, que lo quiere. Suerte, flaca. Y si sabés algo, llamame, me llamo Mauro.

Lo hubiera abrazado, pero salió volando.

Necesita un cómplice, no puede hacer todo sola. A su novio no puede contárselo, no va a entender lo de Silvio, menos si le dice que fue el primer chico con quien hizo el amor. ¿Y si lo habla con Gaby? Ella decía cosas parecidas a las que decía Silvio. Desde que llegó a Buenos Aires que quiere ir

a verla. Se casó y vive en Núñez también. Apenas se baja, busca un teléfono público y la llama, y sí, puede pasar por su casa, qué alegría, Gaby tiene algo que contarle: está embarazada, muy contenta, sí, pero también cagada de miedo, no es momento para tener un hijo, ella hubiera querido irse. Pero por qué, Gaby, vos... Ay, Norma, ¿vivís en Rosario o en Marte vos? Ahora se vino a vivir aquí, está en una pensión hasta que compre un departamento para los padres, que usará ella por un tiempo. Entonces, a borbotones, deja salir todo lo que pasó ese día.

Claro que se acuerda Gaby de lo que le contó de Silvio, ¿dónde milita?, ni idea. Gaby tiene un fitito, se lo regalaron sus suegros, van a pasar por la casa, y por la inmobiliaria también, sin ser vistas. Debe estar por cerrar. Vos escondete, Norma.

La chica rubia sale de la inmobiliaria y cierra la puerta del local, camina hasta la esquina y para un taxi, ellas la siguen, como en las películas, pero es fácil porque el taxi no corre, y la chica no tiene ni idea de que la están siguiendo. Se detiene en 11 de Septiembre al 4300, una antes de Libertador, baja y se encamina hacia la avenida por Correa. Ellas siguen por 11 de Septiembre, no pueden quedarse ahí porque se dará cuenta, dan una vuelta de manzana, y despacito vuelven por Libertador. Ahí está, grita Gaby, ha cruzado la avenida. Pero ¿dónde va, si no hay nada allí? ¿Es posible? Está entrando a la Escuela de Mecánica de la Armada. El fitito de Gaby de pronto toma una velocidad inusitada, pará, loca, que nos vas a matar. ¿Sabés donde entró? ¡En la ESMA! La mina es una empleada de la Marina. Vos sabés lo que pasa ahí. No. Se tortura y se mata gente. Cuidado, Norma. Esto puede ser muy peligroso.

En ese instante Norma decide que no se detendrá hasta encontrar a Silvio, aunque sea peligroso. Y que ese día marca un antes y un después en la vida. Pero necesita ayuda.

Van a lo de Gaby. Llama a Luis: se encontró con su íntima amiga, compañera del liceo, y tienen horas para charlar, sí, mañana nos vemos, yo también te quiero.

Ahora llamar a los teléfonos que le dio el sobrino, buen pibe, no salió a sus padres. Beto no está y no tiene contestador. El compañero de la facultad le dice que hace tiempo que no ve a Silvio, que no sabe nada, y nada en su tono transmite inquietud.

La tía Maru tampoco sabe nada, pero ella sí está muy preocupada.

—¿Sos amiga de Silvio? ¿Por qué no me venís a ver? Mañana, si te parece

bien.

—¿Conoce a Beto?

—Sí, es el hijo de Mirta, mi prima.

—¿Le podría hacer llegar un mensaje de mi parte? Que llame a Norma. —Y le da el número de Gaby.

No ha pasado una hora cuando llama Beto, de un público.

—Soy Norma, una amiga de Silvio.

—¿La alumna?

Se siente orgullosa de que haya hablado de ella con alguien.

—¿Podemos hablar? Es urgente.

—¿Para qué?

Ella sabe algo de Silvio, y quiere que él le cuente otras cosas.

Le quiere dar la dirección de una amiga. No, mejor en una pizzería. En Arce y 3 de Febrero, cerca de lo de Silvio.

Llama al detective. El jueves, le dije, está bien, mañana a las 11. ¿No le puede adelantar nada? Hace más de un año que no sabe nada de su amigo, y ahora no puede esperar unas horas, no, no puedo, por favor. Y él: que su amigo no salió del país, pero que no lo deje colgado, tienen un trato y hay algo más para ella: un contacto.

Lo planifican todo esa noche, entre los cuatro, se suma Leandro, el marido de Gaby, aunque la voz cantante la tiene Beto.

Al día siguiente Norma irá a la inmobiliaria. Les dirá que lo quiere ver otra vez y que sus padres, en principio, están interesados. Tiene que llevar una cámara y fotografiarlo, necesitan pruebas. Tendrán que ir los padres antes de hacer la oferta. Norma no quiere meter en este quilombo a los padres. No, unos padres digo, no los tuyos, unos que hagan de tus viejos. Claro que nadie va a querer meterse en la boca del lobo, pero lo consultará con los compañeros. Luego de la visita, Norma confirmará su interés, deja una seña, hace una oferta alta, y le pide todos los datos. Ahí ya los tipos tendrán que largar algo.

Leandro le puede preguntar a un compañero que labura en una escribanía, es casi escribano. ¿Y no hay boleto? Si tenés toda la guita —instruye Beto— le pedís ir a escritura directa. Y vos tenés toda la guita. Qué va a tener. Ay, Norma, te digo lo que vas a hacer, vos te creés ya que tenés toda la guita, y actuás así. Lo único que hay que conseguir es la guita para la seña. ¿Y no hay boleto? Si tenés toda la guita le pedís ir a escritura directa.

Y después qué, quiere saber Norma, mucho detalle, pero dónde apunta ese plan, qué van a hacer con eso.

Todos se miran y la miran a Norma, parece que fuera obvio, que sólo ella no lo sabe.

Conseguir un escribano, o inventar un escribano, porque como Norma tiene toda la guita, la escribanía la pone el comprador.

¿Y entonces?, espera que no se noten esas piernas que tiemblan bajo la mesa, esa dificultad en tragar la saliva. Eso que nadie dice, que dan por sentado, a ella le da mucho miedo. Pero es ella quien pidió esta reunión, quien convocó al grupo. Despertate, Norma, le había dicho Silvio. Y ella buscó cómplices, a Gaby la conoce, su marido supone que será bueno, pero de Beto no tiene ni idea. Él percibe su tensión, porque corta la reunión: por hoy ya basta, estamos cansados, cada uno a su tarea, mañana más detalles y él, mientras, va ajustando con los compañeros.

—¿Encontraremos a Silvio? ¿Les parece? —la voz de Norma suena rara, como si se estuviera rompiendo.

Beto apoya su mano sobre la de Norma.

—No lo sé, Normita, pero ese departamento servirá para encontrarlo o para vengarlo.

—¿Vengarlo?

Quiere irse ya mismo, antes de que se den cuenta de lo que siente y antes de que se lo digan. Ella no va a matar a nadie, ni al tipo de la inmobiliaria, por muy mal que le caiga, ni a la chica. A nadie.

—Despertate, Norma —le había dicho Silvio.

—Yo mañana veo al detective —dice para disimular, como si ella fuera una más de ese grupo—. Aunque ya me aseguró que Silvio no salió del país.

—Esos son de los servicios. No se te ocurra darle mi nombre.

—Ni el nuestro.

No es necesario, porque el detective le da el nombre de Beto, y el de Mariela, que esa noche sabrá que es la compañera de Beto. Norma lo conoce, lo vio anoche, y entonces se acuerda de que el detective es de los servicios, cómo mete la pata. Aunque no cree, porque no le va a cobrar ni seis ni doce cuotas, no le cobrará nada.

—Cuidate, piba, lo mejor es que te olvides de tu amigo Silvio. Aunque con suerte lo liberan.

Norma le puede dar un dato: ellos, los que lo llevaron, tienen una

inmobiliaria en Núñez. Le va a dar la dirección porque no le cobró nada. Pero por supuesto, no le confía sus planes. ¿Qué planes? ¿Acaso ella sabe exactamente qué harán? Y un escalofrío la sacude.

A las nueve de la noche, en lo de Gaby, se reúnen los mismos y se suma el amigo de Leandro, el casi escribano. Ya tienen muchos datos, qué organizado es Beto.

Cada uno pasa sus informes, con una disciplina increíble para un grupo tan nuevo. Norma informa lo que le dijo el detective, que la tía de Silvio presentó un hábeas corpus, y que durante una semana se quedó en su casa un amigo, el Colorado, y que prometió buscarlo, pero no volvió más. Y que la chica de la inmobiliaria no la dejó sacar fotos, pretextando que está todo desordenado, que no les dio tiempo a limpiar porque recién lo ponen en venta, también le preguntó si podían ir a escritura directa, porque los padres quieren comprarlo pronto. ¿Sin verlo?, desconfió Ana. Y ella se hizo la graciosa: que claro que lo verán, que confían en ella pero no tanto.

El casi escribano informa que debe pedir una fotocopia de la escritura a los fines de averiguar en qué situación registral está el inmueble. Y cuando ya se concrete, él pedirá todos los datos para hacer la escritura, y ellos pasarán seguramente el poder firmado por Silvio a nombre de algún canalla.

El escribano lo tienen, informa Beto, y en dos o tres semanas, la escribanía. ¿Una de verdad? Pero él no responde. Hay algunos detalles que no es bueno que conozcan todos, por seguridad.

Norma quiere conocerlos, pero no los va a preguntar, lo tomará con la naturalidad de Gaby.

El casi escribano se molesta, tenía entendido que sería él el escribano.

—Lo hablamos —corta Beto.

El único problema son los padres, de dónde sacar los padres. ¿Y la tía de Silvio con algún amigo? Ella se ofreció para lo que sea. No, dictamina Beto, ella presentó el hábeas corpus, y si ya se escondió otro compañero en su casa, no, imposible.

Por un momento Norma tiene la idea de hacer pasar a sus futuros suegros por sus padres, serían perfectos, porque como no saben nada, harían preguntas y marcarían detalles muy creíbles y le darían seguridad con la inmobiliaria. Está segura de que aceptarían, pero le da culpa con Luis. De todas maneras, apenas lo enuncia en el grupo se lo bochan. Ni una persona ajena a este grupo, y a la organización. ¿Estamos todos de acuerdo, compañeros?

Los padres no son necesarios, afirma Leandro, por qué no van a depositar toda su confianza en su hija. Le hacen un poder a Norma y un problema menos. ¿Un poder falso? Claro. Y un documento falso para el casi escribano, y seguramente falsa, la escribanía. Para sus nuevos amigos, esto parece tan sencillo y natural como ir a comprarse zapatos. Lo que no le dicen —y ella tampoco lo pregunta— es qué harán, cuál es el objetivo. Cuando todos estos detalles estén afinados, cuando las piezas calcen perfectamente unas con otras, ¿qué?

Se verán en dos días todos, cada uno a su tarea. El casi escribano se va con Beto a resolver ese asunto.

A Luis le parece raro que tampoco esa noche Norma lo quiera ver: si está casada tu amiga ¿por qué no salimos los cuatro?, y Norma se impacienta. La está ayudando en algo, es muy importante y privado, no se lo puede decir. Cuidado, no te metas si está con problemas, ¿la conocés bien?

Le diría algo desagradable, así que prefiere darle un beso y despedirse bien.

Norma ya tiene unos presupuestos de baño y cocina. Eso es lo que hay que bajar del precio del departamento. Los muebles no le interesan. Aunque la cama me gusta, le dice a Ana.

—¿Qué le pasa? ¿Se está creyendo su teatro? ¿O es que no puede dejar de meter la pata?

Deja la seña (que le dio Beto) y la oferta, que es aceptada en tres días por la inmobiliaria.

El título se está verificando. En unas dos semanas podemos firmar, si le parece, dice el casi escribano a la señorita Ana, me va pasando los datos para preparar la escritura. O mejor se los pasa a mi clienta, porque yo salgo de vacaciones por unos días, y ella se los da a mis empleados.

El casi escribano ha resuelto sus diferencias con Beto, él oficiará de escribano, le faltan apenas cuatro materias. Pero qué importa, dice Norma, si la escritura no se va a hacer. No, cierto. El título de propiedad está bien, y Norma les ha llevado los datos que le dieron en la inmobiliaria. Pero los muy idiotas no han puesto el poder. Quizás tengan algún problema y decidan a último momento quién lo representará. Hoy Norma ha vuelto a ver al repugnante en la inmobiliaria y se pregunta si será él quien tenga el poder de Silvio. No le gustaría nada cruzárselo.

¿Le podrían explicar otra vez cómo va a ser todo, qué tiene que hacer ella,

cuántos vendrán por parte de los malos?

Los malos, ¡si es una criatura!, dice Beto y Norma se enfurece. Quién le ha pasado esos datos, por qué está él y toda esa organización fantasma, los compañeros que no les hemos visto la cara, sino porque ella lo ha llamado.

—Estás muy nerviosa —Gaby intenta calmarla—, nadie se burla, y estamos todos ayudándote.

—Normita, si tenés miedo, no tenés que estar todo el tiempo, sólo al principio, se presenta el poder de tus padres, escuchás los datos.

—No va ni a leerse la escritura, cuando caiga el tipo con el poder, le decimos que debió mandarlo antes. Y ya los tenemos adentro.

—¿Y yo qué hago? —pregunta Norma, cuando en realidad lo que quiere es saber qué harán ellos.

—Vos, ahí, te vas al baño, y no salís hasta la noche.

Risas y más risas. Lo tiene que preguntar, claramente. Ya no le queda tiempo tiene que preguntar. ¿Qué harán ellos?

—Los tomarán como rehenes, y pedirán la liberación de los compañeros.

Norma respira, aliviada. Los mira, sonrío. Todos esos días sufriendo, pensando atrocidades, cuando el plan es sólo tenerlos como rehenes. Le parece muy, pero muy, bien. Adelante, entonces.

Ha llegado el día. Y tal como lo han planeado, Norma entra a las tres de la tarde en la escribanía. Ya hay dos personas en la sala de espera, una recepcionista, unos cómodos sofás de cuero negro. Si no fuera por Gaby, que está en ese escritorio, atrás de la sonriente recepcionista, ella pensaría que está en una escribanía de verdad, y que está ahí para firmar una escritura por la compra de un tres ambientes con patio en Núñez.

—Señorita Torres, por aquí, por favor —dice una chica preciosa, señalando una oficina.

¿La organización de Beto los puso en una escribanía de verdad?

Una sala enorme, con varios sillones, una mesa ovalada. Hay otra puerta, por allí debe entrar el escribano.

—Me permite su documento —le dice la chica— y el poder de sus padres.

Este Beto, qué genio, es una escribanía, donde hay gente en la sala de espera, secretarias, suena el teléfono. Sólo ha puesto a su amiga Gaby ahí, para que la sostenga emocionalmente.

—¿Un café?, el escribano ya viene. Estamos esperando a la otra parte.

—Un vaso de agua, por favor.

No me imagino a ésta en una célula con Beto ni remotamente. ¿Dónde estará Beto? La rubia abre la puerta, con su sonrisa esculpida, entra: Por acá por favor. La siguen tres hombres. El repugnante, otro enorme y un hombre delgadísimo, encorvado, que mira para abajo. Todos perfectamente trajeados.

—Tomen asiento. El escribano termina una reunión y está con ustedes. ¿Quieren tomar algo?

—Café —dice el gordo.

—Coca-Cola —dice el repugnante.

—¿Y usted?

El hombre levanta levemente la cara, tiene el pelo mojado, tirado para atrás. Enormes ojeras. ¡Es Silvio! pero con quince años más y veinte kilos menos.

—Un té, por favor.

Y entonces la mira, una luz intensa y tan rápida que no sabe si ha existido o es su emoción.

—Señorita, dígame al escribano que no tenemos todo el tiempo —dice el gordo.

—¿El señor Cilmes quién es?... Su documento, por favor.

Silvio, con la mirada perdida, le extiende su documento. Norma no sabe si la ha visto o no. No quiere que la vea, teme lo que pueda pasar, y al mismo tiempo, un orgullo, que la mire, sí: me pediste que me despertara, bueno, aquí estoy.

Entra el casi escribano.

—Buenas tardes, señores.

Está nervioso, casi tanto como yo. Se ha dado cuenta de que todo lo que calculó se cae porque ahí está Silvio y entonces lo del poder no va.

—El señor es Silvio Cilmes, disculpe, ¿y los señores?

—Soy Kukier, el abogado.

—Y yo, Morero, el dueño de la inmobiliaria.

—Qué escritura más concurrida.

Parece que al casi escribano le faltaran más que cuatro materias para sostener la situación. Mira la puerta, aterrorizado. ¿Era ése el momento en que Norma podía irse al baño hasta que todo pasara? Pero con Silvio ahí, cómo está, pobrecito, qué horror.

La puerta se abre y tres hombres se ponen atrás de Silvio y sus acompañantes: tiren las armas.

Al casi escribano le tiembla la pistola en la mano, pero se lo ve más seguro. El loco que está atrás de Silvio sigue gritando: Tirá el arma o te reviento.

—A él no —grito yo al tiempo que suena el tiro.

El odio con que me mira el de la inmobiliaria no me detiene, corro hacia Silvio que se agarra el brazo con fuerza, y salgo con él por la otra puerta de la sala. Escuchamos gritos, otro tiro, carreras.

—¡Norma! —me dice emocionado, pero no puedo detenerme.

Veo una cocina y otra puerta.

—¿Aguantás el dolor?

—Fue apenas un rasguño.

—Entonces vamos.

En la puerta estrecha del edificio por la que salimos, Beto.

—Bien, Normita. Súbanse al auto azul.

—¿Adónde nos llevan?

—A un telo, hasta que pase el quilombo —y Beto le guiña el ojo a Norma —, un telo en Núñez. No son tres ambientes con patio, pero está bastante bien. A las cuatro vendrán a buscarlo y lo sacarán por Brasil. Y vos seguís con tu vida habitual.

Sí, ella se quedará unos días más, hasta aclarar la situación con Luis.

San Telmo
La muerte y la canoa
Claudia Piñeiro

Apenas unas semanas atrás, la librería española Papiros había abierto una sucursal en Buenos Aires, en San Telmo, frente a la plaza Dorrego, apostando al turismo constante de la zona sur de la ciudad. Y para darle difusión al emprendimiento, nada mejor que convocar al escritor estrella del momento, Martín Jenner, a dar una charla y firmar ejemplares.

Jenner llegaría puntual, como era su costumbre; por eso había salido con anticipación más que suficiente. Aunque le tomaría casi media hora, había decidido ir caminando a la librería desde su departamento de Puerto Madero, alquilado para él por la editorial después de su divorcio y como parte de su último y fabuloso contrato. Ningún otro autor en Argentina había logrado nunca una condición de negociación semejante, pero ningún otro autor vendía más de medio millón de ejemplares de cualquier trabajo que publicara, sin importar qué clase de libro fuera, sólo porque llevaba su firma.

De camino, le sorprendió lo sucia que estaba esa parte de la ciudad, la gran cantidad de baldosas rotas, pero sobre todo los grupos de muchachos que escuchaban a todo volumen música “de dudosa procedencia” —como le había oído decir a un colega que despreciaba cualquier manifestación artística posterior al siglo XIX—, sentados en medio de la vereda, mientras tomaban cerveza. Martín Jenner sintió que a su paso, a diferencia de lo que le sucedía en otros barrios de Buenos Aires, nadie lo reconocía. Ni siquiera lo miraban. Sentirse ignorado, más allá de sorprenderlo, lo indignó. “Esta gente no lee”, concluyó para sí cuando pasaba frente a la estatua de Mafalda en el Paseo de la Historieta, y una mujer le pidió si podía tomarle una foto sentada en el banco junto al personaje de Quino. “Estoy apurado”, dijo Jenner, y siguió sin detenerse.

A pesar de la caminata, llegó impecable a la librería. Allí sí, junto a tanta gente que había ido por él, se sentiría cómodo. Buscó su imagen en la puerta de vidrio de la entrada, se acomodó el pelo y la solapa del saco. La sala ya estaba colmada y eso le quitó la inquietud que le había producido ser ignorado

en la caminata. La nueva Papiros era un lugar bastante grande, pero la concurrencia había excedido las previsiones de los organizadores, que tuvieron que agregar sillas en lugares poco ortodoxos. Ni bien entró lo recibieron el dueño de la librería, su editora —que cumplía también la función de estar atenta a cada uno de sus pedidos, del orden que fueran— y el director comercial de la editorial, que sólo iba a presentaciones de autores de envergadura. La charla era coordinada por la jefa de redacción de una de las revistas culturales más leídas. Pero a la tercera pregunta en la que la insegura mujer quiso lucirse haciendo extrañas vinculaciones entre distintos textos de Jenner y coronó su teoría diciendo: “Es evidente que entre esos textos hay un lazo profundo, ¿no te parece? Desde el lenguaje te digo”, el escritor respondió: “No, no me parece”, y siguió hablando de lo que a él le parecía, sin devolverle el micrófono hasta concluir lo que empezó como una entrevista y terminó como una conferencia.

Exactamente una hora después de comenzado el evento, Jenner se despidió sin dar lugar a preguntas del público. Agradeció en general, recibió un gran aplauso y anunció que estaría allí aún un rato más para firmar ejemplares. Entonces sí le dio el micrófono a la periodista para que lo calzara en el soporte. Con su habitual sonrisa, sus uñas de manicura perfecta esmaltadas en color azul y una lapicera Lamy —más usual entre arquitectos que entre escritores—, Jenner firmó ejemplares de *La muerte y la canoa* durante más de una hora. La fila de lectores en busca de su dedicatoria, a diferencia de lo que sucede con muchos otros autores, no se limitaba a mujeres de mediana edad sino que abarcaba *fans* de entre veinte y sesenta años, tanto hombres como mujeres. El único denominador común entre ellos era que se mostraban sensiblemente enamorados del autor.

Jenner sabía desde hacía mucho tiempo lo que producía en sus lectores y lo fomentaba con distintas estrategias. Así lo hizo también esa tarde, en la librería de San Telmo, dedicándole tiempo a cada uno de ellos, prestándole atención y festejando con falsa humildad todos sus halagos. Martín Jenner era el autor más leído del país, también el más traducido. Y las dos cosas, tenía la certeza, se las debía en mayor medida a sus lectores que a la crítica o a sus colegas, siempre esquivos a la hora de elogiar sus libros, que consideraban “discretos” sin llegar a hablar mal de ellos. Jenner jamás fue seleccionado entre los finalistas de ninguno de los tantos premios Nacionales o Municipales, jamás alguna de sus novelas fue elegida “la ficción del año” ni

en ferias, ni en festivales, ni en esas listas que hacen los suplementos culturales a fines de diciembre. Jenner se decía, y les decía a los pocos que se atrevían a preguntar, que no le importaba, que su capital estaba allí, frente a él, haciendo cola para llevarse su ejemplar firmado. Por eso era que Jenner no se limitaba a estampar la firma en los libros sino que le preguntaba a cada uno de sus lectores el nombre completo, se lo hacía deletrear si era necesario, conversaba con ellos un rato y se sacaba fotos con cientos de celulares, e incluso, y a pesar de lo mal que le sentaban, aceptaba en algunos casos tomarse *selfies*. En esa estrategia de devoción mutua radicaba la razón, estaba convencido, de que sus lectores le fueran tan fieles. Fieles no tanto a lo que escribía sino a él mismo. Jenner le hacía creer a esa gente, allí parada a la espera de su firma, que la conocía, que era como de su familia, que había un vínculo. Ése era para Jenner el verdadero motor del contrato autor-lector. Y aunque a él esa intimidad no le gustaba demasiado, más bien le causaba repulsión, la sostenía porque no le cabían dudas de que influía directamente, y quizás de manera exponencial, sobre las ventas de sus libros. Hoy un escritor, Martín Jenner lo sabía desde sus primeros pasos en el mundillo literario, con sólo escribir no llega a ninguna parte. Y él sí que había llegado lejos. Muy lejos.

Ni bien se tomó la última foto, se incorporó, fue al perchero y se puso el abrigo para salir a la bruma de un mayo húmedo y gris. Más allá de la vidriera, en la calle empedrada, un grupo de jóvenes pasaba pateando una botella y hablando a los gritos. Parecía que discutían, pero no. “Su forma de hablar, su estruendoso manejo del lenguaje”, pensó Jenner, “en este barrio se van a quedar todos sordos muy jóvenes”. Además de oírlos los vio bajar hacia Paseo Colón esquivando autos que iban en sentido contrario. Se preguntó si vivirían en el edificio tomado de la otra esquina, un edificio que alguna vez había sido público y que desde hacía años ningún gobierno se atrevía a desalojar. Pero enseguida descartó la pregunta, si, en definitiva, a él qué le importaba dónde vivía esa gente.

Jenner se guardó la lapicera en el bolsillo y por fin bajó del improvisado escenario. Hacía rato que lo esperaban su editora, el gerente comercial de la casa que lo publicaba y el dueño de la librería para llevarlo a cenar. Lo habrían esperado el tiempo que hubiese sido necesario, era el escritor superventas, el más exitoso del catálogo completo de la editorial, el que compensaba las pérdidas que les ocasionaba la publicación de mejor

literatura. Estaban ya por irse cuando alguien abrió la puerta de la librería con ímpetu. Un hombre de algo más de treinta años —difícil calcularle la edad con esa barba *hipster*—, delgado, algo desprolijo. Avanzó hacia ellos. Llevaba una mochila de la que sacó un ejemplar de *La muerte y la canoa*. El dueño de la librería le salió al paso: “Disculpe, ya terminó la firma, si quiere puede dejar su ejemplar y lo pasa a buscar en unos días”. El hombre no se movió, miró a Jenner a los ojos sin decir una palabra. Jenner se inquietó por esa situación algo violenta que transcurría en la tensión del silencio. Necesitó romperlo. “Pero, por favor...”, se quejó, “cómo no lo voy a firmar, es sólo un instante más”. Jenner metió la mano en el bolsillo y sacó otra vez la lapicera. El hombre le extendió el libro. Jenner, como es su costumbre, lo abrió en la primera hoja dispuesto a firmar. Sin embargo, esta vez algo lo confundió: donde debía estampar su firma encontró pegada una hoja con renglones arrancada de alguna libreta. Entonces miró al hombre como pidiendo permiso para sacarla y él le dijo: “Lea”. Jenner obedeció, lo hizo mentalmente, sin repetir en voz alta lo que leía: “Este libro lo escribí yo, señor Jenner, usted lo sabe. Crápula, estafador”. Martín Jenner palideció, le temblaron las piernas; en un primer momento evaluó la idea de contestar, de decir algo, incluso de hacer echar a ese hombre por el personal de seguridad que cuidaba la librería y esperaba junto a la puerta. Pero casi de inmediato, en cuanto pudo controlar el temblor de sus piernas, concluyó que lo mejor era hacer como si no hubiera leído el mensaje. Entonces, sin mirar otra vez al barbudo *hipster* que lo había traído, firmó su ejemplar, levantando apenas la nota, y se lo devolvió. A su vez el hombre, sin dejar de mirarlo, aunque Jenner no hacía contacto visual con él, guardó su ejemplar en la mochila y se fue sin saludar. “Qué tipo raro, ¿no? Hay cada personaje en esta ciudad”, dijo la editora, que no había percibido más que la actitud algo prepotente del hombre de la mochila. “Sí, la verdad que sí”, afirmó Jenner, pero no agregó nada más. Le pareció mejor no mencionar lo de la nota ni lo del insulto. Al menos por el momento.

Lo llevaron a comer a un sitio clásico pero de moda, muy cerca, a unas pocas cuadras. Un restaurante vasco que figura en las listas de los diez mejores de la ciudad. La humedad sobre el piso empedrado de esa zona de San Telmo, sus zapatos nuevos y la luz titilante de esas cuadras lo hicieron trastabillar un par de veces. O tal vez fue el estado de inquietud que le quedó después de la última firma; de hecho, cuando unas horas atrás había venido caminando desde su casa por las mismas calles, con la misma humedad y los

mismos zapatos, no recordaba haber tenido dificultades. Estaba más oscuro, eso sí. Y ahora había más basura que esquivar en las calles. A San Telmo, de noche, lo invade la basura, pensó.

En la entrada del restaurante los esperaba una recepcionista que chequeó la reserva. El director comercial de la editorial le comentó que no había sido fácil conseguir lugar pero que, como sabían que era su preferido, habían movido cielo y tierra hasta lograrlo. La cena transcurrió con normalidad. Pero fue algo así como la calma que antecede a la tormenta, porque cuando estaban caminando de regreso hacia la plaza Dorrego para subir al auto, se toparon otra vez con el hombre de barba *hipster*. Martín Jenner lo reconoció inmediatamente, lo esquivó y apuró el paso. Gracias a su gesto, los otros advirtieron lo que estaba pasando. Todos se metieron dentro del auto del director comercial con rapidez, sin siquiera abrirle la puerta a la editora ni respetar que entrara primero siendo la única mujer del grupo. El hombre de la barba se acercó al auto, se paró a un costado, junto al parabrisas delantero, levantó el limpiaparabrisas y luego lo bajó dejando apresada una hoja de cuaderno similar a la que estaba dentro del libro que había llevado a la librería. Jenner intuyó lo que debía decir. El hombre se quedó un rato más allí, mirando directo a los ojos del escritor, con el dedo mayor de la mano derecha extendido y el resto en puño apretado. “Fuck you”, dijo, y se fue. Ninguno de los que estaban dentro del auto se movió ni hizo nada, hasta que finalmente el hombre cruzó la plaza en diagonal y se perdió por Carlos Calvo en dirección a la avenida 9 de Julio. Cuando ya no estaba a la vista, el director comercial se bajó del auto y retiró el papel que estaba sobre el parabrisas. Jenner hubiera querido detenerlo, pero sabía que ocultar el contenido de la nota habría sido peor. El director comercial entró otra vez al auto y leyó: “*La muerte y la canoa* la escribí yo, usted es un impostor, señor Jenner, un crápula estafador”. “¡Por Dios!”, dijo la editora. “Increíble”, comentó el librero. Luego el auto fue invadido por un silencio incómodo. Y al rato: “¿Quién será este loco? ¿Alguien le vio cara conocida?”, preguntó el director comercial. Jenner movió los brazos en el aire buscando palabras que no encontraba y luego dijo que no tenía ni la menor idea, que lo había visto en la librería por primera vez en su vida, y entonces sí les contó el episodio anterior. “¿Cómo no nos dijiste antes?”, le reprochó la editora. Y siguió: “Este hombre está muy mal. No es la primera vez que veo una cosa así, en esta ciudad hay muchos que tienen el delirio de que son escritores y que un escritor famoso les robó su obra

maestra”. “En esta ciudad hay más gente que escribe que gente que lee”, se quejó el director comercial. “Pero a lo sumo te denuncian en un diario, o te hacen juicio y listo”, siguió la editora. “En esos casos lo solucionamos fácilmente con nuestros abogados. Pero este acoso es peligroso. ¿No les parece que deberíamos hacer la denuncia a la policía?”, sugirió el director. “Yo creo que sí”, dijo el librero. “Podemos ir ya, hay una seccional acá cerca”. Jenner, todavía pálido del susto, intentó mantener la calma, la suya y la del grupo. “A ver, esperemos un poco. Nunca me pasó algo igual. Sí que me esperen durante días para darme un libro escrito por ellos, o para pedirme un autógrafa, o hasta para regalarme una rosa roja. En fin, hay gente rara, intensa, que se obsesiona con uno. Pero en general se les pasa. A éste también ya se le va a pasar”, concluyó. “¿Querés que lo corra y le diga algo? Como para asustarlo un poco y quedarnos tranquilos de que no va a volver a suceder”, preguntó el director comercial. “No, no, no vale la pena. Además, ya debe haber subido a un colectivo, o al subte”, respondió Jenner. “Mejor no prestarle atención, todos buscan un poco de fama a costa de uno. Y por lo general, una vez que tienen su minuto de gloria se calman.”

Arrancaron dando por terminado el intercambio de ideas, pero en el trayecto siguieron hablando del hombre de barba *hipster*. El director comercial dejó al dueño de la librería en su casa, que quedaba a unas cuadras, sobre la calle Defensa, a la altura en que San Telmo empieza a perder su encanto y se transforma en el microcentro de la ciudad: una zona que de noche, apagados el bullicio y las corridas del día, espanta a muchos. Luego siguieron hasta Puerto Madero para llevar a Martín Jenner hasta el lujoso departamento pagado por la editorial. “¿Seguro que estás bien, tranquilo?”, le preguntó la editora al escritor. “Claro que sí”, dijo Jenner, “lo único que me falta es perder la calma por un *hipster* mal entrazado que cree que escribió lo que escribí yo. Tranquilos, esto no es más que una anécdota que contaremos hasta cansarnos en cada brindis de la editorial”. Jenner le extendió la mano al director comercial, besó en la mejilla a la editora y bajó. Antes de irse se acercó a la ventanilla a decir una última cosa. “Obvio que esto les saldrá unos cuantos dólares más en el próximo contrato. Trabajo insalubre, amigos”, advirtió y todos se rieron, aunque sabían que, tratándose de Jenner, eso podía no ser una broma.

El gerente esperó con el auto en marcha, mientras su escritor superventas no terminaba de entrar en el edificio. Jenner buscaba las llaves en el bolsillo,

pero antes de que las encontrara se acercó el hombre de la empresa de vigilancia que cuidaba el edificio las 24 horas y le abrió. Jenner extendió el brazo hacia el auto a modo de saludo y entró. Los otros tocaron una bocina corta y se fueron. Mientras Martín Jenner avanzaba hacia el ascensor, el hombre de vigilancia le acercó una pila de sobres, la correspondencia pendiente de entrega que, según le dijo, había retirado él mismo del buzón esa tarde porque ya no cabían más papeles dentro. Jenner la tomó y le agradeció la molestia: “Soy un desastre con este tema de los buzones, viejo”. Y se metió en el ascensor.

Ya dentro del departamento, tiró el pilón de sobres sobre la mesa ratona, se sacó los zapatos y se sirvió un whisky. Jugó con un par de hielos que echó dentro del vaso y se sentó en el sillón. Más que sentarse se desplomó. A esa distancia de la mesa ratona, observó los sobres desparramados y uno le llamó la atención. Estaba dirigido a su nombre pero debajo, entre paréntesis y con letra de imprenta, decía: CRÁPULA ESTAFADOR. Habría querido tomarlo con calma, pero era demasiado. Lo abrió temblando. Encontró lo que sospechaba: una carta donde el hombre de la barba *hipster*, que por fin había puesto su nombre, Antonio Borda, le recordaba que le había enviado tres ejemplares de su manuscrito, *La muerte y la canoa*, por correo el año pasado, uno en marzo, otro en agosto, y el último en octubre. “Como le dije en el último envío, eran las tres copias que tenía, ni una más, y se las mandé sin resguardo porque confié en su honestidad. No le di a leer la novela a nadie más, sólo confié en usted. En la Feria del Libro me dijo que le encantaría leer lo que escribía. ¿No se acuerda? ¿O se lo dice a todos?” Claro que se lo digo a todos, piensa Jenner, y sigue leyendo. En lo que queda de la carta Borda le agradece haberlos leído y luego se extiende en tres largos párrafos acerca de las virtudes de su propio texto “que, dadas las circunstancias, me doy cuenta de que usted también valoró”. Por fin terminaba la carta con un párrafo que Jenner consideró una provocación: “No volveré a ponerme en contacto con usted, pero si no declara públicamente que yo soy el autor de *La muerte y la canoa* dentro de las próximas 72 horas me suicidaré y usted cargará con eso por el resto de su vida”.

Martín Jenner sintió que iba a desmayarse. Este loco lo estaba logrando, lo estaba sacando de sí. Y eso a él no le había gustado nunca. Necesitaba hablar con alguien. Marcó el número de su editora pero cortó. Mejor sería decírselo al día siguiente, para qué dejar a otra persona sin dormir. O tal vez llamaría

directamente a su abogado, pensó. En cualquier caso no temía que el hombre se matara; dicen que los suicidas lo hacen sin avisar, recordó. Y Borda había dicho 72 horas. Nadie planea un suicidio a tres días vista, Jenner estaba seguro de eso. No recordaba haber oído nada semejante. El *hipster* debe de estar buscando plata, concluyó; si sabe que otra cosa, de él, el escritor más exitoso de la Argentina, no va a conseguir. Basta de elucubraciones, se dijo. Y se tomó una pastilla para dormir, después de un tercer whisky. “Eran las únicas copias que tenía”, volvió a leer en la carta. No creía que la situación fuera de gravedad, pero sí que sin la ayuda del fármaco no le sería fácil descansar como necesitaba.

Tres días después, Antonio Borda apareció colgado frente a la librería Papiros. Los comerciantes de la plaza Dorrego rodeaban el cadáver que el juez no había autorizado retirar. La soga pendía de un cartel de hierro que servía para indicar el nombre de una casa de antigüedades. Borda tenía en el bolsillo una carta dirigida “A quien corresponda en la editorial”, donde decía más o menos lo mismo que explicaba en la carta que le había mandado a Martín Jenner. El asunto se convirtió en un escándalo que cubrieron todos los medios. Pasaron semanas hablando del “*hipster*, mitómano, poeta y suicida” en diarios, radios y canales de televisión. Hasta que surgió un asunto de mayor interés y la cobertura mediática decayó. Martín Jenner declaró ante la policía y la Justicia. Le hicieron un extenso reportaje en uno de los noticieros más vistos del horario central, en el que era muy difícil ver invitado a un escritor para hablar de lo que fuera. “No supe medir lo mal que estaba este muchacho, me siento culpable, necesitaba ayuda y no lo vi. A veces pasa que alguien tiene una idea que casualmente otro escritor desarrolla y se siente estafado. Todo el tiempo sucede. Coincidencias, temas que están en el aire y que en varias cabezas toman distintas formas literarias. En fin. Yo creo que en medio de su delirio él debía de estar convencido de que me envió su manuscrito y yo publiqué algo que le pertenecía. El delirio tiene caminos extraños, inenarrables hasta para nosotros, los escritores. Una pena que nadie haya notado lo mal que estaba. Soy agnóstico, pero si no lo fuera, pediría una oración por él”, dijo como cierre Martín Jenner, y hubo una especie de minuto de silencio que no duró los sesenta segundos de rigor. Luego en el noticiero completaron la entrevista con un informe que incluía las conclusiones de un importante psiquiatra especialista en suicidios. El *hipster* tenía antecedentes de desórdenes psicológicos. Había estado internado en dos ocasiones. El

único familiar que apareció a reconocer el cadáver fue una tía lejana que no lo veía hacía años.

Unas semanas después, *La muerte y la canoa* llegó a la vigésimo primera edición. “Bueno, no quiero hacer humor negro, pero finalmente el *hipster* nos hizo un favor”, le dijo la editora a Martín Jenner cuando lo llamó para avisarle de otra nueva tirada de su novela. “Sí, no me hace gracia el chiste, pero me alegra lo de la nueva edición”, respondió Jenner. Luego arreglaron detalles de su participación en el festival literario de Paraty, en Brasil, “un festival al que van sólo unos pocos”, intentó entusiasmarlo su editora, como si Jenner no tuviera muy en claro de qué festival se trataba, si hacía años que se molestaba cada vez que aparecía la lista de invitados y él no era uno de ellos. “Sí, supongo que les diremos que sí a los de Paraty, dejame pensarlo un poco”, pidió, y luego cortó.

Jenner se acercó a la ventana. El río estaba más gris que de costumbre. A lo lejos se veía un barco, tan pequeño a la distancia que bien podía ser una canoa. Tuvo ganas de servirse un whisky, aunque si arrancaba a esa hora de la mañana no iba a poder escribir en todo el día, así que lo descartó. Mejor era ponerse a escribir ya, con su computadora portátil, frente a esa ventana que le regalaba un paisaje único. Pero antes fue a su escritorio a hacer por fin lo que no había podido hacer hasta ahora. ¿Tal vez por cábala? ¿Por respeto al muerto? ¿Por regodeo en saborear un riesgo que en algún momento sintió que podía quebrarlo? No sabía por qué lo haría recién ahora, pero era el momento. Sacó del último cajón las tres copias del manuscrito de Borda que había recibido por correo, en marzo, agosto y octubre del año anterior. Las quemó dentro de la pileta de la cocina, esperó que los papeles ardieran por completo. Con cuidado, juntó las cenizas en un jarrón. Le colocó un plato encima por si acaso. Y ubicó el jarrón en la biblioteca del living. Allí quedarían hasta que tuviera tiempo de bajar a orillas de ese río que veía cada día por la ventana. Cuando fuera al río, se juró, iba a esparcirlas. Ojalá en ese momento pasara una canoa y las cenizas volaran frente a ella, como cuando se lanzan las de un muerto a su lugar más querido.

Caballito
Una cara en la multitud
Pablo De Santis

De joven a Nigro le gustaban las manifestaciones y los conflictos, y había sacado fotos a través de la neblina ácida de los gases lacrimógenos, entre los bastonazos de la policía y bajo lluvias de piedras. Una vez los perdigones de goma de la guardia de infantería lo alcanzaron en el muslo izquierdo y lo tuvieron que llevar al hospital. Pero ya había pasado los cincuenta y el trabajo se había hecho tranquilo y monótono: hacía fotos durante las entrevistas, gente en el sillón de su casa tomando café.

Pero además Nigro publicaba sábado de por medio una foto bajo el título “Una cara en la multitud”. Eran imágenes de lugares abarrotados de gente: la calle Florida al mediodía, el interior de los vagones del subterráneo a las siete y media de la mañana, los cines de Lavalle los sábados a la noche, la gente que bajaba de los trenes en Once cada amanecer. Que otros fotografiaran playas vacías u objetos inanimados: él prefería esas fotos donde no había espacio para moverse. Prefería lo cerrado, lo irrespirable. Buscaba el momento en que una persona (sólo una persona de aquella muchedumbre) miraba hacia la cámara. Todos estaban ajenos a su labor de fotógrafo, menos uno que descubría la lente con curiosidad, indiferencia o alarma.

El primer sobre llegó por correo a la redacción. Su nombre —Norberto L. Nigro— estaba escrito a mano, con tinta negra y serena caligrafía. No había señal de remitente. En su interior había una foto tamaño 13 por 18. Al principio pensó que la enviaba algún colega “artista”. Siempre bromeaban con Orsini —su jefe en el diario— sobre los fotógrafos “artistas” que reemplazaban la realidad por la construcción artificiosa, lo figurativo por lo abstracto, el silencio de las fotografías por largos parlamentos abstrusos. Sacaban una foto de la pata de una silla, un semáforo verde, ropa colgada en la terraza, y luego hacían exposiciones que titulaban “Manifestación de lo visible”, “Los bordes de lo real” o “La oscuridad de la luz”.

Pero esta foto no tenía ni título ni firma de autor. Sólo se veía el agua de una pileta de natación.

La segunda fotografía llegó una semana después, tan anónima como la primera. Ahora se veía el borde de la pileta. Había algo irracional en el ángulo de la toma, como si el disparador hubiera sido oprimido por accidente. Esta foto también estaba sacada desde lo alto. En el primer envío, la falta del remitente podía atribuirse a una distracción: ahora Nigro sabía que estaba frente a un acto voluntario.

Unos días después Orsini lo descubrió mirando la tercera fotografía —el techo de una calesita, con sus gajos blancos y rojos borrados por el óxido y la mugre— y le preguntó qué era. Nigro buscó en su escritorio, le mostró las otras dos fotos y le preguntó si sabía si alguien más las había recibido. Orsini negó con la cabeza:

—Debe ser un loco.

—Los locos expresan demasiado, y acá no se expresa nada.

—¿Te suena el lugar?

—Parece la pileta de un club. No piso una pileta desde hace treinta años.

—Es una pileta con trampolín. Sacaron todas las fotos desde arriba.

Pero Orsini no conseguía mantener la atención en algo por largos períodos de tiempo; apenas sonó el teléfono se olvidó de las fotografías.

Siguieron llegando, una en septiembre, dos en octubre, tan vacías de gente como la primera. Aunque no mostraban nada temible ni había alguna señal de amenaza, Nigro sentía un puntazo de inquietud cada vez que abría los sobres. Eran como las sucesivas letras de un mensaje secreto. Sabía bien que una parte esencial de ese mensaje era que las fotos estuvieran vacías, que no se viera a una sola persona.

Fue el vendedor de café del diario, un idiota de veinticinco años, especialista en interrumpir conversaciones y derramar café quemado sobre los escritorios, el que hizo la gran revelación. Sin que nadie pidiera su opinión, señaló las fotos que Nigro había extendido sobre la mesa:

—Maestro, ya que saca fotos de una pileta, podría mostrar alguna chica en bikini.

—No son mías. Ni siquiera sé dónde las sacaron.

—En el Parque Chacabuco.

—¿Seguro?

El vendedor de café ordenó las fotos sobre el escritorio, como si dispusiera los fragmentos de un mapa.

—La pileta, los árboles, la terraza del natatorio, el techo de la calesita, que

está a unos pasos.

—¿Y tiene trampolín?

—Tres trampolines. Uno muy alto. Los otros dos a igual altura.

Nigro fue hasta el archivo y buscó alguna noticia relacionada con la pileta del Parque Chacabuco, algo que lo pudiera unir a él con las fantasmales fotografías. Le pasaron un sobre de papel madera. Viejas noticias sobre la construcción de la autopista que cruzaba el parque, y los daños que había causado; la desaparición, en los años setenta, de la estatua de una pantera; los recuerdos amables de un manisero que recorrió el parque durante cuarenta años con su carrito. Una vez habían acuchillado a un hombre en una esquina del parque, pero eso había ocurrido dos años antes, y bien lejos del natatorio. Vio también fotos de la pileta con su trampolín: la construcción que lo sostenía era un arco de cemento pintado de azul.

El sábado siguiente salió a pie desde su barrio, Boedo, rumbo al parque. El mes de noviembre había derramado sobre las veredas las flores celestes de los jacarandás y las flores amarillas de las tipas. En la puerta del natatorio, un empleado de guardapolvo gris le dijo que no podía pasar, que la pileta abría el primer martes de diciembre.

Nigro le explicó que sólo quería sacar una foto desde el trampolín; era para anunciar en el diario el comienzo de la temporada. Mencionó nombres de imaginarios funcionarios municipales, y ante la sucesión de secretarios y subsecretarios el hombre de guardapolvo gris lo dejó pasar. El fotógrafo atravesó el vestuario de hombres, que olía a lavandina, y abrió una puerta que conducía a la pileta. El trampolín lo esperaba en lo alto como una promesa; confiaba en que cuando estuviera en el mismo punto donde había estado su anónimo corresponsal su pregunta encontraría una respuesta.

Subió con paso inseguro los escalones —aborrecía las alturas— y llegó hasta el trampolín. El vértigo hacía que las manos le temblaran. Fotografió el fondo de la pileta, ahora sin agua y con zonas donde había saltado la pintura; fotografió un palo borracho, el arruinado techo de la calesita; repitió con paciencia cada una de las fotos de su anónimo predecesor.

Cuando terminó con sus fotos se dio cuenta de que no estaba solo. Había un desconocido junto a él, con un pulóver grueso, a pesar del calor de noviembre. Tendría poco más de cuarenta años y llevaba unos lentes cuadrados, anticuados. Tenía un aire de seriedad y concentración, como quien completa palabras cruzadas. Le cerraba el paso hacia las escaleras.

—Sabía que al final iba a venir —dijo el hombre.

Nigro pensó un momento en ponerse a gritar, pero la idea lo avergonzó.

—¿Nos conocemos?

—No. Es la primera vez que nos vemos. Soy de Misiones. Soy fotógrafo, como usted. Pero mis fotos no salen en los diarios. Casamientos. Fiestas de quince.

—¿Me deja bajar?

—Vino hasta aquí para saber por qué le envié esas fotos, y ahora lo único que quiere es irse.

—Me dan miedo las alturas.

—Otro punto que tenemos en común.

Nigro calculó el peso del otro. Era más liviano que él, pero el espacio del trampolín era tan chico que si lo empujaba no tendría ninguna oportunidad. “Debería haber esperado a diciembre, que la pileta estuviera llena”, pensó.

—En reconocimiento a su vértigo voy a ser rápido —dijo el hombre—. Hace tres años en un casamiento, en el centro de Misiones, me encontré con una antigua amiga de la adolescencia. Era la novia. Al volver a verla, me di cuenta de que había desperdiciado mi vida. Con alguna excusa absurda la llevé a la terraza y le saqué fotos, los dos solos, mientras abajo el novio se emborrachaba con sus amigos. Apenas volvió de la luna de miel nos empezamos a ver. Dos años después decidimos escaparnos juntos. Dejamos una serie de pistas, que permitían conjeturar que vivíamos en alguna ciudad de Italia. En realidad siempre estuvimos en Buenos Aires.

El hombre se asomó, como si calculara la distancia que lo separaba del fondo de la pileta.

—El marido hubiera seguido creyendo que estábamos en Europa, lejanos e inalcanzables.

Pero usted la fotografió en un vagón de subte, a la tarde, cuando la gente vuelve cansada del trabajo. Era la única que miraba a la cámara. ¿Recuerda esa fotografía?

—Buenos Aires es una ciudad grande.

—Ella tenía una hermana que vivía aquí, cerca de Congreso.

El exmarido vigiló la casa hasta que ella apareció. Era febrero. Habíamos quedado en encontrarnos en esta pileta, como hacíamos dos veces en la semana. No llegaba. Me subí al trampolín para tener una vista más amplia. Nunca llegó. El marido la encontró a la salida de la casa de su hermana, la

llamó por su nombre y cuando ella giró hacia él le disparó un tiro en la frente. Después se mató también. Usted trabaja en un diario, tal vez hasta cubrió la noticia.

—No hago policiales.

—¿No entendió, al ver todas mis fotos juntas, que se trataba de una espera?

—El hombre juntó las manos: era su primer gesto de ansiedad—. ¿No se dio cuenta de que todo estaba vacío porque yo estaba esperando a una mujer que no llegaría jamás?

Nigro calló: no quería decirle que no había pensado nada de eso. La única interpretación que había hecho de esas fotos eran los insensatos pasos que lo habían llevado hasta el trampolín.

El otro hizo un movimiento brusco y Nigro se preparó para defenderse. La cámara era pesada. Si lo golpeaba en la cabeza... Pero el movimiento brusco sólo era para hacerse a un lado, para dejarlo pasar. Nigro empezó a bajar lentamente los escalones de cemento.

—Con cuidado, fotógrafo. Estas escaleras están hechas sólo para subir.

Los pies torpes tanteaban los escalones. Nigro apuró el descenso. Quería alejarse del otro. Borrarlo de su mente.

Cuando llegó abajo, vio que el otro seguía en el trampolín, como un vigía.

Unos días más tarde Nigro recibió un último envío. Abrió el sobre con avidez. Era un recorte del diario, con su propia foto: un vagón de madera del subte A a las seis de la tarde; todos ajenos a su tarea excepto la mujer que miraba a la cámara con los ojos grandes del temor.

Una cara en la multitud.

Crímenes imperfectos

Parque Chas

Crochet

Inés Fernández Moreno

Después de casi dos años de búsqueda y tras capear distintas crisis económicas, habíamos encontrado la casa justa para nuestro presupuesto. Estaba en Parque Chas, en la esquina de Constantinopla y Bucarest. Un caserón venido abajo, pero con un aire romántico de castillete abandonado. Tenía dos plantas y estaba rodeado por un jardín enmarañado presidido por dos cipreses.

—Es un chalet de los que hacían los ingleses cuando llegaron a tender los ferrocarriles —me explicó Andrés.

—El jardín no parece muy inglés —dije yo mirando con desánimo la invasión de malezas y los restos de un gallinero donde todavía picoteaban y cagaban tres gallinitas pigmeas.

—Pero rodea toda la casa, no vas a comparar con ese concepto mezquino del jardín como “fondo”. ¡Sacale varias fotos, por favor!

Como un copiloto solícito, yo llevaba un registro minucioso de todas nuestras incursiones con la cámara de mi nuevo celu.

Adentro de la casa, siguió el desacuerdo. Donde yo veía una sala como una tumba etrusca, él veía ventanales por donde entraría luz a raudales, donde yo veía una cocina ruinoso, un piso lleno de quejidos y pasajes estrechos que llevaban a cuartos como calabozos, él veía paredes por tirar, nuevos espacios, una planta llena de posibilidades y de excelente circulación.

Pero el arquitecto era él, y yo confiaba en sus ideas. Así que la compramos.

La dueña de la casa se llamaba Adriana Costa y debía tener unos veinticinco años aunque tenía un aire mortecino que la hacía parecer mayor. Según nos contó, había vivido allí con su madre divorciada, su abuela y una tía soltera que había sido veterinaria. Mujeres tristes que tal vez como último acto de desánimo habían muerto antes de tiempo. A medida que fueron desapareciendo, ella se había limitado a clausurar sus cuartos, sin tocar ni un alfiler. Como compartía la habitación con su madre, desde su desaparición decidió trasladarse al salón y allí vivía en el medio del caos, con ropa y

zapatos apilados por los rincones, libros y papeles en el suelo y la compañía de tres perros viejos y olorosos, herencia de Clarisa, la tía veterinaria que llegó a tener hasta una docena. Yo salía de esos encuentros estornudando y bastante deprimida, pero el optimismo constructivo de Andrés era inalterable.

Unos días antes de la fecha convenida para la posesión pasamos por allí y encontramos a Adriana desmechada y en batón arrancando botones de una pila de ropa vieja.

—No llevo a vaciar todo —nos dijo—, voy a necesitar unos días más...

Como estábamos apurados y pensábamos hacer una refacción a fondo, le ofrecimos ayuda.

—Me falta la parte de abajo —nos aclaró—, sobre todo el consultorio de mi tía, está abarrotado de cosas inútiles. Y las gallinitas...

Le aseguramos que nosotros tiraríamos todo. Y que nos ocuparíamos de las gallinas.

Aceptó aliviada y, pocos días después, empezamos los trabajos a todo ritmo.

Al tirar abajo las boiserías oscuras que cubrían las paredes, al abrir ventanales hacia el futuro jardín, la casa se fue transformando como por milagro en la que había imaginado Andrés. Yo documentaba cada cambio para nuestro álbum de refacciones.

Seis meses después nos quedamos con poco dinero y la finalización de la obra se retrasó, pero como una gran parte de la casa ya estaba habitable decidimos mudarnos igual.

Con la alegría del cambio nos acostumbramos rápido a vivir en una casa que tenía dos áreas. La nueva, luminosa y alegre, y la del pasado con el consultorio de la veterinaria, el lavadero derruido y el jardín lúgubre, donde cada tanto aparecía un cerquito de ladrillos. “Son tumbas de perros”, había dicho Pedro, el capataz de la obra. Se lo había comentado una vecina, la misma que había aceptado encantada las tres gallinitas pigmeas. Pero lo más siniestro era el consultorio donde todavía se conservaban, en un estante, una hilera de calaveras de animales de distintos tamaños y una canasta llena de huesos. En distintos rincones había maderas viejas, palanganas, un sillón desfondado, una colección de revistas de veterinaria y varios cajones sueltos con una mezcla anárquica de objetos. El placard empotrado en el fondo no auguraba nada mejor. Cuando Andrés con un fuerte tirón consiguió abrirlo, cayó de lo alto un objeto espeluznante. ¿Una araña gigante? ¿Un gato

embalsamado? Le di una patada y después me acerqué con cautela hasta que vi que era una vieja peluca de kanekalon, de pelo medio apolillado. Me dio tal repugnancia que decidimos dejar el resto de la tarea para otro momento. Desde entonces, llamamos a aquel lugar “el cuartito de los horrores”.

No era fácil llegar hasta Constantinopla y Bucarest. Yo tomaba el subte desde el centro y me bajaba en Los Incas, una de las últimas estaciones de la línea B. Después tenía que caminar unas diez cuadras. Me iba internando en aquellas callecitas breves y circulares con nombres de ciudades europeas — Viena, Hamburgo, Constantinopla— como quien se va perdiendo en un sueño. Una esquina podía terminar en un chanfle inesperado, en una placita minúscula o en un punto donde confluía consigo misma, como la esquina de Bauness y Bauness. Había, como en cualquier barrio suburbano, casas bajas con su indefectible jardincito delantero y sus detalles tiernos: carteles de bienvenida, patos o enanos de cerámica, canteros protegidos por un techito de nailon. Pero también florecía la singularidad. Vecinos que ocupaban hasta la mitad de la vereda con macetas propias. Un canillita que además de diarios y revistas vendía huevos. Un quiosco custodiado por un perro. Una farmacéutica que tiraba el tarot. Un verdulero en la calle Torrent que le cantaba loas a cualquier vegetal o fruta que uno le pidiera.

Una tarde en que volvía cansada pero más propicia que nunca al espíritu del barrio, pues en la revista me acababan de conceder dos meses de trabajo freelance, me detuve en la calle Ginebra frente a una ventana bordeada de malvones y cortinas de crochet. Contra el vidrio, una estampita de San Expedito y, debajo, un cartel donde se ofrecían “clases de crochet y de bijouterie”. Le saqué varias fotos y recordé con ternura a mi abuela tejiendo crochet. Yo nunca había tenido paciencia para aprender. Tal vez mi vida en Parque Chas admitiera ahora esa actividad lenta y pacificadora.

Por la mañana, durante el desayuno, le conté a Andrés mis avances en el barrio y la idea de tomar clases de crochet con una vecina. Él también hacía sus descubrimientos. Me habló del tallerista de la calle Barzana donde había cambiado unas bujías del auto: se llamaba Giacomo y había sido barítono.

—Ahora ya no canta pero habla hasta por los codos. Me dijo que conoció bien a la familia Costa, y sobre todo a la tía veterinaria. Parece que era una mujer hermosa. Él sabía de algunas historias porque, además de viejo vecino, era socio del excomisario Padeletti, de la 19.

—Por de pronto la bella coleccionaba huesos —dije yo recordando la

canasta de huesos y las calaveras de su consultorio—. Tendríamos que vaciar de una vez ese lugar, ¿no?

Cuando Pedro llegó para colocar los zócalos que faltaban, le pedimos que esa misma semana empezara con el jardín y que nos ayudara a vaciar el cuartito de los horrores.

Pedro, con su calma y su dulce acento de misionero, dijo que después había que quemar incienso. Eso recomendaba su señora, para limpiar el lugar: “Hay que guardarse sobre todo de la envidia de los muertos, dice ella, que es la peor ponzoña”.

Más tarde, mientras tomábamos un café en la cocina, me comentó que su sobrino Eladio estudiaba veterinaria, que tal vez le interesaran las revistas y hasta las siniestras calaveritas y los huesos de los perros. Que se los iba a llevar. “Lo que es malo para uno —sentenció— puede ser bueno para otro”.

Lo dejé trabajando en el jardín y decidí ir hasta la casa que ofrecía clases de crochet.

Bajé por Cádiz y, después de varias vueltas en falso, desemboqué en Ginebra donde enseguida reconocí la ventana de los malvones. Sobre el frente de piedra de la casa, junto a la puerta, había una placa de bronce que decía “Eduardo Brunner. Osteópata”. Toqué el timbre.

La mujer que me abrió debía tener más de setenta años pero no tenía en absoluto el aspecto de una abuelita tejedora. Era alta y robusta, tenía una cara de pómulos altos y unos ojos encendidos que ella intentaba dominar. Enseguida me dio la mano y me dijo que se llamaba Franca. Después me hizo pasar a un living bastante espacioso pero de muebles enormes y oscuros entre los que se movía con increíble agilidad. Las artesanías de crochet brotaban como excrescencias por todas partes: almohadones, carpetitas en los apoyabrazos de los sillones, caminos de mesa y hasta algunas macetas con fundas tejidas. “El crochet —me dijo— es una de las fórmulas más eficaces para mantener la mente tranquila. Mejor que el yoga —afirmó—. Y mantiene las manos en movimiento, igual que la bijouterie. Mi marido, que era osteópata, me lo decía siempre”. Así me enteré de que era viuda del osteópata y que era una de las vecinas más antiguas de Parque Chas. Se había mudado allí de recién casada, en los años cuarenta.

Quedamos en que yo iría los viernes a la mañana para empezar con una aguja número cinco y algún ovillo de lana de cuatro hebras.

Cuando nos despedimos vi sobre el recibidor un retrato del finado. Me

detuve a observarlo. Era un hombre atractivo, con una de esas miradas seductoras de las que cada mujer se siente destinataria. Pensé que debía haber tenido muchas pacientes con dolor de huesos. Franca se paró junto a mí. “Era un hombre con mucha personalidad y con mucha labia”. Lo dijo con un tono apagado como si fuera más un reproche que algo para celebrar.

Pocos días después, cuando salía de casa para ir a tomar la primera clase, me crucé con Pedro que llegaba de comprar materiales.

—Tengo que hablarle de algo, doña Julia —me atajó.

Pedro tenía un aire preocupado y supuse que sería un pedido de dinero. Pero no se trataba de eso.

—Es sobre los huesos que le llevé a mi sobrino. No eran todos de perro —dijo. Y se quedó callado como si me diera la oportunidad de adivinar.

Habría también huesos de gatos, pensé.

—Hay huesos de un cristiano, dijo mi sobrino, una mano casi completa.

—¿Una mano? —repetí como una idiota tratando de encajar la información.

—Raro, ¿no? —dijo, y empezó a llevar sus herramientas al jardín.

—Bueno —acoté—, tal vez hacían estudios comparativos...

—Y, será —dijo Pedro con esa resignación de los humildes ante las tragedias o los misterios de la vida.

Me quedé inquieta con esa información y durante la tarde, mientras respondía algunos mails, busqué en internet “huesos de la mano”. Aparecieron varias imágenes radiográficas de manos. Sin el calor de la carne, se las veía en toda su crudeza animal: frías y temibles herramientas para el agarre. En total, decía el artículo, la mano humana tiene veintisiete huesos, uno lleva el horrible nombre de “ganchoso”. ¿Sería confiable la información del sobrino de Pedro? Con tanta cantidad de huesos y huesecitos, podría haberse equivocado.

Cuando más tarde se lo conté a Andrés, él no le dio importancia; la manipulación de huesos y de órganos es algo más que habitual entre los estudiantes de Medicina o de Veterinaria.

La primera clase de crochet fue muy corta, menos de media hora, porque Franca se había quedado casi sin voz. En susurros me contó que había trabajado de preceptora durante más de veinte años en escuelas secundarias y que, desde entonces, de tanto forzar la voz, sufría con frecuencia de disfonías. Pero insistió en que me quedara y practicáramos la vareta, el punto más elemental del crochet.

Mientras me daba algunas indicaciones también ella tejía. Pasaba las lazadas de lana con una firmeza que producía un efecto hipnótico. Pero tal vez fueran sus manos lo más notable: unas manos fuertes que uno podía imaginar manejando herramientas más contundentes que una aguja de crochet.

—Es importante trazarse un plan —me recomendó antes de irme—. Así uno aprende con más entusiasmo.

Yo me había propuesto hacer una manta de cuadrados tejidos de distintos colores. La idea me gustaba. A la inversa que Penélope, se trataba de acumular y acumular tejidos para después unirlos y montarlos en una sola pieza.

—Para una manta de una plaza vas a necesitar unos cien cuadrados de cuatro por cuatro.

Era un proyecto a largo plazo. Me fui de allí un poco desanimada, con algunas cadenas de vareta y un pedacito amorfo de cuadrado con la consigna de practicar en casa.

Al viernes siguiente, otra vecina se había sumado al grupo: se llamaba Lidia y tenía una edad indefinida, entre cuarenta y cincuenta años.

—Julia es nueva en el barrio —me presentó Franca con la voz recuperada.

—Sí, estoy a unas cuadras de aquí, en la esquina de Bucarest y Constantinopla.

—Ah, creí que había comprado en Berna, en los departamentos nuevos —dijo Franca.

—No, vivimos en diagonal a los departamentos, en una casa que estamos refaccionando.

Franca detuvo el tejido y me pareció que palidecía.

—Entonces estará muy cerca de la casa verde, la de Clarisa.

—Me lo dijo con una voz que me pareció acusadora.

—*Era* verde, ahora es blanca —dije a la defensiva—, y creo que Clarisa era el nombre de la tía de Adriana Costa. ¿Usted la conocía?

Franca se levantó de su asiento y quedó por un momento en silencio.

—Sí, claro que la conocía —dijo al fin y se quedó vacilando como si no recordara bien para qué se había levantado. Por fin fue hacia la cocina y trajo un plato de galletitas que dejó sobre la mesa junto a nosotras—. Fuimos muy amigas. Pero ella murió joven. Son temas tan tristes —suspiró y volvió a concentrarse en su tejido

Se instaló un clima tenso que se fue diluyendo poco a poco, cuando Lidia contó que su árbol de naranjas amargas estaba dando frutos y que muy pronto

nos iba a hacer probar su famoso dulce.

Por entonces empezaba la primavera en Parque Chas: los jazmines florecían, los lazos de amor proliferaban y el jacarandá de la esquina daba sus proverbiales flores celestes y extendía sus ramas hacia la casa como si quisiera abrazarla. También la gente en el barrio se expandía, baldeaban la vereda, sacaban a sus perros e intercambiaban sonrisas.

La mañana del sábado entramos al fin al cuartito de los horrores. Nos pusimos guantes de trabajo y empezamos a sacar objetos inútiles para tirar en un volquete.

Cuando removimos una hamaca vieja de esterilla desfondada y dos reposeras con las maderas rotas, apareció contra un rincón una bolsa que parecía de cemento.

Pedro se asomó al cuarto, echó una ojeada y dictaminó:

—Es cal viva.

—Se usa como desinfectante —dijo Andrés.

—Para mí, la vieja la usaba para enterrar a los perros. Se los envuelve en cal viva para que no echen olor.

Tiramos palanganas desconchadas, jeringas y bandejitas metálicas, pilas de carpetas y papeles, unos cuadros de naturalezas muertas, unas raquetas descordadas...

Trabajamos hasta que el cuarto quedó totalmente despejado. Sólo quedaba el placard.

—Eso te lo dejo a vos —dijo Andrés, y dio por terminada su participación.

Yo me tomé un descanso y después abrí de par en par las puertas del placard. Me invadió un olor dulzón a moho y a viejo, que me provocó una arcada. Metí desordenadamente ropa, bolsos y zapatos en bolsas de plástico y descubrí contra el fondo una caja de madera con incrustaciones que parecían de nácar. Intrigada, la llevé a la cocina. Tenía el aspecto de un cofre y le faltaba una pata. Intenté abrirlo pero estaba cerrado con llave. Pedro, que andaba por ahí, sacó su cortaplumas y, con una insospechada habilidad de cerrajero, la abrió en una sola maniobra. Le di una revisada somera: cajas de diapositivas, algunas cartas y documentos, un fajo de estampitas, una cajita con una medalla deportiva y otra con un dije de plata en forma de corazón. Por último, en el fondo, cubierta por un papel de seda, una foto en blanco y negro. Era el retrato de una mujer y estaba firmado por Annemarie Heinrich. La miré con curiosidad: aquella tenía que ser Clarisa joven, la tía veterinaria que

amaba a los perros. Tenía una melena color cobre, peinada a la moda de la época, con ondas sobre la frente; la boca era grande, con un rictus displicente, pero los ojos como contrapunto eran lánguidos, de heroína romántica. Llevaba un collar de perlas en el cuello que echaba provocativamente hacia atrás. ¿Qué hacía entre tantas porquerías aquella mujer hermosa?

Me imaginé que a Adriana le gustaría recuperar esos recuerdos. Sin embargo, más tarde, cuando le hablé, no pareció demasiado entusiasmada. Pensaba mudarse pronto al sur donde iban a poner una hostería con su novio, y tenía miles de trámites por delante. De todas maneras, si no me molestaba, pasaría el domingo a ver de qué se trataba.

A la mañana siguiente salí temprano a caminar. Tenía dos meses de libertad por delante. Eso me despertaba un ánimo veraniego, ganas de hacer gimnasia, de sacar fotos, de preparar ensaladas exóticas...

Me detuve en lo del verdulero lírico de la calle Torrent a comprar fruta y allí me encontré con Lidia, mi compañera de crochet.

—¿Cómo van tus cuadrados? —me preguntó.

—Bueno, al menos ahora empiezan a parecer cuadrados.

El verdulero exhibía en aquel momento un ramillete de perejil: “Más hermoso que un ramo de novia, señoras”.

Las dos nos reímos.

Animada por la simpatía de Lidia, me atreví a preguntarle por Franca.

—¿La conocés desde hace mucho? Me pareció que reaccionó mal cuando le mencioné a Clarisa.

Lidia miró hacia arriba con un gesto resignado, como si de allí provinieran todos los misterios, después se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Un drama pasional.

Franca y Clarisa habían sido muy amigas. Inseparables, me contó, hasta que Clarisa empezó a atenderse con Brunner por alguna dolencia de la columna.

—Él era un mujeriego incorregible, la persiguió y la persiguió hasta que al final: lo que te imaginás.

—¿Y entonces?

Lidia volvió a mirar hacia el cielo, de donde también parecía proceder lo fragmentario de su conocimiento. Ella no sabía mucho más, salvo que él, después de un tiempo, había desaparecido.

—Las dejó pagando a las dos.

—¿Se fue con otra?

—Hablaban de una paciente chilena, pero nunca se supo nada más de él, como si se lo hubiera tragado la tierra.

A la noche, cuando volvió Andrés, le conté las últimas novedades.

—Hay algún misterio con esa mujer, ¿no?

—Ya lo dijo Flaubert —sentenció él—, basta con que miremos largamente un objeto para que se vuelva interesante. Si quieres más detalles —agregó—, te recomiendo que pases por el garaje de Giacomo. De paso, le dejás el auto para que le cambie el aceite.

El domingo amaneció nublado y ventoso, pero con el paso de las horas empezó a despejarse. Cuando llegó Adriana, a eso de las cuatro de la tarde, no quedaba ni una nube en el cielo. Estaba muy distinta de la pálida chica desmechada que habíamos conocido unos meses atrás. Se había cortado el pelo, estaba vestida con ropa clara, muy a la moda, y los ojos le brillaban de entusiasmo, como si al liberarse de la casa hubiera podido por fin empezar su verdadera vida. Se quedó asombrada de los resultados de la refacción, de la luz que entraba a raudales por las ventanas, de los nuevos espacios. Me pareció por un momento que se le nublaban los ojos, como atravesada por alguna revelación existencial.

Tomamos un té, mientras ella revisaba el contenido del cofre.

—Era hermosa —dijo Adriana cuando descubrió la foto de Clarisa. De chica, a mí me parecía un hada.

—¿Nunca se casó?

—No, aunque tenía muchos admiradores. Era una mujer severa. Mi madre le tenía un poco de miedo: “No hagas esto, no hagas aquello, Clarisa se va a enojar”. Yo tenía prohibido entrar en su consultorio.

Cuando Adriana abrió la cajita con el corazón de plata se quedó sorprendida. Levantó el dije y lo miró a la luz.

—Lo tenía en una pulsera que no se sacaba nunca. Y de pronto un día no la tenía más. Dijo que la había perdido.

Mientras terminaba su té, miró por encima las cartas, las postales y otros documentos viejos y volvió a meterlos en el cofre de cualquier manera.

—No quiero tener estas cosas —concluyó—, mejor desprenderse del pasado, ¿no?

—Bueno, depende —quise matizar.

—Es que ninguna de ellas, ni mi tía ni mi madre, fueron felices —dijo con pesar.

Tal vez la agobiaba ahora la culpa de su incipiente felicidad.

—Me llevo la foto y las medallas y lo demás te pido que lo tires. O te quedás con el cofre, si te gusta.

Se levantaba para irse cuando le pregunté por Franca.

—¿Y a Franca Brunner la conociste? Estoy tomando clases de crochet con ella.

—Claro que la conocí —dijo de inmediato—, era íntima amiga de Clarisa. Mi madre la detestaba, decía que era una amiga demasiado posesiva. Demasiado...

Se quedó dudando, como si no encontrara la palabra justa, y al final concluyó:

—Uno nunca termina de conocer a las personas, ¿no? Después se pelearon a muerte. Dicen que fue por una historia de celos con el marido, el que desapareció... En fin, yo era muy chica en esa época.

La vi irse, en una camioneta nueva, con la sospecha de que nunca más nos volveríamos a ver.

El lunes a la mañana Andrés me dejó el auto para que lo llevara a cambiar el aceite, y conocí a Giacomo. Alto y desgarrado, con una nariz enorme y, tal como lo había anunciado Andrés, un torrente de palabras. Junto con el verdulero lírico habrían compuesto un dúo insuperable. Apenas le mencioné a Franca, aunque ya estaba metido debajo del auto para vaciar el carter, asomó la cabeza de abajo del chasis y así, como una tortuga boca abajo, empezó a contarme lo que sabía.

—Según mi socio, ella mató a Brunner por celos. Y después se inventó lo de la fuga. Paddy se atendía con él de los meniscos, así que eran bastante amigotes. Fíjese —me dijo y me apuntó con una llave inglesa—: la Brunner hizo la denuncia como un mes después de la desaparición del marido. ¿Por qué tardó tanto?

Se quedó con la llave inglesa en alto, como si estuviera a punto de descargar un golpe de verdad.

—Eso le dio tiempo para maniobrar. Tal vez lo enterró en el jardín, dice Paddy, aunque él nunca pudo comprobar nada.

Sólo una vez habían revisado las pertenencias de Brunner a ver si encontraban rastros de su posible paradero.

—¿Y encontraron algo?

—Nada. Se pidió la declaración de ausencia, pasaron los años y archivaron

el caso.

Giacomo remató la historia con un largo “ssss”, un sonido que expresa la quintaesencia de la resignación porteña.

A la siguiente clase de crochet, llegué a lo de Franca un poco más temprano que lo habitual. Yo le había pedido algunos gajos para trasplantar y con esa excusa pude acompañarla hasta el fondo de la casa. Tenía un jardín pequeño pero muy cuidado, con canteros de hortensias y arbustos tupidos contra las paredes. Observé cómo Franca sacaba de raíz un gajo de aloe vera y otro de jazmín paraguayo. Con esas manos, pensé, bien pudo haber estrangulado a un marido traidor. Bien pudo cavar un pozo y enterrarlo.

Pocos minutos después llegaron Lidia y también una sobrina de Franca que tejía muñequitos, gorros y carteras. Yo seguí con mis cuadrados. Había aprendido a combinar dos colores y a manejar con agilidad las varetas y cadenetas. Franca y Lidia estaban con algo más importante. Una pantalla cónica recubierta de un tejido de crochet, que rematarían con un fleco de piedras de fantasía. Franca había desplegado sobre nuestra mesa de trabajo una caja de herramientas que me fascinó: tenía alicates, una miniperforadora, bandejas con cadenitas, un rollo de acero negro, unos alambres curvados que se llamaban alambres con memoria, ganchos, argollas y argollitas...

—Ahora me quedan pocos accesorios, hace tiempo que no hago bijouterie —dijo con modestia.

Me quedé hipnotizada por la destreza con que manejaba el alicate: insertaba cada piedra de color en un alambre y la colgaba del borde de la pantalla cerrando después el alambre con un perfecto rulito. Mientras lo hacía, moviendo con rapidez la mano hacia arriba y abajo, descubrí la pulsera que llevaba en la muñeca. Allí estaba, tintineando contra el alicate, un corazón de plata idéntico al que yo había encontrado en el cofre de Clarisa.

A duras penas pude concentrarme en mis insípidos cuadrados. Recordé las palabras un poco enigmáticas de Adriana. Tal vez Franca hubiera matado a Brunner. Pero no por los motivos pasionales que Padeletti había imaginado.

Antes de irme me levanté con la intención de ir al baño. Franca me señaló el pasillito, donde se alineaban tres puertas.

—La primera es de mi cuarto —dijo—, la siguiente es la del bañito.

El baño era blanco e impoluto, con carpetitas de crochet que cubrían el inodoro y el bidet. También había un perchero con estantes y una segunda puerta que debía comunicar con el consultorio del osteópata. Después de

lavarme las manos, movida por la curiosidad, me acerqué y moví el picaporte. El pestillo cedió y la puerta se abrió unos milímetros. En la penumbra me pareció ver la sombra de alguien agazapado junto a un escritorio. Me tapé la boca para no gritar. La puerta se abrió unos centímetros más y con un poco de luz me fue llegando la comprensión cabal de la escena. Aquella silueta que se cernía sobre el escritorio no era una persona: era un esqueleto de estudio. Pude ver también láminas de anatomía contra las paredes, una camilla, estanterías con libros y un fichero metálico. Todo parecía intacto, recién ordenado. Como tenía el celular en un bolsillo, no pude resistirme a mi manía documentalista y saqué varias fotos, apurada y apuntando un poco al tuntún.

Después cerré la puerta que daba al consultorio tratando de no hacer ruido. Pero Franca y Lidia hablaban animadamente más allá del pasillo y nadie había advertido mi indiscreción.

Cuando llegué a casa, me dolía un poco la cabeza y decidí darme una ducha para despejarme. Mientras me pasaba la esponja por los brazos, los codos, las rodillas, me estremecí: también yo tenía un esqueleto adentro. Pude sentir a ese otro ser, hecho sólo de huesos, parodiando todos los movimientos cotidianos de mi vida.

A la noche me dolía más la cabeza y me sentía medio afiebrada, pero de todas maneras insistí en mostrarle mis fotos a Andrés.

—Te voy a presentar a tu otro yo —le dije.

Andrés las miró distraído mientras levantaba la mesa.

El esqueleto tenía la cabeza caída hacia un costado, debía tener rota parte de su armazón, lo que le daba un aire melancólico y resignado. Los brazos le colgaban lánguidos a los costados y las manos... ¡Dios mío! ¡Le faltaba una mano!

Andrés se acercó y miró ahora con más atención.

—También le faltan costillas y los dos pies.

Y, con ese afán didáctico que yo admiraba pero que también aborrecía, desarrolló una vez más su teoría de la “atención arbitraria”, una variante del viejo dicho: “Todo es según el color del cristal con que se mire”: cada uno interpreta las señales externas pasándolas por la red de sus pensamientos y obsesiones.

—¿Y si fuera el mismísimo Brunner? Como en la “Carta robada” —dije—, el cuerpo que nunca apareció está a la vista de cualquiera.

—Vamos, Julia, ¿una vieja que teje carpetitas lo liquidó y lo dejó en los

huesos?

—Tendrías que ver esas manos —dije.

Y de pronto me cayó otra ficha.

—¡La cal viva, Andrés! La bolsa de cal viva, ¿te acordás?

Andrés no me contestó enseguida.

—Julia, tomá un Paracetamol y descansá por favor. Mañana me tengo que despertar muy temprano.

Me dormí con un sueño sobresaltado, como si fuera por una ruta llena de baches.

A las cuatro de la mañana me desvelé totalmente. En la oscuridad busqué mi celular y me puse a mirar las fotos otra vez. Me detuve en la que tenía más luz y empecé a ampliarla. Entonces descubrí lo que me pareció una evidencia. Primero en la unión del omóplato y el húmero, después entre el cuello inclinado y la clavícula, y en la zona de la muñeca, uniendo los huesitos de la mano con el cúbito y el radio: aquellos rulitos de alambre negro, las mismas terminaciones que yo le había visto hacer a Franca en la clase de crochet. Me la podía imaginar perfectamente reconstruyendo con paciencia de orfebre el esqueleto de su marido. Las manos y los pies debían ser las piezas más complejas, tal vez por eso faltaban o estaban incompletas. ¿Pero para qué se tomaría ese trabajo?

A la mañana siguiente tenía más de 38 grados de fiebre y Andrés insistió en llamar al médico. Era una simple gripe, pero los siguientes tres días los pasé con temperaturas altas. Por momentos me sentía mejor pero, en cuanto me levantaba de la cama, me volvían a atacar ráfagas de fiebre y de escalofríos. Una noche soñé con dos mujeres que avanzaban en una procesión, tomadas de la mano y con túnicas blancas. La escena tenía algo de ritual, se oía el tintineo de pulseras y cuando giraban, aunque no les veía las caras, yo sabía que las dos estaban muertas.

Recién al cuarto día empecé a sentirme mejor. Me levanté, me duché y me vestí. Y después me puse a ordenar el cuarto. Sobre la mesa de la computadora estaba el cofre de nácar que Adriana no había querido llevarse. Tampoco yo sabía si me lo quería quedar. Lo puse sobre la cama y lo abrí. Volví a mirar los planos viejos de la casa y decidí guardarlos, leí algunos fragmentos anodinos de postales familiares y las tiré al papelero, lo mismo hice con el resto de los papeles. Por último sacudí la caja para eliminar algunos alfileres y pelusas. Un papel había quedado adherido al fondo,

engrampado en una de las esquinas. Lo desprendí y lo abrí. Era una esquila escrita con tinta negra, de letra inclinada y pequeña:

Mi querida,

Ahora para siempre seremos dos corazones que no forman más que uno.

Abajo una inicial, con un trazo alambicado que se perdía en los bordes carcomidos del papel. Podía ser una E, pero también podía ser una F.

El viernes siguiente no hubo clase de crochet. Lidia pasó por casa para anunciarme que la pobre Franca había sufrido un ataque de presión y estaba internada. Por ahora el pronóstico era dudoso, se lo había dicho la sobrina. Lo lamenté de verdad. Yo estaba segura de haber descubierto un crimen, al menos en parte —nunca sabría con certeza los acuerdos y desacuerdos entre ellas ni cómo Brunner habría interferido en la historia—, y tenía un deseo morboso de volver a mirar aquel esqueleto.

Le taladré la cabeza a Andrés con mis conclusiones.

Él me escuchaba ahora con más atención, pero como buen abogado del diablo ponía objeciones a todas mis conjeturas.

La principal coincidía con la mía: ¿Para qué se tomaría semejante trabajo la mujer de Brunner? Si lo redujo a huesos, bastaba después con tirarlos a la basura. ¿Y aquellos rulitos de alambre negro que me parecían tan reveladores? Simples arreglos, decía Andrés. Como una esposa hacendosa que en lugar de zurcirle las medias le zurcía el esqueleto.

—¿Y la mano que encontramos aquí cómo encaja? —me preguntaba él con sorna.

—¿Esa? Un regalo siniestro entre cómplices. O una simple coincidencia.

No me di por vencida y, en los ratos perdidos, navegando por internet, encontré una posible respuesta a la primera objeción: “Para un antropólogo forense los huesos hablan: allí quedan impresos todos los acontecimientos de la vida, desde antes de nacer hasta después de morir”.

Franca no quería correr el riesgo de un reconocimiento (cuantos más huesos dispersara por ahí, más evidencias fuera de control). Y además, tal vez sintiera un secreto placer en tener a Brunner allí exhibido.

Mi licencia en la revista estaba por terminar y en esos días me empezaron a caer algunos pedidos, entre otros una serie de notas sobre educación a

distancia, así que estuve unos días ajena a mi historia.

Una mañana de sábado pasé por casualidad frente al taller de Giacomo.

Cuando me vio, me saludó y me hizo gestos para que me acercara. Quería presentarme a su socio Padeletti, que tomaba mate con él, sentado en un banquito.

—Ésta es la señora Julia, Paddy, la que te conté que vive en la casa que fue de Clarisa. Y además la conoce a Franca.

Paddy era un hombre de unos setenta años, bastante arruinado: tenía un ojo semicerrado y para levantarse a saludarme tuvo que hacer un esfuerzo penoso.

—Ah, buenas piezas esas dos —dijo Paddy.

—Me contó Giacomo que eran amigos, que usted se atendía con él.

—Era un genio. No sabe qué mano tenía, uno salía como nuevo de cada sesión... ¡Ojalá esté con su chilena y no donde yo me imagino! —suspiró.

Yo estaba apurada por irme. Sin embargo no pude resistirme y le lancé la pregunta crucial:

—Perdón por la curiosidad, ¿pero usted vio el esqueleto del consultorio?

Paddy me miró primero con sorpresa y después empezó a reírse hasta que del ojo semicerrado le brotó una lágrima.

Se secó la lágrima con la manga y me miró con un aire burlón:

—¿Usted se refiere a Jacinto, el hombre callado?

Me quedé desconcertada. ¿Qué era eso de Jacinto?

—Él lo llamaba así —explicó—. Decía que era su mejor amigo. El único que no se quejaba de dolor de huesos. Siempre estaba haciendo chistes con ese pobre esqueleto.

Todas mis conjeturas se derrumbaron de un soplo. Me fui de allí derrotada y decidí no contarle a Andrés ni una sola palabra. Al final de cuentas sólo había descubierto una triste historia de amor secreto.

Unos seis meses después de aquel encuentro con Paddy, la revista me encargó una segunda parte del artículo sobre educación a distancia. Entre otras escuelas, tuve que visitar una en el límite entre Parque Chas y el barrio de Agronomía que se había plegado al programa. La directora se llamaba Mimí, era una mujer afable y estaba encantada con la visita de una periodista. Hablamos una media hora sobre el proyecto y la forma en que intervendría su escuela y, antes de irme, insistió en mostrarme las aulas desde donde grabarían algunas de las clases. Gracias a la cooperativa y a las donaciones de muchos, me dijo, tenían bastante material didáctico, en especial en las áreas de

geografía y ciencias. En cuanto abrió la puerta del gabinete de ciencias naturales lo vi: un esqueleto colgado de su percha.

Me quedé extasiada frente a él.

—¿Es verdadero? —le pregunté.

—No, de esos deben quedar pocos, éste es bastante viejito pero debe ser de resina o de plástico. Y está casi completo. Además, es un misterio.

Yo apenas respiraba.

—¿Un misterio?

—Sí, apareció solo. —Se rio—. Quiero decir, nunca supimos quién lo trajo. Apareció una mañana en la puerta del colegio, embalado en una caja. Como un bebé abandonado.

Mataderos
La furia del Gusano
Alejandro Parisi

La calesita giraba con la misma desidia que parecía estar impregnada en las casillas de chapas y ladrillos sin revocar, en los pastos descuidados, los restos de basura y en todas las personas y perros del barrio. Sin embargo la calesita giraba, esclava de su órbita breve, de cabotaje: los caballos subían y bajaban soltando un chirrido agudo, metálico; un auto despintado reflejaba el sol en las incrustaciones de lata que cubrían sus luces vacías; y un avión, inmóvil, sin hélice, se sacudía con el salto de los niños que lo ocupaban. De fondo, la misma música de siempre sonaba fuerte, con una estridencia exagerada.

Con el hombro apoyado contra un poste, Ángel Camaño observaba a las niñas-madres que se inclinaban para ayudar, golpear, acariciar o retar a sus hijos. Hacía calor. Ángel se secaba la frente con un pedazo de franela color naranja. Sus ojos claros, de un turquesa casi transparente, observaban las caritas sonrientes y morenas de aquellos niños que extendían sus manos sucias para atrapar la sortija que él agitaba. Ángel Camaño sonreía, orgulloso de su trabajo, de su dedicación.

Durante años había sido maestro de escuela, hasta que tuvo que dejar Misiones. Después de vivir una década como un nómada, se había establecido en Los Perales y había comprado la calesita haciéndose cargo de las deudas que su dueño anterior no había podido pagar. Ahora era el amo y señor de los juegos.

Poco a poco, la calesita fue deteniéndose. Cuando la vuelta terminó, Ángel Camaño le ofreció caramelos a cada uno de los niños, que los aceptaron y se dejaron acariciar las mejillas. Emocionado por ese enjambre de sonrisas, Ángel anunció que la próxima vuelta sería gratis para todos. Hubo una explosión de gritos, risas. Sin embargo, las niñas-madres tomaron a sus hijos en brazos y comenzaron a alejarse del lugar.

Confundido, Ángel dejó la sortija colgada del gancho del poste pintado de negro y verde, como la calesita y el barrio entero, y salió del reparo de

aquellas chapas que lo protegían del sol. Entonces vio las motos acercándose a toda velocidad a través del terreno baldío, y sintió aún más curiosidad. Cuando las cuatro motos se detuvieron junto a la reja que servía de perímetro de la calesita, Camaño extendió los brazos en forma de cruz para darles la bienvenida.

—Hola, muchachos —dijo, con media sonrisa.

Uno de los jóvenes se bajó de la moto, miró hacia los costados y comenzó a avanzar hacia él. Le decían Shrek, era obeso, estaba vestido de basquetbolista y le apuntaba con un revólver de caño corto.

—Estás frito, Angelito —dijo Shrek.

Camaño miró su reloj. Las cuatro y cuarto de la tarde. No era una mala hora para morir: por todo el país los niños estarían jugando al sol. Miró a su alrededor como si quisiera buscarlos, pero sólo vio el bloque gris del hospital abandonado que se alzaba a doscientos metros de distancia. Su destino, como el de todos los del barrio, se había decidido ahí arriba.

Los demás jóvenes dejaron sus motos y sacaron sus armas. Todos le apuntaron en un solo movimiento. Con los ojos cerrados, Ángel Camaño esperó la balacera. Pero nadie disparó. Los jóvenes lo rodearon. Shrek le ató las manos con el cabo de un cable que otro ya había atado a una de las motos. Entonces Ángel Camaño sintió miedo, más miedo que todos los miedos que había sentido en su vida.

Las motos arrancaron. Intentó seguirlas al trote, pero cayó al suelo. Pudo ver que la calesita se alejaba girando, mientras las piedras del baldío le laceraban la espalda a medida que lo arrastraban hacia la cueva del Gusano, alto, muy alto, allá en Los Perales.

Conteniendo el humo en los pulmones, acodado en una de las ventanas sin marcos ni vidrios, el Gusano miraba la inmensidad que se abría ante él. Desde que tenía memoria, aquella era la mejor imagen que había contemplado. Al principio, cuando era sólo un huérfano que vivía en la casilla de su abuela, se colaba entre los médicos de la salita de primeros auxilios de la planta baja y escalaba aquella estructura enorme, maltrecha desde sus inicios, un enorme bloque de más de diez pisos que, en su diseño, se imaginaba como uno de los mejores hospitales de toda América Latina. Pero apenas habían construido la estructura, y por eso resultaba complicado trepar las escaleras inconclusas, evitar los hierros retorcidos y oxidados tras medio siglo de abandono para, al fin, alcanzar en una ventana y contemplar esa ciudad tan cercana y distante que

a él, Luchito en ese entonces, lo hacía sentir pequeño y desubicado.

Pero de eso habían pasado más de quince años, y ahora él ya no miraba la ciudad con temores. Al contrario: sabía que las casas, el barrio y todo lo que rodeaba aquella ventana le pertenecía. No lo había conseguido con facilidad. Si algo había aprendido Luchito mientras se convertía en el Gusano, era que el poder cuesta sangre, y él había visto desangrarse por las calles del barrio a muchos de sus pibes. Ahora tenía más de cincuenta a su disposición. Se hacían llamar La Murga de los Renegados. Ladrones, vendedores de droga, sicarios, punteros políticos, barrabravas, peones de la Federal... A veces hasta él mismo se sorprendía de todas las actividades en las que se habían especializado.

Al fin, el Gusano soltó el humo de sus pulmones y tuvo que inclinarse para toser.

Desperdigados a su alrededor, varios de los renegados mataban el tiempo jugando con sus teléfonos celulares, fumando, aspirando o enfrentados en un partido de fútbol de PlayStation en la televisión de cuarenta y seis pulgadas que habían comprado hacía ya tiempo. Desde otro de los ambientes del piso llegaba el rumor hacendoso de los tres renegados encargados de rayar tizas para ampliar el kilo de cocaína que debían entregar esa misma noche en uno de los barrios del Centro. El Gusano los miró a todos, y se sintió orgulloso del lugar adonde había llegado, alto, tan alto en Los Perales.

En un rincón, Marco Antonio Cuellar se retorció las manos sin poder esconder su terror. Quizá fuera la primera vez que estuviera rodeado de tantos argentinos. Aquel barrio era una gran mamushka que contenía distinta gente que muy pocas veces se mezclaba. Por eso el Gusano se había sorprendido tanto con el pedido de Cuellar. Porque los bolivianos trabajaban y se mantenían al margen de ellos, yendo y viniendo del Mercado Central cargados de verduras y de niños, o encerrados en talleres clandestinos cosiendo las prendas que se vendían en el Centro. Al Gusano le llamaba la atención esa obediencia, esa laboriosidad incorruptible, como si trabajar todo el día bastara para superar la pobreza que venían arrastrando desde hacía siglos.

Pero, en ese pedido, el Gusano había visto una oportunidad. Después de todo, un favor no se le niega a nadie. Mucho menos a un referente de una parte del barrio donde los renegados no podían entrar hasta entonces pero que, después de ayudar a Cuellar, al fin se abriría para ellos. El Gusano también había aprendido que las cosas siempre terminan complicándose y que por eso

es necesario tener un arma cargada y un lugar seguro donde esconderse.

Volvió a pitar el cigarro de marihuana y se acercó a Cuellar.

—¿Querés fumar?

—No, gracias —dijo el boliviano, con los ojos puestos en la culata del arma que el Gusano llevaba a la cintura, sujeta a su short de Nueva Chicago.

—Quedate tranquilo, Mamani.

—¿Ya lo hicieron?

—No seas ansioso, ya vas a ver —dijo el Gusano palmeándole la espalda.

—Usted me dijo...

Fastidiado, el Gusano alzó una mano y Cuellar, asustado, dejó de hablar.

—Viniste acá porque los ratis no te dieron bola. En eso somos iguales los mamanis y los pibes. Entonces, si querés justicia, vas a tener que confiar en el Gusano.

Volvió a toser. Se aclaró la garganta, carraspeó, y se acercó a la ventana para escupir. Entonces pudo ver las motos que se acercaban.

Volvió a fumar, volvió a toser.

Se giró y anunció:

—Ahí vienen.

Lo traían maniatado, lleno de sangre y a los empujones. Al entrar, cayó de rodillas en el piso. Shrek ató el cabo del cable a una columna. Ángel Camaño intentó zafarse, pero entonces uno de los renegados le pegó una patada en la rodilla y volvió a caer.

Todos guardaban silencio, extrañados de que el Gusano hubiera estirado tanto aquel trabajo que se podría haber terminado con un simple disparo en la sien.

—Gusano, yo trabajo para vos —balbuceó Camaño.

—Callate —respondió el Gusano. Después se volvió, buscando a Cuellar, que no estaba por ninguna parte, y gritó—: Mamani, vení acá, carajo.

Detrás de los renegados, Cuellar estaba paralizado con los ojos fijos en el suelo.

—¿Es él? —preguntó el Gusano.

Cuellar alzó la vista.

—Sí, señor —dijo, sin acercarse.

Furioso, el Gusano se acercó a Cuellar y, sujetándolo por un hombro, lo obligó a colocarse delante de Camaño, que escupía sangre, babas y mocos. El Gusano lo forzó a incorporarse.

—Y parecías un cuatro de copas, Angelito... —le dijo el Gusano a Ángel Camaño, y luego, mirando a Cuellar, ordenó—: Es tuyo.

El rostro andino de Cuellar se volvió pálido.

—Pero, señor, habíamos quedado...

El Gusano negó con la cabeza.

—¿Cuántos años tiene tu nena? ¿Seis, siete?

Inmediatamente, Cuellar giró la cabeza, incapaz de soportar todo aquello.

—Miralo, carajo —gritó el Gusano, y hasta los renegados sintieron miedo.

Al fin, Cuellar clavó los ojos en Ángel Camaño, que intentó decir algo, pero fue silenciado por un culatazo del arma del Gusano que, mirando al boliviano, dijo:

—Mirale las piernas... las manos... con esas manos le cagó la vida a tu nena... —y ordenó—: Bájenle los pantalones.

De inmediato, dos de los renegados se acercaron a Ángel Camaño y lo desvistieron. La piel lacerada por las piedras del baldío, sangre, costras, y el olor imperceptible del miedo. Camaño lloraba, implorando la piedad del Gusano.

—Por favor...

Los renegados formaron un semicírculo alrededor de los tres hombres. El Gusano volvió a hablar:

—Miralo, Mamani. Pero miralo bien, ¿eh? Ahí tiene la pija que le puso a tu nena... ¿Quién tiene que hacer esto? ¿Vos o yo?

Cuellar no pudo contener un acceso de llanto. Sin embargo el Gusano sonrió: había descubierto que en el rostro de Cuellar la ira se abría paso entre la vergüenza y la desolación.

—Lo querés matar, ¿no?

Cuellar asintió.

—Eso me gusta más —dijo el Gusano, palmeándolo. Y continuó—: pero... ¿sabés qué pasa? Tu hija sufrió mucho, y nunca se va a poder olvidar de este hijo de puta. Entonces... si lo matás, en un segundo pasa todo. Por eso, vamos a hacer otra cosa. Fideo...

Uno de los renegados, un chico alto y delgado vestido con la camiseta de la selección argentina, se incorporó y salió. Cuando regresó, traía un palo de escoba.

—Agarrá eso, Mamani —dijo el Gusano.

Cuellar lo miró, aterrado.

—Algunas cosas las tiene que hacer uno mismo. Y vos tenés que vengar a tu hija, Mamani. Vamos, muchachos, ténganlo fuerte que se va a sacudir como un perro.

Shrek y dos más se acercaron a Camaño, que se retorció, intentando zafarse, gritando:

—Gusano... salvame y trabajo gratis hasta que me muera.

El Gusano ni le contestó. Mirando a Cuellar, dijo:

—Ahora, Mamani, le vas a mostrar qué sintió tu nena. Agarrás el palo y se lo metés en el orto hasta que le salga por la boca.

Cuellar ahora lloraba, lloraba y miraba a todos, desencajado. Con cuidado, el Gusano se acercó a él y le dijo algo al oído para que nadie pudiera escucharlo. Sólo entonces el boliviano se acercó a Camaño por detrás y, con fuerza, lo golpeó con el palo en la espalda una, dos, tres veces...

—Así, así... —lo alentaba el Gusano.

Hastiado, al fin, Cuellar soltó el palo. Se sentía mareado, se quería morir.

El Gusano volvió a acercarse. Se agachó, tomó el palo, se lo entregó a Cuellar y ordenó:

—Hacé lo que te dije...

—No hace falta, usted...

—Hacelo porque te quemó. Tu hija necesita venganza. Me lo dijiste vos cuando viniste a verme. Dale, mierda —gritó el Gusano.

Camaño lloraba y se retorció, y sin embargo los renegados lo tenían tendido en el piso, con las piernas y los brazos abiertos. Pronto, todos los renegados comenzaron a gritar.

—Destapale la cloaca... —decían.

Cuellar los miraba, entre aterrado y asqueado. El Gusano lo empujó hacia adelante. Le sujetó la mano que sostenía el palo y lo obligó a penetrar a Camaño, que efectivamente se retorció y aullaba como un perro.

—Pensá en tu nena. Hacelo mierda. Que le salga por la boca —decía el Gusano, y hasta los renegados parecían sorprendidos con su actitud.

Al fin, completamente enajenado, llorando, pidiendo perdón a Dios y a la Virgen, Marco Antonio Cuellar introdujo el palo hasta la mitad por el ano de Camaño, una y otra vez, con una fuerza incontrolable.

Los gritos de Camaño se mezclaron con los silbidos y los aplausos de los renegados, que lo escupían y golpeaban con sus zapatillas coloridas, último modelo. Todo duró apenas veinte minutos. Luego, Cuellar cayó de rodillas,

incapaz de contener su llanto, su tristeza, su vergüenza y su dolor. Camaño había quedado inconsciente, muerto tal vez, tendido en un charco de sangre y materia fecal.

Sólo entonces el Gusano se acercó a Cuellar y lo ayudó a incorporarse.

—Denle un vaso de vino —ordenó, e inmediatamente uno de los renegados le tendió un vaso al boliviano, que lo bebió de un solo trago, sin dejar de llorar.

—¿Por qué...? —preguntaba Cuellar, con la voz entrecortada.

—Porque el mundo es una mierda. Y nosotros tenemos que limpiarlo de vez en cuando. Ahora, vos te vas a ir como un hombre, porque hiciste lo que tenías que hacer. Y este sorete va a vivir el resto de su vida acordándose del día de hoy.

—¿No lo van a matar?

—Quizá ya esté muerto. Si zafa, va a seguir trabajando para mí. Pero a los tuyos no los va a joder más.

—Pero... yo no quería... —gimió Cuellar.

El Gusano le apoyó una mano en el hombro. Con un tono bajo, amistoso, dijo:

—Tu hija tampoco. Y mirá qué le pasó. Pero ahora ya está. Seguí con tu vida, Mamani. Cuando te necesite, te voy a ir a buscar. ¿Me entendiste?

Cuellar asintió, sin fuerzas para pronunciar nada. Luego vomitó, y se alejó dando tumbos, incapaz de mirar atrás. Poco a poco, los renegados volvieron a la PlayStation, a sus celulares, a rayar tizas y embolsar gramos adulterados con precisión.

El hedor que desprendía Camaño al Gusano le provocó náuseas. Encendió otro cigarro de marihuana, fumó. Había visto, hecho y ordenado cosas peores que la que le había tocado a Camaño, pero sin embargo se sentía extraño, con una especie de tristeza que se resistía a aceptar.

Volvió a acercarse a la ventana buscando aire fresco. Afuera había comenzado a oscurecer. El cielo, violeta, se extendía más allá de Los Perales, de Mataderos, de toda la Capital.

Miró hacia abajo. En el baldío que rodeaba el hospital, un grupo de niños jugaba al fútbol. Al verlos, el Gusano se recordó a sí mismo pateando una pelota en ese mismo lugar.

—Tendríamos que hacer algo con este... —dijo Shrek.

El Gusano no respondió.

—Llevarlo a un hospital, algo... Camaño nos sirve, se tiene que curar... — insistió Shrek, y al ver que el Gusano no respondía, preguntó—: ¿Todo bien?

Nada. El Gusano estaba demasiado lejos. Sonreía porque, abajo, uno de los chicos había esquivado a todos los jugadores rivales, había pateado y ahora festejaba el gol llevándose las manos a las orejas, como si se hiciera pantalla para oír mejor la ovación de una multitud que, el Gusano lo sabía, nunca le diría nada bueno.

Quizá por eso el Gusano sacó medio cuerpo por la ventana y gritó:

—Qué golazo, guachín.

Los niños lo saludaron desde el baldío, felices de que él, el Gusano, se interesara por sus juegos. ¿Quién iba a hacerlo, si no?

—Ayuda... —escuchó que alguien decía cerca de él, con un hilo de voz.

Al ver a Camaño arrodillándose, el Gusano pensó que el mundo siempre sería esa mierda que crecía alrededor del barrio y que, tarde o temprano, terminaría tragándose a esos niños como también se lo había tragado a él.

—¿Qué hacemos, Gusano? —volvió a preguntar Shrek.

Sólo entonces el Gusano sacó el arma y disparó tres, cuatro, cinco veces, esparciendo las entrañas de Ángel Camaño por todo el piso, allá arriba, alto, tan alto en Los Perales.

Palermo
El camaleón y los leones
Alejandro Soifer

Hundió las manos en el balde de carne cruda y sintió como desde el fondo se despertaba un vapor descompuesto que lo hizo sentirse levemente mareado. Tocó el material, había algunas partes apenas endurecidas que llevaban la marca de unos moretones marrones y huesos recortados toscamente con bordes astillados. Levantó los diez kilos de carne cruda que arrastró hasta la puerta blindada. Apoyó la carga en el piso, hizo girar la manivela que accionaba las trabas del portón y lo abrió. El sol radiante de la mañana tibia preprimaveral se escurrió dentro del edificio con aspecto de búnker.

Volvió a cargar el balde con el alimento para los animales y dio unos pasos cautelosos hacia el interior del hábitat artificial. Era una de las jaulas más espaciales y mejor cuidadas del Zoológico de Buenos Aires: una meseta de pasto con un pequeño lago artificial rectangular casi sin profundidad que imitaba a la sabana africana, todo rodeado por una fosa circular que terminaba en un alto paredón desde donde los visitantes se asomaban a ver a las fieras.

En un rincón con tierra a la vista, donde el piso de pasto había desaparecido de tanto tránsito, arrojó el contenido de carne y se alejó cauteloso a buscar el segundo y luego el tercer balde de carne. Esperó un instante parado al lado de la pequeña montaña que había hecho pero ninguno de los animales apareció para buscar su almuerzo.

Buscó a los leones; dos de ellos dormían bajo la sombra de la acacia que se alzaba casi en el centro de la jaula y al lado de ellos, el más anciano pasaba su lengua áspera por unos huesos.

Tenía calor. El sol del mediodía lo presionaba implacable debajo de la ropa de seguridad. Se pasó el dorso de la mano enguantada por la frente, afinó la vista y lo pudo ver con toda claridad: el león viejo estaba carcomiendo los restos de una pierna humana.

Las aspas del ventilador de techo movían el aire denso en la pequeña habitación donde se amontonaban cuatro hombres.

Rogelio Negrete, el cuidador de los leones, no podía dejar de transpirar y sentía cómo sus brazos temblaban sin control. Su uniforme de trabajo hedía a vómito.

El fiscal de instrucción Ernesto Camargo dio una vuelta impaciente alrededor de la pequeña habitación rodeando un escritorio antiguo y polvoriento. Sabía que el encargado del Zoológico, ese pequeño tipejo calvo con la cabeza como una bola de bowling y bigotes finamente atusados los había juntado ahí para sacarlos del centro de la atención.

—Entonces, usted llegó, se dispuso a alimentar a los leones y se encontró a uno de los animales desayunándose los restos de un ser humano.

—Goldwyn, sí.

El fiscal enarcó las cejas.

—Goldwyn es el nombre del animal, señor —aclaró el subcomisario Mario Quiroz que acompañaba el interrogatorio mientras la policía científica levantaba las pruebas.

—¿Y no había notado nada extraño cuando llegó?

—Nada.

—Creo que el señor Negrete ya dijo todo lo que tenía que decir, ¿no cree señor fiscal? —interrumpió el encargado—. Si me permite me gustaría darle a este hombre el resto del día libre.

—Claro, luego de que declare en la comisaría. Ya que estamos, ¿quién estuvo encargado de la seguridad del predio anoche?

—Eso debería consultarlo, pero no va a ser problema.

A Quiroz tampoco le gustaba el encargado, se lo notaba ansioso por deshacerse de ellos. Sonaron tres golpes y un rostro de policía asomó por la puerta entreabierta.

—Encontramos algo más —anunció.

Los cuatro hombres que estaban dentro de la habitación se miraron.

—¿Qué espera, Quiroz? Vaya con el cabo primero Almirón a ver qué encontraron sus subordinados —dijo el fiscal, fastidiado.

Quiroz siguió al policía que lo llevó a través de la celda de los leones, donde ahora habían sido encerrados y dopados mientras transcurría la pesquisa, hasta la jaula a cielo abierto.

—¿Alguna idea de quién fue el infeliz que descansa en el tracto digestivo de los leones?

—No todavía, subcomisario.

Los dos hombres no cruzaron más palabras. El cabo primero lo condujo por una escalera de piedra que bajaba desde la meseta hacia el foso circular y luego unos pasos hasta donde se agrupaban los investigadores. Varios fogonazos de los flashes de la fotografía científica se sucedieron y Quiroz se abrió paso hasta quedar frente al descubrimiento: rodeado de huesos vacunos amarillentos había un torso humano con su cabeza con signos de desgarramiento por las mordidas de los animales. Una mancha de tinta negra gastada ocupaba la parte superior de lo que quedaba de un brazo casi deshecho. El subcomisario se puso en cuclillas, se tapó la mano con la punta de la manga de la camisa y corrió los restos hasta que el tatuaje quedó completamente visible:

—Kmalaeon —leyó Quiroz la inscripción en voz alta—, ¿y esto qué mierda es?

3

—¿Sabemos algo de la víctima?

—Sólo que estaba vivo cuando lo tiraron a los leones. Todavía es un NN. No encontramos documentos en el lugar, pero tenía un tatuaje. Es cuestión de horas hasta que sepamos quién era.

—¿Qué hay del sereno?

—El tipo que estuvo de guardia ayer a la noche se llama Vladimiro Olaya. No sabe nada.

—¿Estamos seguros, Quiroz?

—Le agarré los huevos con una pinza y apreté. Le digo que no vio nada. Se debe haber quedado dormido cuando pasó el hecho criminal.

El fiscal Camargo fulminó con la mirada al subcomisario. Tenía fama de bravo, de pesado, y sabía su reputación de jodido en su juventud en la Federal durante la represión, pero igual se preguntaba si realmente habría metido una pinza en los testículos de un testigo y apretado para hacerlo cantar. Podía creerlo, Quiroz podía estar sentado tranquilamente en su escritorio hablando con él y cinco minutos más tarde metiendo picana en el sótano de la comisaría. Era un tipo cambiante como un camaleón. Ése había sido su apodo durante los años setenta: “El Camaleón Quiroz”.

—Espero que el infeliz de mierda de ese testigo no presente una denuncia contra usted.

El policía dudó un instante su respuesta y luego dijo con sorna:

—¿Una denuncia? ¿Contra Mario “la Iguana” Quiroz? Usted vuelva a su fiscalía y tómeme la declaración que yo se lo ablandé.

No le habían dicho mal: Quiroz era un hijo de puta. Pero era también inteligente. Al menos lo suficiente como para obligar a todo el mundo a llamarlo “Iguana” en vez de “Camaleón” cuando había terminado la guerra sucia. Así olvidarían su pasado. Eso debía creer.

Se levantó de la silla, se acomodó el saco y el policía lo acompañó fuera de su oficina hasta la puerta de calle de la comisaría. Se estrecharon la mano.

—Doy por descontado que cuento con la buena voluntad de usted y su gente para resolver este asunto cuanto antes. Las elecciones son en un mes y...

—La División Homicidios de la Federal está al servicio de su investigación, señor fiscal —se despidió Quiroz, y sin esperar respuesta se dio media vuelta de regreso a su oficina.

En la recepción una mujer pequeña de tez morena y larga cabellera caoba suplicaba con insistencia monocorde y gestos ampulosos de las manos a un oficial con expresión de fastidio mientras sostenía una fotografía. Quiroz pasó al lado de la mujer y siguió hasta su despacho, donde estaba por entrar cuando sintió que había algo en la foto que la mujer le mostraba al policía que tenía que verificar. Desanduvo sus pasos hasta el escritorio de recepción.

—¿Qué le anda pasando, doña? —interrogó a la morena. El oficial de recepción no pudo ocultar el alivio en su rostro.

—Le explicaba al señor que estoy preocupada porque mi novio desapareció ayer a la noche.

—Y yo le explicaba, subcomisario, que no podemos tomar una denuncia de desaparición sólo porque una persona se ausentó durante unas horas de su hogar.

—A ver, déjeme ver esa foto —dijo Quiroz extendiendo la palma para tomarla de manos de la mujer.

En la imagen se la veía a ella misma abrazando por la cintura a un tipo más alto que ella, con el pelo largo mucho más allá de los hombros, una musculosa de jean deshilachada y una palabra tatuada en la parte superior de su brazo derecho de la que sólo podían verse las letras *Kma*. Los dos estaban apoyados contra una motocicleta blanca y roja con un sticker del escudo de River Plate impreso encima de la luz delantera, en medio de un parque en un día luminoso. Los dos enamorados sonreían felices y despreocupados.

—Señorita, le tengo dos noticias —dijo seco Quiroz—, la buena es que sé dónde está su novio. La mala es que está en la morgue.

4

Gladys Ponce reconoció en los restos que se habían logrado recuperar de la fosa de los leones a Daniel “el Tecla” Basualdo, tecladista de la banda de cumbia Kmaleon en una fría sala de la morgue judicial.

Cabeza prácticamente intacta, torso con la caja torácica expuesta con ambos brazos (aunque el izquierdo había sido amputado a mordiscones a la altura del húmero) y la pierna derecha. Eso era todo lo que había con restos de piel, nervios y músculos. El resto lo completaba una colección de huesos sueltos con los tejidos desgarrados y sanguinolentos. El conjunto estaba dispuesto como si se tratara de un puzzle sobre la mesa metálica de Morgagni debajo de una sábana blanca que apenas servía para preservar algo del pudor que podía quedar del tétrico hallazgo.

La mujer rompió en llanto y Quiroz tuvo un impulso de abrazarla, pero lo desechó rápidamente.

—Fue mi culpa —dijo entre sollozos mientras el policía le indicaba el camino de salida de la morgue—, yo lo provoqué.

Quiroz buscó en el bolsillo de su saco la libretita negra que siempre llevaba para tomar anotaciones y mientras recorrían el pasillo lúgubre interrogó informalmente a la mujer:

—¿A qué se dedica, señorita Ponce?

—Yo vengo de la provincia de Salta, señor. Hace pocos meses que vivo en Buenos Aires.

—Está muy bien, pero responda lo que le pregunto por favor.

—Trabajo limpiando una casa en el barrio de Palermo —la mujer se sorbía los mocos y seguía llorando.

—¿Por qué dice que fue su culpa lo que le pasó a Daniel Basualdo?

—Ay, oficial, el grupo Kmaleon tocó ayer por la noche en el Metrópolis Bailable y yo los fui a ver como siempre que puedo. Cuando terminó el recital me encontré a solas con mi Daniel en el VIP del local. Estaba raro, como enojado, nada de lo que le dije le gustó. Hace ya unas semanas que estaba

nervioso.

—¿Sabe qué lo preocupaba?

—No, señor, yo sólo quería que pasáramos la noche juntos pero él me dijo que no lo jodiera y discutimos. Le dije que ya no me atendía como una reina y se enojó, me pegó un sopapo. Me fui muy mal a casa. Lo esperé todo el resto de la noche, él solía aparecer por ahí. Pensé que después de lo que me había hecho iba a estar. Pero no vino. Y hoy lo fui a buscar a su casa y no lo encontré. Ninguno de sus amigos sabía dónde estaba, me preocupé, tuve un mal presentimiento y fui a la comisaría. El resto ya lo vio.

Salieron del edificio.

—Me va a tener que acompañar a la comisaría de nuevo, necesito que declare formalmente lo que me acaba de contar.

5

Quiroz salió del auto al camino de tierra. Un pasacalles que atravesaba la cuadra a lo ancho llamaba a votar la fórmula Ruckauf-Solá. El policía pasó por debajo con indiferencia. Nunca había votado y nunca lo haría. La democracia era un sistema perverso, para débiles de alma.

El estudio de grabación de Cyan, el sello que editaba a Kmaleon, estaba ubicado en la única casa de dos pisos con cantero al frente, rejas y algunos detalles cuidados de la zona. El resto eran pequeñas propiedades humildes donde se hacinaban personas, muchas de ellas con ladrillo a la vista o de paredes pintadas con cal.

Tocó el timbre y esperó. Una señora de guardapolvo abrió la puerta, Quiroz se anunció y luego vio desaparecer a la mujer dentro de la propiedad nuevamente. Esperó un minuto hasta que un timbre eléctrico abrió la reja del frente. Subió por un pequeño sendero de lajas y la puerta de la casa volvió a abrirse; la sirvienta lo llevó por el interior hasta un pasillo y luego bajaron otra escalera hasta el garaje.

El espacio estaba dividido por una cabina de vidrio rodeada de paredes de cemento y del otro lado siete músicos amontonados tocando.

Terminó la canción y todos se relajaron, apoyaron los instrumentos en el piso y se abrieron varias latas de cerveza.

Un tipo con saco, pantalón de vestir y camisa blanca sin corbata salió de la

pecera de grabación. Llevaba el pelo tirado hacia atrás con gomina, lo que hacía parecer su cabello recién mojado.

—Alberto Montero, ¿en qué lo puedo ayudar, oficial Quiroz? ¿Es por el Tecla? Ya declaramos ante el fiscal.

—Mejor pasemos a su oficina si no le molesta.

El tipo, que dejaba ver el pecho peludo acordonado por una cadena de oro con una enorme cruz a través de los botones abiertos de su camisa, indicó el camino dentro de la pecera.

El espacio era más grande de lo que aparentaba y tenía más allá de la consola de grabación una mesa que hacía de escritorio con dos sillas. A un costado, contra una pared empapelada con pósters de bandas de cumbia, un chico desgarbado copiaba CD desde una computadora. Una caja de cartón a su lado contenía ya varias copias piratas apiladas y una fotocopidora a su derecha no dejaba de escupir copias en color de carátulas, con el logo de su sello editor borrado burdamente, del disco *Imparables* de la banda La Nueva Crema.

—No pares, Jonathan, voy a estar conversando con el señor, pero vos mientras seguí copiando y empaquetando que tenemos que distribuir la mercancía.

Los dos hombres se midieron un instante en silencio.

—Disculpe, tengo que seguir atendiendo el negocio. Ahora sí, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Como adivinaste, vine por el Tecla.

Montero cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Una cosa terrible. Acá justo están los demás miembros de la banda, quiero presentarle a Braian Ayala, que es el líder. —Tomó un micrófono de su escritorio y llamó—: Monito, vení que hay un policía que quiere hablar con vos. —El muchacho dejó la lata de cerveza que estaba bebiendo apoyada en el piso y se metió en el estudio.

—¿Vos sos el líder de Kmaleon?

—Sí, señor.

—¿Sabés lo que le pasó a Daniel Basualdo?

—Sí, señor, me lo contó el Alberto acá presente. Ya fuimos a hablar con el fiscal y le contamos todo lo que pasó la noche del domingo.

El muchacho no debía tener más de veintisiete años y llevaba el pelo largo y enrulado hasta la cintura, una medalla de la virgen colgaba de su pecho y

vestía unos bluejeans gastados con una musculosa del mismo material, igual a la que le había visto a la víctima en la foto de Gladys Ponce. De hecho, también llevaba tatuado en el brazo Kmaleon. Podrían haber sido hermanos, pero sólo habían sido diseñados como un producto integral por Montero. El resto de la banda vestía y lucía igual.

—La novia de Basualdo dice que lo vio nervioso el domingo por la noche después del concierto que dieron con la banda.

—Andaba medio cruzado el Tecla. No andaba ya casi nada con los pibes y faltaba a los ensayos.

—¿Alguna idea de por qué estaba angustiado?

—No, señor.

—¿Qué hicieron luego del recital?

—Hicimos una fiesta con la banda y algunas fanáticas en uno de los VIP de Metrópolis —explicó el mánager.

—¿Y Basualdo estuvo ahí?

—No, el Tecla se fue con la Gladys y después ya nadie más lo vio. Le dijimos de ir a la fiesta pero no quiso saber nada —respondió Braian.

Quiroz olía mentiras en el aire. Y ese Montero no era trigo limpio.

—Muy bien, les agradezco por su tiempo.

—No ha sido nada, oficial. Por cierto, ¿ya sabe a quién va a votar? —dijo Montero poniéndose de pie a la par que Quiroz.

—No.

—Déjeme que le dé una boleta por si vota en Ciudad, mi hermano va de diputado por el partido peronista.

Quiroz tomó la boleta con fastidio y la guardó en el bolsillo de su pantalón.

6

—Sé que estuvo haciendo averiguaciones por su cuenta en el caso del pibito este, el de la cumbia, Quiroz.

—Sólo algunas preguntas a los testigos.

—No me gusta que pasen cosas por fuera de lo que esta fiscalía ordena.

—¿Pero qué le pasa, doctor? ¿Por qué tantos nervios?

—A mí no me va a joder, Quiroz. Límitese a hacer lo que se le ordena —dijo el fiscal Camargo y colgó el teléfono.

Tres golpes en la puerta lo despabilaron. Era Almirón; siempre llamaba del mismo modo.

—Pasá, carajo.

—Disculpe subcomisario, pero creo que debería ver lo que están pasando en la tele ahora mismo —dijo el subalterno, y ante el asentimiento de cabeza de su jefe prendió la vieja TV de tubos catódicos ya gastados que figuraban unas imágenes de colores diluidos con ciertas tonalidades violáceas.

Pasó rápido los canales hasta clavarse en CrónicaTV que anunciaba con letras catástrofe: “EMPRESARIO DE LA CUMBIA ACRIBILLADO A BALAZOS”.

Quiroz se movió incómodo en su silla y largó un suspiro fastidiado. En pantalla apareció Anselmo Ramírez, el comisario de la 42; habían sido compañeros de promoción pero hacía tiempo que no tenían diálogo.

“Luego de recibir denuncia en sede policial de un vecino por ruidos de disparos procedimos a presentarnos en el domicilio de la víctima donde comprobamos que la puerta de entrada del domicilio había sido forzada con violencia; ingresamos a la residencia y encontramos en el piso del living a un masculino sin vida con lo que a primer análisis contabilizan diez orificios de bala de calibre largo. La víctima ya ha sido identificada como Romeo Portillo. Según declaraciones de testigos y allegados, Portillo se dedicaba a gerenciar bandas de la movida tropical o cumbia”, entonó con cadencia policial Ramírez ante un micrófono mientras en pantalla se sucedían imágenes del cuerpo ensangrentado de la víctima y luego otras del momento de su transporte en una bolsa hacia la ambulancia.

—Apagá esa mierda, ¿querés?

—Otro asesinato en el ambiente de la cumbia.

—Da igual, el fiscal no quiere que movamos el culo sin su supervisión. Vaya Almirón, vaya.

El cabo primero asintió y salió de la oficina.

Esos negros se mataban por nada porque eran eso, negros. De todos modos, dos homicidios en el mundo de la cumbia en una semana era sospechoso.

Se levantó de la silla, tomó su sobretodo y salió a la tarde encapotada.

Caminó sin apuro por la avenida Santa Fe en dirección al Puente Pacífico y entró en la pizzería Kentucky de Godoy Cruz. El local roñoso y sombrío con olor a grasa quemada albergaba a unos pocos clientes que pasaban por una porción de muzzarella rápida antes de tomar el tren con rumbo a la provincia

de Buenos Aires. Eran las seis y media de la tarde y allí estaba en un rincón del fondo Héctor “Barriga” Argarañaz, acodado contra la mesa que le reservaban especialmente desde hacía décadas y donde llevaba a cabo sus negocios sucios al ritmo de las porciones de fugazzetta que pasaban sin descanso ante sus ojos. Quiroz se preguntaba cómo un hombre podía comer tanta masa con queso y cebolla sin que el corazón le explotara, porque desde las cinco de la tarde y hasta bien entrada la madrugada, fuera la hora que fuera que alguien pasara por allí lo vería a Argarañaz engullendo sin descanso esas bombas aceitosas. De cualquier modo, las manchas negras que tenía en su cuello anticipaban fallas en su páncreas: el policía sabía que la diabetes o el infarto no estaban lejos para esa gran bola de sebo.

—Barriga —se acercó el policía al tipo, que se empujó un pedazo de porción adentro de la boca, se secó el aceite de la mano con una servilleta de papel y se la extendió en bienvenida.

—¿En qué lo puedo ayudar, oficial?

El hombre le señaló una silla delante de él. Su panza desbordada chocaba contra el borde de la mesa por lo que entre su presencia y sus visitas siempre había una mayor distancia que la natural. Quiroz agradecía: aun con esa distancia el aliento a cebolla del Barriga era capaz de tumbar a un caballo.

Una nueva porción de queso y cebolla pareció caer del cielo frente a Argarañaz.

—El domingo hubo una fiesta en el VIP de Metrópolis Bailable.

—¿El domingo?

—Ahorrámela y no te hagás el que no sabés de qué hablo.

El Barriga sonrió.

—Usted sabe que yo quisiera colaborar con la altísima institución que representa, pero últimamente estuve escuchando muchas quejas de mis chicas. Me dicen que les roban por el barrio y las acosan. El otro día a una pibita nueva que tengo, carne de la mejor, Loli se llama, veinte años pero parece de dieciocho, un degenerado le dio duro y se fue sin pagar. De paso la cagó a palos. En su comisaría se nos mataron de la risa.

—¿Querés que persiga a un tipo que se cogió a una de tus putas y no pagó?

—Además le pegó —dijo el Barriga pasándose el borde de la mano por los labios brillantes de aceite.

Quiroz reflexionó un segundo.

—Voy a ver qué podemos hacer —refunfuñó—, pero me vas a tener que

ayudar.

—Con placer, me encanta colaborar con mis amigos —dijo el Barriga y le hizo una seña al tipo de la caja para que le mandaran otra porción.

—Las pelotudeces guardátelas.

—Sólo escuché lo que se dice en el barrio. A la fiesta llevaron travestis.

—¿Ninguno tuyo?

La cara del Barriga se transformó en una mueca retorcida y colorada.

—Oficial, creí que ya sabía que yo no trabajo con invertidos. Vaya a hablar con esos turros que me roban clientela.

Quiroz se levantó de la mesa y comenzó a caminar hacia la salida.

—Oiga, oficial, ¿y qué hacemos con mi problema?

—Pasá mañana por la comisaría y vemos.

Salió de la pizzería mientras el Barriga se metía el último bocado de la porción de fugazzeta que había quedado sobre su plato en la boca.

7

Quiroz subió por Godoy Cruz, donde ya se avistaban algunos travestis en sus informales paradas contra los paredones del ferrocarril San Martín.

Se acercó a un grupo de dos, uno petiso, mofletudo y moreno con una peluca platinada y el otro un poco más alto, también moreno pero escuálido. Ambos llevaban escotes pronunciados que resaltaban sus implantes de tetas baratos, medias de red que apretaban las carnes del gordito petiso como si se tratara de un matambre.

—Estamos en horario en el que los pibes vuelven del colegio —encaró con severidad—, ¿podrían al menos tapar su deplorable espectáculo hasta que caiga la noche?

La travesti alta lo interrogó con asco:

—Ay, ¿y vos quién sos para decirnos cómo tenemos que vestirnos? Volá de acá, pajero.

La petisa le metió un codazo.

—Candy, pelotuda, éste es yuta.

—¿Es verdad lo que dice mi amiga Yoselin? ¿Sos de la gorra? No nos vengas a joder que ya pagamos la protección esta semana.

—Tranquilos, primores, vengo por un asunto estrictamente oficial.

—Siempre dicen lo mismo y tenemos que terminar dándoles un servicio atrás de un árbol para que nos dejen laburar tranquilas —siguió Candy, fastidiada.

—No te preocupes que antes de dejar que me metas la verga en el culo te la arranco y te la hago tragar.

Quiroz se apoyó contra el paredón del ferrocarril con tranquilidad, buscó en el sobretodo un cigarrillo y lo encendió.

—¿Si no vino a garchar para qué vino?

Un automóvil negro con vidrios polarizados que venía a paso lento aceleró cuando pasó frente al trío que conversaba.

—¡Nos está arruinando el negocio! —exclamó con un grito en falsete Candy—. ¡Ese siempre nos levanta!

—Más motivos para que me ayuden. Cantan, me voy y siguen trabajando. ¿Qué les parece el trato?

Candy suspiró, agotada.

—Cansada de los abusos de los suyos. CAN-SA-DA.

Quiroz se inclinó hacia Yoselin:

—¿Con vos va a ser más fácil?

La travesti petisa y regordeta asintió con pesadumbre.

—¿Qué quiere de nosotras?

—Fiesta privada el domingo pasado en el baile de Metrópolis. ¿Quién estuvo?

Yoselin palideció y sintió que la garganta se le cerraba.

—¿Por qué tanto interés en eso, oficial? —preguntó Candy.

—Y a vos qué carajo te importa por qué me interesa. ¿Estuvieron o no?

—Nosotras no —dijo por fin Yoselin—, pero conocemos a una que estuvo. Anda guardada desde el lunes.

Quiroz exhaló humo de cigarrillo frente a la cara de la travesti petisa.

—Ahora nos estamos entendiendo. ¿Saben cómo se hace llamar y dónde para la testigo?

—Giselle —dijo Candy por fin.

—Dicen que está en la casa del Viejo.

—¿Vieron? Colaborando todo era más fácil.

La casa del Viejo era un aguantadero que quedaba a dos cuadras. Se trataba de un edificio a medio terminar sin vidrios en las ventanas que daban a la calle. Quiroz vio una mortecina luz escapándose desde el primer piso. Pasó

por la puerta de chapa magullada abierta, subió las escaleras esquivando a un drogadicto acostado en la mitad de la subida y abrió la puerta de donde salía la luz con una patada.

En un colchón raquítico y roñoso descansaba una travesti con el maquillaje corrido, una peluca a su lado en el piso, olor a alcohol barato y mugre de varios días.

—¿Quién es? —murmuró apenas entreabriendo los ojos.

—Papá Noel. ¡Feliz Navidad! —respondió Quiroz y se acercó hasta la travesti que se sentó con dificultad sobre el colchón.

—Lo que quieras, pero no grites, mi amor.

—Esto va a ser corto —dijo el policía corriéndose el sobretodo para dejar a la vista la Beretta 92 de 9 mm en su cintura—, ¿qué pasó en la última fiesta de Daniel “el Tecla” Basualdo, músico de la banda Kmaleon?

La travesti echó una mirada furtiva a la ventana sin vidrios a su derecha y probó un pique hasta allí. Quiroz se le abalanzó y la tacleó cuando ya estaba por saltar del primer piso. La tomó de las axilas y pasando su cuerpo al vacío le dijo:

—Te suelto y te hago caer de cabeza. Te partís el cráneo. No creo que quieras morir hoy.

—Yo no fui —lloró Giselle.

—¿Entonces qué pasó?

—Me contrataron a mí y a otras chicas —se sorbía los mocos—, nos dijeron que era una fiesta con toda la banda en el VIP. Y así fue hasta las tres de la mañana. Entonces me agarraron y me llevaron a otro reservado, solos con el representante, el cantante y el Tecla. Estuve con los tres, y cuando terminamos empezaron a discutir.

—¿De qué discutieron?

—¡No sé!

—¡Hacé memoria, carajo! —dijo Quiroz y sacudió al travesti en el vacío.

—Algo de que él iba a dejar la banda, pasarse a otro sello, que estaba cansado de la truchada. Esa palabra usó.

—¿Entonces?

—Se puso espeso el clima, me dijeron que me fuera. Volví a mi casa y me enteré al día siguiente de lo que le pasó por el noticiero. Me agarró mucho miedo y desde entonces me guardo acá.

Quiroz empujó a la travesti dentro de la habitación nuevamente y salió de

ese antro.

8

Las paredes de la sala de grabación ya no temblaban con las vibraciones del sonido y sólo quedaban algunos instrumentos apoyados en el piso. Era cerca de medianoche y Quiroz entró prepotente.

—Montero, sé que estás acá, salí de una puta vez —gritó empuñando la 9 mm y metiéndose entero en esa sala cerrada y claustrofóbica.

El mánager asomó detrás del vidrio de la pecera, vio al policía y sonrió. Abrió la puerta de la sala e hizo pasar a Quiroz. Contra la pared, al lado de la PC encendida que seguía quemando discos piratas, el cantante y líder de Kmaleon, Braian “Monito” Ayala, fumaba un cigarrillo de marihuana con total tranquilidad como si no hubiera un policía con un fierro apuntándoles.

—Oficial, ya sabe que aquí lo recibimos sin problema, no hace falta el escándalo.

—Callate la boca, pedazo de infeliz —ordenó Quiroz mientras sin dejar de apuntar con la pistola buscaba su teléfono Nokia 6120i enganchado al cinturón —, los dos de rodillas, manos atrás de la cabeza, donde los pueda ver.

—¿Qué le pasa a este gil? —dijo el Monito como si recién se despertara de una siesta.

—Es un juego. Vení, vamos a hacerle caso al oficial y vas a ver cómo nos vamos a reír en un rato.

—Cállense la boca o los quemo —dijo Quiroz mientras marcaba sin dejar de apuntar al músico y al representante con su arma de servicio. Por fin atendieron—. Fiscal Camargo, disculpe la hora en la que lo molesto pero tengo resuelto el caso del Tecla Basualdo. Lo espero para hacer el arresto con los dos sospechosos. Apúrese —le pasó la dirección y cortó. Se sentó en la silla del escritorio de Montero.

—¿Entonces? ¿Ahora qué?

—Ahora esperamos al fiscal.

—Esto se pone divertido —dijo Montero.

Los siguientes veinte minutos se le hicieron interminables a Quiroz, que sin embargo se mantuvo estoico apuntando a sus sospechosos y chistándolos cuando intercambiaban alguna palabra. Por fin el fiscal Ernesto Camargo entró

en el estudio de grabación. Llevaba una expresión seria y cansada, parecía haber envejecido diez años en una semana, que era la última vez en que el policía lo había visto.

—Acá estoy, ¿me quiere decir por qué mierda me levantó de la cama? ¿Y qué hace con estos sospechosos?

—Ernesto Camargo, ¿cómo estás, querido? —lo saludó Montero todavía de rodillas.

—Callate, Alberto, no es el momento.

—Lo llamé, señor fiscal, porque aquí tengo a los asesinos de Daniel “el Tecla” Basualdo, los que lo tiraron a la jaula de los leones. Y estoy seguro de que también están involucrados en el asesinato de Romeo Portillo, otro empresario de la noche tropical.

—¿Qué estupideces está diciendo, Quiroz? Alberto Montero es un viejo conocido mío, muy respetable, y no voy a permitir...

—El domingo a la madrugada, luego del recital de Kmaleon, la banda tuvo una fiesta en el VIP de Metrópolis Bailable —empezó a contar Quiroz sin importarle lo que había dicho el fiscal—, el Tecla Basualdo no fue directo, antes estuvo con su novia, Gladys Ponce. Fue un encuentro tenso, discutieron, se pelearon. Basualdo, según Ponce, estaba muy nervioso desde hacía semanas. Y esa noche estalló el conflicto. Luego de que su novia se fuera, el Tecla se unió a la fiesta en el VIP con el resto de la banda hasta cerca de las tres de la mañana. Entonces Montero, Ayala, Basualdo y una travesti que responde al nombre de Giselle se fueron a otro reservado más privado. Allí siguió la fiesta entre los cuatro pero estos dos ya sabían que tenían que deshacerse de Basualdo. ¿Por qué? Porque el Tecla estaba cansado de Kmaleon y de su representante. Montero se dedica a traficar material falsificado de otras bandas de la movida tropical. Montó una serie de sellos discográficos truchos para comercializar a través de kioscos de diarios y revistas las copias piratas. Esto en algún momento le causó a Basualdo un problema de algún tipo y decidió salir del esquema.

—El Tecla era un pelotudo —interrumpió Montero—, fue parte del negocio pero era un blando. Tenía demasiados valores. Decía que estábamos jodiendo a otras bandas cagándoles guita y que un amigo suyo, el cantante de Trinidad, se había quedado sin laburo por culpa de nuestro negocio. Todo por copiar y distribuir unos cuantos miles de discos truchos.

—Entonces lo mataron.

—El muy imbécil había estado negociando un pase a una banda llevada por Portillo. No crean que él era trigo limpio, pero al menos sus negocios turbios no afectaban a la “familia de la cumbia”, como decía el tarado del Tecla.

—En algún momento de la noche volvieron a discutir y echaron al travesti. Basualdo debía estar muy borracho para ese entonces. Le propusieron dar un paseo, para refrescarse, tomar aire. Sabían que el guardia del Zoológico siempre se quedaba dormido. Quizás hasta iban cotidianamente a pasear por el Zoo a la noche después de los recitales, una atracción irresistible. El Tecla, totalmente alcoholizado, no pudo ofrecer mucha resistencia. Lo tiraron en la jaula de los leones y el resto es historia conocida. ¿Me equivoco?

—Palabras más palabras menos, así fue como sucedió. Sólo que lo del guardia dormido fue una sorpresa. Nos decidimos por esa vía de limpiarlo porque de camino a los bosques de Palermo, donde le íbamos a meter un plomo en la sien, vimos que el guardia estaba dormido. Idea del Monito — dijo Montero y le acarició la nuca.

El otro apenas respondió con una mueca drogada de satisfacción. El fiscal Camargo se rascó el entrecejo con el dedo índice.

—Muy lindo el cuentito, Quiroz, ahora váyase a su casa y no me rompa más las pelotas.

—¿Cómo?

—Ya escuchó. Váyase de una buena vez.

—Pero ¿no va a ordenar el arresto?

El fiscal se acercó altanero a Quiroz.

—Escuchame, pedazo de pelotudo, ¿qué te dije? Que no quería que me pasaras por encima. Pero fuiste e hiciste la tuya. Ahora vas a escucharme sí o sí. Acá, este tipo que tenés de rodillas es el hermano de un pesado del gremio de los clubes nocturnos y futuro diputado de la Nación. ¿Realmente querés arriesgar tu vidita por un negro?, ¿por un perejil que se comieron los leones? No seas pelotudo, Camaleón. Cambiá de piel una vez más como tan bien sabés hacer y andate a tu casa a dormir con tu mujer.

Quiroz seguía apuntando a los sospechosos. Montero sonrió y lentamente comenzó a ponerse de pie.

—Ya escuchaste al fiscal, Monito, vamos que todo esto se terminó.

El policía bajó lentamente la 9 mm y la guardó en el estuche. Se sentía indignado y atontado. Camargo lo palmeó en la espalda.

—A casa.

Quiroz empezó a volver sobre sus pasos. Se sentía como un boxeador al que acaban de dar una fenomenal paliza.

—Ya ve, oficial —dijo Montero a sus espaldas—, matar a un tipo en este país y salir limpio es pan comido. Pan comido por los leones.

Luego escuchó unas carcajadas pero ya nada más le importaba esa noche.

Almagro
Has dicho mi nombre
Enzo Maqueira

La promotora se metió en la iglesia porque era el único lugar donde podía esconderse, porque pensó que el cura la iba ayudar, que ahí adentro iba a estar a salvo. Lo que nunca se imaginó fue que iba a haber misa. La iglesia del colegio Casa de Jesús. Sábado. Siete y media de la tarde. Afuera es otoño, hace frío, casi nadie en la calle. Por un momento se acuerda de cuando era chica y venía a esta misma iglesia. Es un recuerdo que dura un segundo, nada más, porque en realidad no le importa, ya nada significa demasiado para ella. Lo único que pide es que el cura termine de hablar pronto, que los narcos no entren en la iglesia para matarla, aguantar el bajón sin que le agarre un infarto. Lo pide mirando al Jesús del altar a los ojos y aprieta los puños en los bolsillos de la campera, refriega los últimos billetes que le quedaron, tiene las manos transpiradas. *Los caminos que conducen a Cristo son estrechos, pero son estrechos justamente porque conducen a Cristo*, dice el cura y hace una pausa, las manos abiertas, se toma su tiempo. Ella odia que el cura se tome su tiempo, pero no puede hacer nada, tiene que pasar desapercibida, no quiere levantar la cabeza, no tiene fuerzas para levantar la cabeza, y el cura dice que la salvación, los hijos de Dios, sus corderos... Ella no necesita ningún sermón. Lo que necesita es otra bolsa de cocaína, y si no tiene cocaína por lo menos que el cura le diga algo para tranquilizarla, que le saque de la cabeza la idea de que va a morir, que los narcos están afuera, escondidos entre las palmeras. El patio de la iglesia de la Casa de Jesús siempre le había gustado, desde que entró al colegio y mamá la llevaba caminando porque estaban a dos cuadras. Ella miraba ese patio y se imaginaba que así era el Paraíso, con esas palmeras, las plantas como una selva, los pajaritos picoteando lombrices. En cambio ahora tiene más claro que nunca que los paraísos no existen, que esos negros pueden estar en algún lugar del patio, apuntando a la puerta de la iglesia con un arma, esperando que ella no aguante más. *En cambio* —dice el cura y la voz retumba en las paredes y el techo altísimo de la iglesia—, *en cambio los caminos del diablo son amplios, llenos de lucecitas de colores...*

Pero —abre los brazos, las palmas hacia arriba— *son los caminos del diablo.*

Ahora empieza a darse cuenta de todos los errores que cometió, uno atrás de otro, cómo se fue enterrando cada vez más. El primer error fue no haber pagado la deuda que tenía con el dealer. Le debía demasiada plata, ya no lo podía llamar. Intentó con un par de conocidos pero ninguno estaba en la ciudad. Fin de semana largo. Ella era la única que se había quedado. Iba a tener que encontrar a algún dealer por el barrio. Preguntarle a alguno de los negros del barrio. Peruanos, bolivianos, villeros que pasan levantando cartones. Parecía fácil, pero acá está, soportando la misa, un sudor frío en la espalda, rodeada de señoras, chicas de la edad de ella; en la fila de atrás hay un tipo de bigotes, dos viejas, una está medio dormida. Cualquiera de esos chupacirios podría trabajar para los narcos. Los narcos son capaces de usar a cualquiera. Ella lo sabe muy bien. Lo sabe mejor que nadie. Se agarra la cabeza, aprieta los ojos con fuerza, tiene que aguantar, como sea, pero tiene que aguantar.

*

Empezó con marihuana, después LSD, tuvo una época de éxtasis. De ahí a la cocaína hubo un solo paso. ¿Ése fue su primer error, cuando empezó a tomar cocaína? Porque en algún momento ya no quería juntarse con nadie que no tomara, y si no había merca no iba a ningún lado; después fue al revés, no quería salir nunca, se pasó una semana encerrada en el departamento, aspirando una raya atrás de otra hasta que ya no tuvo más cocaína ni tampoco más plata, y cuando quiso volver a trabajar no la llamaban de ninguna agencia porque los había dejado plantados demasiadas veces. Papá y mamá estaban lejos, no le quedaban amigas, ningún amigo que le prestara plata sin que tuviera que pagarle con sexo. Ya iba a encontrar un trabajo nuevo, pero ahora necesitaba plata para comprar más cocaína. Buscó por los rincones del departamento hasta que encontró dos billetes de cien pesos en el fondo de un cajón. Le alcanzaba para comprar una bolsa más. Era poco, pero era mejor que nada. Enseguida llamó al dealer, aunque sabía que no le iba a atender el teléfono; la última vez le había dicho que si no le pagaba la deuda le iba a pasar con el auto por encima. Así que la promotora se vistió lo menos llamativa posible y salió a buscar cocaína por el barrio. Empezó en la verdulería, haciéndose la tonta: que ella nunca había estado en Perú pero

quería conocer el Machu Picchu, en Perú mastican hojas de coca, ¿no?, los incas masticaban la coca. La verdulera acomodaba los tomates, agachada, no giraba la cabeza para mirarla. ¿Qué comen allá?, preguntó la promotora, como para cambiar de tema; en Perú, ¿hay buena carne?, pero la verdulera le dijo que no sabía qué comen en Perú porque *nosotros somos de Bolivia, señorita*, contestó, y entonces sí la miró a los ojos y la promotora pidió disculpas, salió avergonzada, estaba a punto de volver al departamento a aguantarse el bajón como fuera pero no, segundo error, siguió buscando. Y el cura que por fin termina el sermón, una chica canta una canción con la guitarra, el cura en cámara lenta, ella, que ya no puede soportar más, mira hacia arriba: bebés con alas, un viejo de barba que apunta con el dedo, las luces de la avenida a través de los vitrales; y ella que está temblando otra vez, la canción de una rubia con voz de travesti en los tímpanos, la cúpula de la Casa de Jesús que se le viene encima.

*

Lo había pensado mejor: no podía estar dando vueltas por el barrio hablando con negros hasta que encontrara un dealer. Era demasiado peligroso. Mejor recorrer la zona de los bares de Guardia Vieja. La parte cool de Almagro. Ella había ido varias veces. Siempre estaban llenos de músicos, escritores, gente de teatro. Nunca faltaba algún nene de mamá vendiendo drogas. Quizás se encontraba con algún conocido, alguno de los chicos que había dejado de ver en la última época. Podía funcionar, pero cuando estaba llegando se dio cuenta de que era demasiado temprano y los bares ni siquiera habían abierto. Hacía ese frío húmedo del otoño en Buenos Aires, la vereda alfombrada de hojas secas, los edificios y las palomas sobre los cables que cruzaban el cielo. Ella parecía la última persona en el universo. Miraba las ventanas de los departamentos y se imaginaba a las parejas acurrucadas, metidas debajo de veinte frazadas, tocándose los pies. Ella no. Ella estaba sola. Pero hasta en eso se había equivocado. No era la única en la calle; en la otra esquina estaba la vieja que siempre anda pidiendo monedas, Monedita, la promotora le había puesto ese apodo aunque nunca le había hablado. Siempre que Monedita se acercaba para pedirle ella caminaba más rápido porque tenía miedo de que la vieja le robara. Hizo lo mismo esta vez: cruzó la calle para que Monedita no se acercara. Justo en ese momento tres peruanos salían de

una casa antigua.

Y ahora el cura sonríe, las viejas de adelante aflojan la cabeza, la madera de los bancos cruje.  Cu nto tiempo falta para que la misa termine? Ya no puede más, el baj n le hace sentir que cae en círculos y no hay forma de detenerse. Debió darse por vencida cuando esos negros la miraron de arriba abajo después de que ella les preguntara. *La señorita cree que tenemos droga,  verdad?, porque somos peruanos,  ah?* Ella negó con la cabeza, también con una mano, con el dedo apuntando para arriba: no, de ninguna manera, y jur  que les había preguntado porque le pareció que podían saber. * Por qué te ha parecido eso?*, contest  el negro, *la próxima vez danos un beso*, y se acercó para tocarle el culo pero ella corrió, una cuadra, dos, hasta que no pudo más y se quedó con las manos en la cintura, agachada, recuperando el aire en Corrientes y Medrano. El tránsito era un caos. Una camioneta había chocado con un taxi, la policía había cortado la mitad de la avenida. La promotora cruzó Corrientes esquivando los colectivos, las bocinas de los autos, las motos que se metían por cualquier parte. Demasiada gente. Era muy temprano para conseguir droga. Estaba por resignarse a que iba a pasarse el resto del sábado hundida en el baj n de la cocaína cuando sintió que le tiraban del brazo. Era Monedita. Tenía la respiración agitada, la miraba desde abajo con los ojos achinados. Fue un acto reflejo: se fijó en el bolsillo a ver si todavía tenía los dos billetes de cien pesos. *Tranquila, mami* —dijo Monedita—. * Qu  andás buscando?  Caquita de paloma?* Pero ella no entendía nada. *Caquita de paloma* —repitió Monedita y se golpeó el costado de la nariz con un dedo—, * quier s más caquita o no querés más caquita?*

*

No sospech  de Monedita. Empezaba a desesperarse y no podía darse ese lujo. Dej  que Monedita la llevara hasta cerca de las vías del tren, donde est n los puentes, las casas tomadas, el sur del barrio. En uno de los pasadizos que est n pegados al barranco de las vías Monedita golpeó un par de puertas pero no contest  nadie; en la última puerta habl  con una señora que le indicó otro lugar. *Es acá nomás,  te vas a aguantar?*, dijo Monedita, mirándola de reojo, pero ella ya empezaba a sentir que las piernas se le aflojaban, que todo daba vueltas, que las vueltas nunca iban a parar. No sabe cómo, pero pudo caminar hasta Rivadavia. Monedita tocó el timbre en un edificio antiguo que

tenía la puerta pintada con grafitis. No esperó a que alguien atendiera. Otro error de la promotora: no salir corriendo en ese momento, ir al hospital, que le pusieran una inyección que terminara con todo. En lugar de eso siguió a Monedita por un pasillo oscuro, subieron por unas escaleras. Algunas puertas se iban abriendo: peruanos, bolivianos, villeros, la miraban y después cerraban la puerta de un portazo, el olor a frito en la cara. Monedita subía quejándose del dolor en las rodillas, le dijo que faltaba poco, frenó a descansar un rato. Siguieron hasta el segundo piso. Un típico hijito de mamá, con barba crecida, treinta años como mucho, las esperaba al lado de una puerta abierta. Monedita pasó primero y se acercó a decirle algo al oído. La promotora lo saludó con una sonrisa. El nene de mamá tenía un Rolex en la muñeca izquierda. Cara de nene malo. No le pareció lindo, pero le dio ternura. Quinto error. O sexto. Ya no sabe cuántos fueron.

*

Oremos para que este sacrificio que es mío y de ustedes sea agradable a Dios Padre Todopoderoso, dice el cura con la hostia en alto y ella no sabe cómo acomodarse en el banco, dónde poner las manos, a cada rato se apoya una mano en el pecho para controlar el corazón. Por momentos le parece que no late, o que late demasiado rápido, que le aprietan el pecho con una mano caliente. No quiere morir en medio de esas viejas, de esos señores con cara de comisario, las chicas de su edad que nunca deben haber fumado un porro. Rezan, todos, y aunque ella se acordara de cómo era rezar no podría hacerlo.

—¿Así que andaba buscando cocaína? —había dicho el nene de mamá, inclinado hacia adelante para ponerse a la altura de la promotora, que se había sentado en la única silla, donde le dijo él, haciéndose el malo, en una sala sin muebles, dos puertas cerradas, mientras Monedita se había quedado de pie contra un rincón y se comía las uñas—. Bueno, linda —había dicho el nene, mirándola fijo a los ojos—. Te tengo una buena noticia.

¿Quién era ese pelotudo? Conocía a flacos así, pero éste era todavía más ridículo. Lo subestimó, en eso también cometió un error. La promotora le explicó que tenía poca plata, otro día iba a volver con más, pero ahora estaba desesperada —lo pensó y lo dijo en voz alta—, tan desesperada que era capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir un poco de cocaína. Lo decía en serio, temblando de miedo pero muy en serio, *cualquier cosa*, había dicho,

pero se arrepintió de inmediato porque el nene de mamá sonrió y dijo que sí con la cabeza, muy despacio, un rato largo, y después miró la hora en el Rolex y sacó el celular del bolsillo para hacer una llamada.

—Preparen todo —le dijo a una voz de hombre que atendió al otro lado de la línea—, ya encontré a alguien para hacer el trabajo.

Apenas cortó volvió a ponerse frente a la promotora, la miró a los ojos, se acercó hasta que ella pudo oler su aliento a alcohol. El nene malo le dijo que era su día de suerte; él le iba a regalar mucha droga, pero a cambio ella iba a tener que hacer algo. ¿Cuánta droga?, había preguntado la promotora. *Cuánta droga*, repite en voz baja y otra vez la guitarra, la rubia cantando otra canción que le rompe los oídos, una fila de chupacirios en el medio del pasillo, las viejas de adelante, las chicas de su edad, el tipo de atrás que pasa junto a la promotora, la mira, parece que se babea; igual se pone en la fila para tomar la comunión.

—Un ladrillo —había dicho el nene de mamá.

Un ladrillo. Un kilo de cocaína. El nene malo sacó una bolsita del bolsillo, levantó un poco de cocaína en una uña y se la ofreció a la promotora. Ella aspiró tan fuerte como pudo. Sintió como la cocaína le atravesaba la nariz, le dormía la boca, se esparcía por las venas. Ahora sí estaba lista para hacer lo que fuera necesario. Lo dijo dos veces, así el nene malo creía en ella, pero el nene malo ya ni siquiera la miraba. Otra vez había agarrado el celular, hacía otra llamada, dio la orden de que enviaran al *boludo ese* a la estación Medrano. Cuando cortó llamó otra vez y pidió dos hombres que acompañaran a la *señorita* hasta la estación Medrano. *Usted se queda acá*, le dijo a Monedita, volviendo a guardar el celular en el bolsillo. La promotora no terminaba de creer lo que estaba pasando. Un kilo de cocaína. Era todo lo que le importaba, ahora más que nunca. El nene le dijo que ya le iban a explicar lo que tenía que hacer cuando llegaran a la estación, *mis chicos*, dijo, *mis chicos* se encargan de todo. En quince minutos ella iba a encontrarse con un hombre que la estaba esperando en el segundo ventilador del andén, estación Medrano, dirección al centro. Eso era todo. Le prometió que cuando volviera a su departamento ya iba a estar el ladrillo esperándola. *Ya sabemos dónde vivís*, dijo el nene malo y la señaló con un dedo, un anillo plateado, grueso, unas iniciales que la promotora no alcanzó a leer. Se acercó otra vez a ella, más cerca que antes: *¿Hace falta que te explique lo que te va a pasar si no hacés lo que te pedimos?* La promotora lo miró fijo a los ojos: el nene malo

empezaba a darle miedo. Dos tipos que aparecieron de atrás de una de las puertas la fueron arrinconando contra la salida. Eran petisos, la mandíbula como una tenaza, el pelo duro. Negros. Recién en ese momento la promotora terminó de entender que el nene malo era narcotraficante. Empezó a temblar, un poco porque la cocaína llegaba al cerebro, otro poco por la emoción de saber que estaba tan cerca de conseguir más, también porque sentía que su vida estaba en peligro. Monedita la saludó con una mano. *Andá tranquila que ellos te cuidan*, dijo antes de que uno de los negros cerrara la puerta.

*

*Tú has venido a la orilla,
no has buscado ni a sabios ni a ricos.
Tan sólo quieres que yo te siga.
Señor, me has mirado a los ojos
Sonriendo, has dicho mi nombre
En la arena, he dejado mi barca,
Junto a ti, buscaré otro mar.*

El cura vuelve al altar caminando despacio, la cabeza gacha, una aureola rosada en la cabeza. A ella el corazón le está latiendo demasiado rápido, como si fuera a reventar, morirse en el medio de la iglesia, eso sí que no quiere, morirse entre esas viejas. Cierra los puños para darse fuerza. Parece que la misa termina, ya está, hablar con el cura, *una palabra tuya bastará para sanarme*, como en la oración que ella rezaba cuando era chica, pero no, todavía falta, el cura dice que se olvidaron de las donaciones, se ríe, con la edad uno se olvida de las cosas, dice el cura, las donaciones, señala a dos señoras que están a un costado, con una bolsa negra de terciopelo, y que ahora caminan entre los bancos. El cura alza los brazos para explicar para qué se usa el dinero recaudado: obras, hermanos carenciados del norte del país, el programa para los chicos con adicción al paco. Las viejas de adelante se acercan a la bolsa de terciopelo y sueltan los billetes con los dedos como una garra; un señor de traje, nenes, otro señor más; cuando las señoras se acercan a la promotora ella mira para abajo, una gota de transpiración sobre el mármol del piso.

¿Y si la mataban después de que ella cumpliera con su parte del trato? Iba

caminando por Medrano, los dos negros atrás de ella. Faltaban dos cuadras para la estación de subte. No podía confiar en narcotraficantes. Pensó en escaparse doblando por Perón, pero los negros la seguían demasiado cerca. Era peligroso intentar algo. Además quizás no la engañaban, un kilo de cocaína, un ladrillo blanco, y la entrada a la estación de subte que estaba cada vez más cerca.

Cuando bajó las escaleras uno de los negros la agarró del brazo para que se detuviera. *¿Ve a ese hombre allí?* —le dijo uno de ellos—, *¿lo ve?, a ese hombre lo tienes que empujar a las vías.* El hombre estaba de espaldas, debajo del segundo ventilador, parado muy cerca del andén. Otro tipo, al lado de él, parecía haberlo llevado hasta ese lugar. *Yo no voy a empujar a nadie,* se escuchó decir la promotora, con una voz que apenas le salía. *Tú esperas que venga el tren y lo empujas justo para que le pase por encima,* dijo el negro. Ella repitió que no, de ninguna manera, sin embargo no podía sacarse de encima la imagen del ladrillo de cocaína y sus manos aceptaron la tarjeta que le dio el otro negro, la pasaron por el lector de los molinetes, de alguna manera estaba caminando, sin que ella fuera capaz de oponerse, y entraba en el andén. Los dos negros se quedaron del otro lado, vigilándola mientras hacían como que conversaban entre ellos. No tenía opción. Ya no podía escapar. Iban a darle la suficiente cocaína como para tomar un año entero. La promotora se fue acercando despacio. El hombre al que tenía que empujar estaba de espaldas, parado muy cerca de las vías; el otro la miraba a cada rato, nervioso, tratando de disimular, como si esperara el momento para salir corriendo. La promotora temblaba cuando las luces del subte aparecieron, como un espejismo, al final del túnel. El hombre seguía de espaldas, quieto, no parecía darse cuenta de los nervios del otro. Era demasiado fácil. No podía fallar. ¿Y si fallaba y el nene malo la mandaba a matar? También la podían matar aunque ella hiciera lo que le habían pedido. Esos tipos eran capaces de cualquier cosa. Pensó demasiado, ése fue otro error, y el subte que salió por la boca del túnel tan rápido que ella no pudo reaccionar pasó de largo, empezó a frenar, las puertas automáticas se abrieron, el hombre se perdió entre la gente que salía al andén.

*

Caía el último rayo de sol del atardecer cuando la promotora reconoció la

cúpula de la iglesia sobresaliendo entre los edificios. La iglesia más antigua de Almagro, los mismos vitrales que había conocido cuando era chica, el olor a incienso, las viejas en tapados de piel. Había dejado atrás a los dos negros porque no se esperaban que ella fuera a correr como lo hizo, saliendo del andén por la puerta de emergencia, saltando los escalones de dos en dos. También la había ayudado que empezaba a oscurecer y había más gente en la calle, todos los que iban al cine en el centro, o al teatro, o a lugares a los que ella no iba a poder ir. Ni siquiera podía volver a su departamento. Tenía que encontrar un lugar donde estar a salvo, alguien que la ayudara, el cura, que la sacara de este infierno, la bendición, *podemos irnos en paz*, dice el cura, y la rubia desafina una última canción, el tipo de atrás, los nenes, señores, las viejas de adelante, todos salen de la iglesia demasiado despacio, minutos que se hacen eternos. Ninguno le presta atención a la promotora, que sin embargo siente que todos la miran, el aire húmedo de la calle, ya falta poco, se anima a espiar hacia afuera: ya es de noche, no parece haber nadie escondido en las palmeras. Ella que trata de retener algo del aire que entra desde afuera hasta que el cura cierra la puerta, no queda nadie más que ellos dos en la iglesia, unos minutos más para ordenar su cabeza, juntar fuerzas, un zumbido en el oído, hacer su vía crucis hasta la sacristía. Logra ponerse de pie después de sostenerse de la madera del banco. Camina con las últimas fuerzas. Con los nudillos blancos golpea la puerta de la sacristía. El cura abre sin preguntar quién es, si vino a confesarse va a tener que esperar un poco, dice. La promotora no sabe cómo empezar. No encuentra las palabras. *¿Es muy grave la macana que te mandaste, che?*, pregunta el cura y tiene los anteojos puestos, el último botón de la camisa todavía abrochado. Ella no responde, ya no puede, ni siquiera va a intentarlo. Es como si lo que vino a decir ya no fuera real. No tan real como los billetes de diez, veinte y cincuenta pesos que sobresalen de la bolsa de terciopelo, atrás del cura, sobre una mesa. O como la cruz de hierro, con una punta filosa, como una estaca, que cuelga de una pared. El último esfuerzo. Un movimiento rápido que tome al cura por sorpresa. Con toda esa plata puede pagar la deuda que tiene con el dealer. Hasta le va a sobrar un poco para comprar más. *¿Cuánto puede comprar?* Una bolsa, quizás dos, un par de días más aspirando cocaína. Después verá cómo sigue. Ahora va a cometer el último error. Ahora sí va a matar a un hombre.

Villa 31 y Barrio Parque
El onceavo dorado
Gabriela Cabezón Cámara

Mirás por la ventana la autopista que fluye gris, lisa como un río de los nuestros la autopista ahí abajo dorada en la misma luz que vos y los autos también dorados casi hasta perderse adentro de la luz de la autopista, ahí tan cerca pero tan lejos de la nafta en la cabeza, Ariel, la ves como una línea circularse, abrirse, bifurcarse, hermosa en esa luz y tanto más abajo de tu piso, tan silenciosa la autopista a esta distancia que no es mucha pero es toda la que pudiste hacerte por ahora. Pronto va a ser mucha, te vas a ir muy lejos, tanto Ariel que a lo mejor hasta extrañas pero qué vas a extrañar ni mierda, pensás mientras mirás, mejor planeás alturas nuevas para tu mirada te pasás horas ahora desde el once, ese piso que supiste conseguir: escalaste, Ariel, hasta acá arriba, hasta esta mesa con su tiza ambarina, limpia, la presentís cristalina ahí flotando sobre el vidrio de tu mesa de diseño, estás feliz en tu burbuja, concentrado en tu trabajo adentro de la luz, vivís hace dos días iluminado en el onceavo, y la autopista es limpia y cristalina y dorada como la tiza que está apoyada ahí, sobre su propio reflejo flota la tiza, la ves ingravida suspendida sobre sí misma en la luz suave amarilla, como si navegara y se la vislumbra apenas como se debe vislumbrar a los fantasmas en el Ártico ahí donde creés que vas ir donde tal vez vayas ¿por qué no? Ha de ser limpia Alaska y habrá pinos y esos perros feroces y peludos que arrastran los trineos, vas a tunear tu trineo planeás desde ahí arriba que le vas a hacer un degradé del rojo al amarillo para avanzar como fuego sobre el hielo tirado por los perros, te vas a casar con una gringa y van a vivir en un bosque cerca de un pueblito y vos vas a hachar hermosos pinos para Navidad aunque si vivís en un bosque ¿por qué habrías de cortarlo? No querés matar nada, nada más, ni un arbolito: le vas a colgar los adornos al que tengas más cerca de la puerta y se acabó, que brillen ahí las luces de colores en lo blanco ¿será blanca blanca la nieve? blanca como cualquier plantilla de cualquier programa antes de escribir nada o será ambarina como la tiza que sigue ahí flotando sobre sí, levitando en la mesita, gozando de tanta ingravidez como le cabe hasta que la bajes, tenés ahí

esperando al Victorinox que te compraste para el viaje, rojo con su cruz blanca más o menos al lado del Zippo plateado, todo brilla seco acá arriba, Ariel, seco y limpio y ordenado, juntaste tus cositas, casi nada, lo que te compraste para el viaje, ropa nueva compraste: medias calzoncillos camisas remeras jeans, todo de marca, todo ahí nomás en el shopping Alcorta. Se asustaron un poco cuando entraste, te cachearon, pero enseguida te la pusiste a la ropa y saliste como un señor y los pibes no te reconocieron, ya no eras más del barrio, te pidieron unos pesos pa la birra y les diste y te fuiste a tomar tu propia birra al Malba, una alemana te pediste y pensaste que así, que más o menos así, lleno de plazas y museos donde te traten como a un rey habrá de ser con vos el extranjero, aaaah así, sí, como en una película vas a andar por las calles en Nueva York vas a empezar a correr por las mañanas en el Central Park porque así se hace la buena vida, levantándose antes de ir a trabajar para correr aunque uno sea el presidente de la Nación, no, no, el presidente no, ese vive en Washington y es negro y vos no, por eso te vas a poder ir, porque vos no sos negro, no sos de ahí, no pertenecés, te querés ir desde que naciste, entonces vas a correr y vas a tomar café en vaso por la calle en pleno invierno entre la nieve te vas a sacar los guantes y te vas a calentar las manos con el café mientras te sale vapor de la boca cada vez que la abrís, vas a andar por ahí como en las películas pero con las pandillas no vas a andar, vas a estar solo en Nueva York, vas a empezar otra vez, ésta es la última que hacés y no te van a agarrar, vas a vivir tranquilo qué suerte que no te hiciste los tatuajes que se hacen todos los tuyos en la tumba vos la cruz gamada la llevás en el corazón les explicaste que ibas a tener que trabajar pero que para siempre eras de ellos que te habían salvado ahí en la tumba donde al grito de rubia casi te hace su esposa el negro capanga de los rochos, pero vos no, vos sos el hacker de los blancos para eso estudiaste en la prisión sos el as en la manga de los arios sudacas cuando no funcionan ni los tiros ni las facas vos siempre estuviste para algo más y lo supiste y ellos también y ahí tenés la valijita que tiene todo lo tuyo, la ropa ordenada como te enseñó tu mamá y una foto de ella y de tu hermana una sola porque todas las demás murieron con cada teléfono que perdiste o se te cayó y cada computadora que corrió la misma suerte o se rompió, en fin, se murieron las fotos y ellas dos también en un tiroteo de esos peruanos narcos del orto hijos de puta con la yuta de mierda hija de puta, ya van a ver, qué pena no verles las caras entre los cascotes pero qué cascotes no va a haber cascotes y no querés pensar en eso ahora querés creer que en algún

lugar están tu mamá y tu hermana y están orgullosas de verte ahí respirando el aire purificado del piso onceavo de ese hotelazo de siete estrellas mientras terminás tu trabajo, probablemente no les gustaría lo que estás haciendo ahora, no se rompió el lomo tu mamá laburando para que seas un delincuente pobrecita limpiando las casas de los ricos que vivían ahí nomás y que la dejaban entrar porque era rubia aunque villera y cualquiera adivina una tragedia ahí: una injusticia, una caída, los rubios no nacen en la villa se caen los rubios pero saben siempre que no son de ahí vos lo supiste siempre pero además tu mamá te llevó al colegio cada mañana de tu vida y se sentó con vos y con tu hermana cada noche a revisarles la tarea, te dan ganas de llorar, así no podés trabajar te parás te vas al baño ese hermoso de mármol que tenés hace unos días, te lavás la cara te mirás al espejo te gustás ahí, te quedan bien el marco del espejo el mármol el corte de pelo la afeitada el algodón bueno de la remera que también brilla un poco, todo promete un futuro luminoso, todo, Ariel, te quedás tranquilo vas a parecer uno más ahí en el extranjero te tenés que concentrar tal vez llegó el momento de bajar la tiza de su levitación ambarina como el sol que ya está bajando ahí sobre la villa de mierda y te da un poco de pena te enterneceés ahora que te fuiste, que ya estás tan lejos aunque la veas por la ventana toda retorcida en falsa escuadra una casita arriba de otra cada una con su propio eje apiladas en un equilibrio que es casi un milagro como si quisiera dios que vivieran ahí todas amontonadas las casitas como si las líneas no pudieran ser rectas como si hubiera algo reñido con la rectitud en la naturaleza de los bolitas de mierda que empezaron a construir en altos para la familia que se agranda como si les esperara algo que pueda llamarse vida a esos pobres mierdas que viven respirando la nafta que cae de la puta autopista del orto que vista desde abajo no es limpia y llena de luz como vista de arriba: de abajo la autopista es una cloaca oscura caen la nafta y el aceite y cae la basura que tiran los hijos de puta que van adentro de esos autos que pasan para otro lado se van para otro lado mejor y a la villa la ven de arriba de costado dos minutos a ciento cincuenta kilómetros por hora. Igual se ve hermosa desde acá la autopista y la villa te da un poco de pena como si sólo de lejos ya en otra parte, ido, y ya la villa a punto de caer porque se va a caer un poco y se va a morir alguna gente ahí esta noche porque la autopista tan hermosa no sabés si no se les cae encima aunque te dijeron que no, que si se moría alguno era un accidente, que sólo querían sacarlos de ahí, agrietarles las parecitas esas de bosta que tienen, hacerles temblar un poco las torres

retorcidas sin cimientos que se alzaron, tal vez sea cierto y estás pensando boludeces porque te estás yendo y así yéndote te dan hasta ternura las líneas torcidas de las casas de los bolitas de mierda que se sostienen como de milagro pensás mirándolas y te vuelve a dar pena y pensás en el Arno y en la Jennifer que te quiere aunque vos siempre le dijiste que no iba a ser tu mujer porque te ibas a ir de ahí y que no te la ibas a poder llevar porque vos no querías ser de la villa y no te podías casar con una negra de mierda como ella aunque te quiera y te quiere y eso no se lo dijiste y se lo quedó al Arno a tu perrito el Arno que te cuidó a vos cuando pasó lo de tu hermana y lo de tu vieja y te lamía cuando llorabas y se te quedaba sentadito al lado cuando volcabas aunque estuvieras volcado toda la noche o corría y le iba a ladrar a la Jenny que entendía y salía a rescatarte aunque lloviera y aunque toda la villa fuera una pista de remo de soretas. Te estás yendo a la mierda bajá la tiza del cauce de luz de la ventana sacala de esa levitación dejá de flayear que flota en el aire y hacete una raya que sea tan hermosa como la autopista ahora sí, ahí va mejor, que se bifurque, qué bien hiciste en comprar el Victorinox, que se circule que te lleve rauda al norte al río que te lleve al Delta que te haga navegar que te llene la cabeza de esa luz dorada que hoy parece detenida ahí arriba entre la autopista y el cielo que tenés pegado a la cabeza en el onceavo piso está bien la merca te llenó de fuerza de luz fría otra vez pensás en Alaska en una gringa se te da la gana de una gringa ahora mismo podés pedir una se te engorda la pija mirando el book del hotel hay varias rubias rubísimas te dijeron que podías gastar todo lo que quisieras lo chequeaste en tu computadora todavía no llegaste a ver de dónde salía tanta guita pero tenés doscientos cincuenta mil dólares para gastar sólo te falta terminar el trabajo ahora y así llamás a la rubia que te la está poniendo dura como un bate de béisbol te gusta pensar eso estar ya un poco allá tenerla como un bate nada de estar al palo estás duro como un gringo de vacaciones en La Paz te falta poco conectar todo que los circuitos estén listos para activarse juntos para que les caigan las instrucciones como por naturaleza como si tuvieran masa y cayeran para abajo que caigan todas juntas a las horas señaladas en los dispositivos que tienen no te importa quiénes algunos otros que andan por ahí hoy te fijaste en el desayuno si había otros como vos estrenando vida en el hotel más caro de Buenos Aires con vista al río y a los trenes y a la villa que se vaya a la mierda la villa te peinás otra raya chiquita mejor vas despacio que esta tiza es un veneno es de la pura la mera merca la blanca blanquísima aunque sea

ambarina como si la hubieran cocinado en amaneceres selváticos y no en las cocinas miserables donde la habrán hecho chiquita la raya y seguís trabajando y de vez en cuando alzás la vista de la pantalla y ves el sol que ya está coloradísimo casi caído también este día donde tiene que caer tanto ya está terminaste te merecés una buena raya te la hacés quebrada en zigzag tembloroso como edificio de bolita lo pensás y te da risa y te servís un vaso de ese Dalmore 18 años que te esperaba en la habitación junto a la tiza y al book lleno de rubias esos gringos sí que saben tratar a la gente qué hermosura te baja por la garganta y sentís que todo vale la pena que nunca pasó por tu garganta nada semejante te preguntás por qué no irte a Escocia ahora que te resta nomás esperar a que tus arios vuelvan con tu pasaporte nuevo uno que sirve para viajar a Estados Unidos y a Inglaterra y a donde se te cante el culo te dan ganas de fiesta una rayita más y otro trago de ese whisky que es dorado también como si te estuvieras tomando el sol de la autopista brindás al cielo mirá mamá estoy tomando lo mismo que tomaría tu abuelo vieja querida lo logramos mirame mamá otra raya más y estás duro como la Torre de Londres inderrumbable tenés ganas de ponerla de que alguna gringa vea tu Big Ben que se lo meta entero en la boca y los ojos se le desorbiten de tanta poronga abrés el book de los gringos la pija te sigue creciendo sentís que nunca la tuviste así llamás al conserje del hotel le decís que te mande a Barbie te dice que está ocupada le decís que te deje de joder que te mande a la rubia más rubia que encuentre ya o que suba él mismo a chuparte la pija o que vas a bajar vos y lo vas a ensartar como si fuera un pollo al espiedo el tipo se ríe te dice que le des quince minutos dale macho que te rompo todo le decís y sabés que tenés que bajar un poco o vas a acabar solo arriba de la cama así que te hacés otra raya y abrés la computadora y te metés a ver de dónde sale la guita o de quién son los dispositivos te metés a ver qué mierda estás haciendo no encontrás casi nada te cuesta apenas llegás a ver que los dispositivos, que son veinte como ya sabías, están todos abajo de la autopista todo a lo largo de la villa de mierda y te preguntás si el sonido de ultrafrecuencia que va a sonar en todos no será un activador de una bomba de las que generan explosiones gigantescas te dijeron que no que sólo van a fisurar las columnas que sostienen la autopista que con eso alcanza para tener que evacuar esa villa de mierda y demolerla pero no puede ser pero por qué no por qué mierda te van a pagar 250 mil dólares vos sabés que no te los pagan por nada bueno pero tampoco es bueno hacer caer lentamente una autopista y te servís otro whisky y golpean la puerta

y abrís con un poco de temor y ves a ese hembrón tremendo y pensás que con semejante belleza nada tan malo puede pasar en el mundo y te bajás la bragueta y a ella se le desorbitan los ojos nomás y te dice que nunca, nunca, never in the life, había visto nada igual papito que si no querés ser actor porno y vos que no me digás pelotudeces le arrancás la ropa te dice que te va a salir carísimo que a la tarifa normal le acabás de agregar mil dólares de pilcha pero que ya se dio cuenta de que para un tipo como vos una luca más o menos no es una chota es la que tenés ahí cállate le dijiste y se la metiste en la boca no habías tenido antes a una rubia arrodillada ahí la tenés le mirás el pelo las orejas blancas la ahogás un poco le llenás la boca de guasca ella se la traga y sabés que eso es otro billete y no te importa la ponés a caminar en bolas se hacen unas rayas y te la seguís cogiendo pero ya no te podés concentrar pensás en ese sonido que se va a activar en los dispositivos pensás que no va a ser lento que van a volar todo a la mierda que te dijeron que ahí donde estaba la villa van a hacer un paraíso pensás que sí, que es eso, que siempre lo supiste que no te engañó nadie que no podés tener hijos con ella porque los genes negros ganan siempre y vos no vas a criar negritos pero que garchás mejor con la Jenny que por ahí te la podés llevar para garchar nomás que se ligue las trompas la hija de puta del orto salí de acá le decís a la rubia que te dice que sí, que no hay problema, que se va encantada pero que le tenés que pagar igual le tirás los billetes se tiene que agachar para agarrarlos te dice que sos un drogadicto hijo de puta y que te vayas a la mierda la empujás casi en bolas al pasillo le revoleás las pilchas te vestís te hacés otra raya te metes la tiza en el bolsillo agarrás la amex negra pensás que al Arno también te lo podés llevar a Alaska le decís al conserje que si preguntan por vos volvés en diez minutos y empezás a correr y te das cuenta de que te siguen en un auto y tenés miedo de no llegar la llamás a la Jenny corriendo le decís que salga de la villa que corra a Retiro que lo lleve al Arno la Jenny te dice que va, que va por el camino de siempre los del auto se te están acercando tranquilos te parece que te están dejando llegar a la villa casi es la hora paran seguís corriendo sabés que si los hijos de puta paran es porque es mejor parar porque está por activarse todo lo que armaste pero seguís corriendo ya saliste de la zona del hotel cruzás la cuadra que se mete en la villa los ves venir Jenny atrás el Arno hecho una flecha llega a vos te salta te pasa la lengua por toda la cara como si hubiera sabido que casi te habías ido para siempre y corrés hacia la Jenny y le agarrás la mano y la arrastrás y no entiende nada pero te sigue porque es así la Jenny y

te suena la alarma del reloj y corrés más rápido y no parás nunca más parás salís volando a quinientos kilómetros por hora y no llegás a ver el color naranja de la explosión porque los reventó a los tres contra una de las columnas de hormigón de la autopista sólo llegaste a abrazarlos a los dos y a pensar que los cuidaste y a recordar la cara del gringo el jefe de los jefes de los jefes de los arios de la tumba lo habías visto en la deep web era un nazi como vos pero más blanco uno que trabajaba de nazi un mercenario al mejor postor seguro que la guita que no te llegaste a gastar era de la corporación inmobiliaria que ya había construido en otras ciudades arrasadas como la villa los abrazaste Ariel te fundiste abrazado en la luz naranja de la explosión. Todos muertos, Ariel.

Recoleta
Los isleños

Leandro Ávalos Blacha

Marcelo fue el primero que conocí del edificio. Salía del departamento de Rogelio con una notebook bajo el brazo. Casi se le cayó al verme. “Pensé que no quedaba policía”. Mi uniforme siempre desconcertaba. Le mostré mi parche: SEGURIDAD. “Soy hermana de Rogelio”. Le avisé que me mudaba en los próximos días. En realidad sólo llevaría unas pocas ropas en un bolso. No saqué la vista de la máquina. “Se iba a comprar otra, me la había prometido”, me explicó, “si la quiere...”. Le dije que sí, que quería revisarla por si había información útil. “Ya la vio la policía”. “Si mi hermano lo quiso, después es tuya”. Le pedí las llaves. Por mi trabajo, aprendí a reconocer a un ladrón. Y estaba ante uno. Los delataba su forma de mirar, la manera de moverse, el modo de pararse. Marcelo no ocultó su enojo. “Bienvenida al edificio”, dijo seco y bajó corriendo las escaleras.

*

Despegué las cintas que marcaban la escena del crimen. Había mucho para hacer, empezando por cambiar las cerraduras y ordenar. Toda la meticulosidad de Rogelio estaba destruida. Habían dado vuelta sus pertenencias. Vi pedazos de vidrios y cerámicas. Imaginé esos floreros y estatuas en las estanterías, ahora tirados. Quien lo mató actuó con saña. La bolsa en la cabeza, los cortes. Era la primera vez que visitaba el piso. No me animé a recorrerlo. Rogelio no nos hablaba. Nosotros tampoco. Lo envidiábamos. Me instalé en la cocina. No dudaba de encontrar un buen champagne en la heladera. Casi me bajé la botella de un trago. Abrí otra. Al fin, propietaria. No podía evitar reírme. ¿Qué diría mi hermano de aquella intromisión? La negra tomando del pico a unos metros de la silueta dibujada donde encontraron su cadáver.

*

A la mañana me despertó el timbre. Alguien llamaba a la puerta. Me puse una bata de Rogelio. Nunca había sentido una tela tan suave. Era seda, muy fina, con un estampado de cebra. Las ojeras me llegaban hasta el piso. “No tomo más”, repetí como cada día. Intenté acomodarme el pelo. Al abrir encontré a Marcelo. Había más gente detrás. “Somos los vecinos del edificio, queríamos darle el pésame y entregarle esto”. Uno a uno se pasaron una urna de plata que me dió el encargado. “Lo lamento mucho”. “Es la voluntad de Dios”. “Que el señor lo tenga en la gloria”. “Era un buen hombre”. “Estamos para lo que necesite”. Me quedé mirando la urna hasta que se fueron. No tenía la más mínima idea de qué hacer con sus cenizas.

Levanté el diario que estaba junto a la puerta, *La Nación*. Cuando entré, la casa se había puesto en funcionamiento. Se oía una música ambiental. La tele estaba encendida en un canal de noticias. Se abrieron las persianas. La cafetera se puso en marcha. Había visto varios controles remotos tirados. Tendría que descifrar a qué aparatos pertenecían y cómo programarlos. Agradecí el café. Era justo lo que necesitaba.

En el diario, la muerte de Rogelio ocupaba una columna en la parte de policiales. La noticia obviaba los detalles más sangrientos que leímos en *Crónica* cuando ocurrió el crimen. Lo vinculaban con otros casos, pero seguían sin dar precisiones. No era extraño que un chorro se presentara como taxi-boy para robarle a un viejo puto. Al no haber nadie de la familia presionando la investigación, la policía no se esforzaba demasiado. Marcelo les dio la descripción de un muchacho que solía visitar a mi hermano. Tenían un identikit. La única pista. El sexo perdía a la gente. Se obsesionaban con la seguridad de la casa y de sus bienes, pero metían en la cama a cualquiera.

Guardé la urna en el bolso. Me puse el uniforme y salí al trabajo. Pensé en tirar las cenizas en el primer tacho de basura. Me dio culpa. Rogelio me evitaba el viaje desde Lanús. No dejaba de ser extraño para mí. Me sentía intrusa por vivir acá. Recoleta era una burbuja. Los morochos entrábamos a hacer nuestro trabajo y nos íbamos. Todo era demasiado perfecto, lindo. Una pequeña Europa. Veía un edificio imponente y me preguntaba qué sería. Quizás una simple escuela. Pero parecía una catedral. En el barrio hasta la muerte era linda y de lujo. El alma de diva de Rogelio habría soñado con un espacio en el cementerio de la Recoleta, entre los muertos ilustres. No había lugar sin historia o una función importante: museos, bibliotecas, embajadas, las mejores marcas del mundo, buenos restaurantes, tiendas de diseño. Las calles olían a

perfumes importados. La gente era linda. Los vejestorios no iban abandonados y harapientos como en Lanús. Paseaban coquetos, tranquilos, despacito, ayudados por sus mucamas. Tres o cuatro de esos viejos podían ser dueños de media Argentina. En Lanús no durarían dos minutos. “No seas prejuiciosa ni resentida”, tenía que repetirme. A cada momento sentía que me devolverían al Conurbano.

Cuando me quise dar cuenta, estaba en el negocio. “Buen día, Noelia”, dijo la dueña. Nunca me llamaba por el nombre. Se la oía cordial. “¿Cómo lo está llevando?”. Levanté los hombros. “Cosas de la vida, señora, gracias”. Me dijo que hacía bien en tomarlo así, buena filosofía. Asentí y me paré junto a la puerta mirando la calle. Controlé el reloj. Había memorizado rutinas de la avenida Alvear. Los movimientos de los contingentes de turistas del hotel. El horario en que algunas mujeres pasaban con ropa deportiva para entrenar. Buenos culos, lindas tetas. Los que paseaban a sus perros. Salvo por las mucamas, sentía que era la única que laburaba.

En la tienda había revuelo. Unas actrices vendrían a probarse vestidos. Le daban fama a la señora, pero había que exprimir las para sacarles una moneda. Querían todo gratis. A algunas la señora las vestía de toda la vida. Para mí, muchas veces, las tomaba de boludas. Unos vestidos que no me pondría ni por puta se los cobraba como si fueran de hilos de oro. Ellas, encantadas. Yo no emitía opinión ni palabra aunque me dieran charla. Me limitaba a vigilar que no se guardaran nada. Sorprendía lo rápidas que eran para robar.

Cuando estuvimos en calma, la señora me preguntó por el servicio fúnebre. Si era creyente. Si iba a misa. Le dije a todo que sí. Quedaba mal admitir que no pasó nadie de la familia. Por primera vez en quince años me animé a pedirle un consejo y le consulté su opinión sobre las cenizas. “¿Su hermano quería ese descanso para su cuerpo?”. Asentí. Me dijo que no estaba de acuerdo con la cremación y menos con lo de tirar los restos en cualquier lado. Me recomendó guardarlas o consultar con un párroco. Podía llevarlas al cinerario de una iglesia.

*

Apenas entraba a casa cuando tocaron el timbre. Eran dos de los vecinos. “Gabriel, del 3º”. “Olivia, *my dear*, del 7º”, se presentaron. Vagamente los reconocí. “Sabemos cómo quedó el departamento, seguro necesita ayuda para

ordenarlo”. Aunque prefería tomarme un vino a solas, no era mala idea. Los dejé entrar. Señalé los muebles tirados. “No entiendo cómo nadie escuchó nada”. “Arriba y abajo viven dos viejos sordos”, acotó Olivia. “La de abajo es mi exmujer”, agregó el hombre. Me sorprendió que la maricona hablara de esposa. “Qué espanto, con lo lindo que tenía Rogelio este lugar...”. “¿Lo visitaban?”. “Todo el tiempo”. Tras unos minutos en los que me ayudaron, quedé trabajando sola. Olivia se había sentado. Pronto se le unió Gabriel. Estaban husmeando entre las pertenencias de Rogelio más que ordenándolas. “¿Hay algo que quieran de él?”. Les vi el alma en los ojos, no sabían por dónde empezar. Gabriel fue directo al placard. Sacó unas ropas. Camisas y sacos estridentes. Olivia agarró unas pavadadas de decoración. Sospeché que eran caras, pero me parecían horribles. Después se separaron unos libros. “Éstos se los había prestado yo”, dijo la vieja. Mentía. Pero se reactivaron y volvieron a ordenar. Me hablaron del edificio. El viejo del 6º era parco, pero respetuoso. La ex de Gabriel, “una vieja loca”. En los primeros pisos vivían dos matrimonios mayores. El del 2º no salía de la casa, cumplía arresto domiciliario. Olivia dijo que era militar. “Ahora ya no es el único representante de la ley”, agregó señalando mi credencial de seguridad. “¿No es cierto, Lieutenant Rodríguez?”. Después cambió de tema. Saltaba de una cosa a la otra, intercalando palabritas en inglés. Del cine a la astrología, de mi uniforme a las preguntas sobre mi familia. Siempre, por algún motivo, se las arreglaba para mencionar a Marcelo. “Pedile lo que quieras, que te resuelve todo”. Orquestaba el edificio. Conseguía mucamas, enfermeras, pagaba impuestos, hacía arreglos en cada piso, se encargaba de las compras. Gabriel asentía. Marcelo los tenía bien calientes y comiendo de su mano. Sabía cómo estafar a estos viejos chotos.

*

Olivia no paró de servirse. Tomaba más que yo. Sólo se levantó cuando Gabriel soltó un grito de loca al ver la hora. El departamento era un poco más transitable. Algún día tendría que pensar qué hacer con tanto espacio. Olivia se ofreció a ayudarme en la decoración. “Tenés que darle tu estilo”. Era difícil borrar a Rogelio del lugar. Su mariconería estaba presente en cientos de adornos diminutos y hasta en un retrato enorme en la pared del living. Posaba engreído, fanfarrón, jovencito, como cuando se lo llevó de casa algún viejo

con guita. Me tiré en la cama con su computadora. Revisé las actualizaciones del Facebook. Cargué vidas en los juegos. No pude contenerme de ver las fotos de las vacaciones de mi prima. Elsa estaba en la playa, en el Caribe, con el asqueroso del marido. Raúl era un mono. Gordo, peludo y en sunga. Ella, con las tetas a punto de reventarle la bikini. Demasiada hembra para un camionero. Pasé rápido las fotos de paisajes. Busqué otra suya, en malla, y recordé nuestros veraneos en San Clemente. Fui a buscar un vino. Podía mirarla por horas. Pero al volver, la pantalla estaba negra. Pensé que sería la batería. Dejé la máquina a un costado y busqué el cable. Habían aparecido unas letras blancas, como en un chat:

—Hola, Noelia.

Intenté apagar la máquina.

—Somos amigos de tu hermano.

Me quedé mirando la pantalla sin escribir.

—Y tuyos, no tengas miedo.

—Mañana después de tu trabajo.

—Quintana y Ortiz, frente a La Biela.

—En la cabina de teléfono te van a indicar cómo seguir.

—No hables con nadie.

Cerré la computadora. Corrí a espiar por las ventanas. No había gente en la calle. Pero imaginé que detrás de las cortinas de los departamentos de enfrente alguien me estudiaba. “No te vuelvas loca, Noelia”. Me acerqué a la mirilla. El pasillo estaba vacío. Me aseguré de que la puerta tuviera el seguro. Metí la computadora en un armario. Abrí el vino y tomé en el sillón hasta quedarme dormida.

*

“Goodbye, Lieutenant”, escuché cuando salía. Olivia estaba sentada en el banco de Marcelo. El muchacho lustraba la puerta a pocos metros. Usaba una remera ajustada y sin mangas. Saludé a la mujer y me acerqué a él. “¿Nunca se saca el uniforme?”, exclamó sonriente. Se había incorporado y trababa los músculos. Se me partía la cabeza. “¿Qué te importa?”. Me disculpé. Tenía que controlar mis reacciones. Marcelo siguió limpiando. Le hablé de mi hermano y le pregunté por sus amistades, la gente que lo visitaba. “No me meto en la vida de los vecinos. Le dije a la policía lo poco que sabía”. Me notó inquieta.

“¿Pasó algo?”. No le tenía confianza. “Tuve una sensación extraña, un llamado que no entendí. No se preocupe, gracias”. Me despedí de Olivia. Me hizo un saludo militar. Mientras caminaba, noté que el bolso me pesaba. Todavía llevaba la urna de mi hermano conmigo. No tenía tiempo para dejarla. Caminé apurada a la tienda. La señora llegó al rato. Entró de malhumor, sin saludarme.

*

Estuve distraída todo el día. Podrían haber entrado mecheras del Once. No las habría visto. La señora me llamó una vez chasqueando los dedos. “Despertate, querida”. Necesitaba ayuda para mover un mueble. Su preocupación en los últimos días eran las marcas extranjeras que cerraban sus locales en el país. Significaba menos competencia para el negocio si se iban, pero su presencia le daba nivel a la avenida. Si las cosas seguían así, decía, íbamos a vestirnos con cáscaras de banana y coco como en Venezuela. “¿Se decidió con lo de su hermano?”. “Lo estoy hablando con mis padres”. Más que por sus bienes, no se preguntaba nada de Rogelio en la familia. “Espero que encuentren un lugar para que descansen en paz”. Paz necesitaba yo. Salí del trabajo sin saber exactamente lo que haría. Seguí por Alvear hasta Ortiz. Pasaría por

La Biela y me fijaría qué tipo de movimientos había. Era un lugar demasiado seguro como para que intentaran algo ilícito. Cuando llegué a la confitería, me quedé mirando los alrededores. La gente caminaba pacíficamente y recibía las invitaciones de los promotores de restaurantes y bares vecinos. Nunca me di el gusto de estar despreocupada o de vacaciones, de esa forma. Casi todos eran extranjeros. Me acerqué a la cabina de teléfono. Era roja, como las inglesas. Me pregunté si sonaría de un momento a otro o me quedaría esperando al pedo. Di unos pasos alrededor. Hice como que revisaba mi celular. Entonces sentí un cuerpo que me rozó el bolso. Me di vuelta con velocidad. “¿Noelia Rodríguez?”, preguntó el hombre. Para entonces lo tenía tomado del brazo, doblado tras la espalda. “El abogado... ¿se acuerda?”, dijo, dolorido. El hombre me había contactado cuando murió Rogelio. Se iba a encargar de los papeles y los trámites administrativos. Era de la edad de mi hermano. Igual de viejo, más enclenque. Lo solté. Se acomodó el traje. “¿Está bien?”. “Fue mi culpa, por tanto misterio. No quería contarle nada que no fuera personalmente”.

*

Me llevó por el barrio. Dimos la vuelta al cementerio y nos detuvimos ante una discoteca abandonada. Tenía la fachada negra, una faja de clausurado y algunos carteles a medio arrancar. Se veía el torso de una chica, casi desnuda. El doctor intentó quitarlo. “Hay negocios que ya no son tan bien vistos en el barrio”. No tenía fuerza, lo ayudé. Me dijo que Rogelio tenía asuntos de los que no me había hablado. Inversiones en boliches-cabarets. Algunos con aires VIP como aquel. Funcionaron durante años, pero habían cerrado. Los vecinos los perseguían. El viejo siguió caminando. No quería quedarse en ningún café. Yo estaba cansada después de pasar el día parada en el local. “Rogelio tenía muchas esperanzas en usted”. Solté una risa. Como treinta años sin vernos. El doctor dijo que era probable que yo no supiera nada de él. “Pero su hermano siempre estuvo al tanto de todo”. Le pedí que no hablara estupideces. Vivíamos sin su ayuda, con lo justo. “Estaba presente en otro sentido”. Rogelio le había asegurado que yo sería la encargada de reemplazarlo cuando él se retirara. Aunque no imaginó una jubilación como la que tuvo. El doctor compartía sus esperanzas. Al fin me invitó a sentarme en una pizzería. Me señaló una silla en la vereda. “Doctor”, lo saludó el mozo. Era bastante cutre. Hasta para mí. “Con esto empezó”. Miré la pintada con el nombre del lugar: “Rogelio Pizza”.

*

Presenté el aviso de renuncia en mi trabajo. Para la señora fue una traición. “Cómo son... con todo lo que te di y a la primera de cambio...”. Dijo algo de “negra de mierda”. “Acordate de entregar tu uniforme”, me repitió cada día. No se lo pensaba dar, lo había pagado con mi sueldo. La cosa se puso peor cuando me vio en la iglesia. El doctor me había mostrado la que estaba en el barrio, cerca de casa. Me gustó el lugar, su simpleza. Entre tanto edificio monumental, la fachada de Nuestra Señora del Pilar era austera. Adentro me encontré a la señora. Tenía su reunión con el grupo de caridad, otra gente al pedo que venía al negocio. “¿Acá pretende dejarlo?”, me preguntó espantada cuando me vio con la urna. Le sorprendía que Rogelio fuera del barrio. Las viejas cuervas me miraron de arriba abajo. No se imaginaban las cenizas de un

morocho en su templo. “Es un trámite complicado. Volvé otro día así te explica Rosa, hoy no hay nadie”. Me fui con sus miradas clavadas en la espalda. Parecía que llevaba una bomba en las manos.

El doctor Alterio se ofendió más que yo cuando le conté. Debía ser una viuda de Rogelio. Hablaba de él con admiración, nostalgia, cariño. “¡Pero quién se cree!”. Le pedí que se calmara, ya encontraría un lugar mejor. “No son dignos de él”, repitió. Nos encontramos en la pizzería a diario para discutir los asuntos de Rogelio. Había orientado los negocios a la gente rica con la que se juntaba. Movía droga a domicilio con una flota de taxis. Armaba boliches y los llenaba de putas finas, modelos y vedettes. Las chicas de los cabarets cerrados atendían ahora en departamentos de la zona. Alterio me enseñó a entrar a unas páginas de internet en las que transmitían en vivo. Me hice la estúpida. “¿La gente paga por esto?”. El doctor me miró cómplice, como si conociera mi historial de Firefox. “Hay público para todo”. No me sorprendía que lo vieran. Sí que pagaran, con tanto porno gratis. Alterio me dijo que algunas cosas no se consumían tan libremente y me preguntó si me animaba a ver algo más duro. “Me animo a todo”, respondí confiada. El doctor abrió otro navegador y me enseñó la pantalla. Había un chico colgado de las muñecas. Estaba dormido o inconsciente. Muy flaco. Señaló el número con la cantidad de visitas. “Está así desde que lo agarramos. 25 días”. A pesar de la delgadez, reconocí sin problemas el identikit del chico que mató a mi hermano.

*

Un novio despechado, según Alterio. Rogelio tenía varios romances. Muchachitos de todos los colores. Éste lo había traicionado. El doctor quería verlo sufrir. Al parecer, por lo que decía la página, mucha gente también. Cada cierto tiempo, unos hombres encapuchados entraban al cuarto para golpearlo o someterlo a una tortura. “¿No es mejor entregarlo a la policía?”. Alterio me miró de una manera que no quise desafiar. “Volvamos a los papeles”. Aún debía ganarme su confianza. Había muchas propiedades a nombre de sociedades fantasmas y alquiladas. En algunas vivían las chicas. No tenía claro mi papel en esa estructura. “Ya va a encontrar su lugar”, me aseguraba él. Lo acompañé a algunos de los privados. El más cercano estaba en Charcas, frente a la policía. Una linda cuadra, con un colegio, alguna boludez de yoga y

el museo de un escritor. Alterio mantenía al comisario contento. Las chicas eran simpáticas. Estudiaban y podían confundirse con cualquier jovencita del barrio. Tenían clase. Las querían presentables para los clientes. Nada de putas corrientes. Al lado de ellas, me sentí una harapienta. Alterio me sugirió que dejara de usar el uniforme fuera del trabajo y que me comprara ropa. Me tentaba la idea de volver a la tienda como clienta, tras la renuncia. Comprar los vestidos más caros para que la señora muriera de rabia. Pero el uniforme me daba seguridad. Podía, en cambio, permitirme otros lujos. Por ejemplo: tener una chica que limpie. Contar con una buena mucama era un bienpreciado. En el local vivían hablando de ellas y los problemas que acarreaban. Lo difícil de encontrar una muchacha que entendiera las órdenes, que las cumpliera, que no robara, que tuviera algo de honestidad y educación. Que hablara más castellano que guaraní. La señora decía que por más rico que uno fuera, siempre dependería de un morocho que lo asista. Sobre todo de viejo y en la enfermedad.

Hablé con Marcelo. Le pregunté si podía ayudarme a conseguir una buena mucama. Las que vi en el edificio eran lindas. Las cruzaba cuando hacían los mandados, casi todas con el uniforme clásico: negro y cuello blanco. La del milico era grandota, fortachona. Parecía andar con orgullo de entrar a esa casa. Engreída. Nunca respondía a mi saludo. “Justo tengo alguien para recomendarle”. Le pedí que la llamara cuanto antes.

*

La señora estuvo ausente varias semanas. Había reaparecido la hija, una falopera que sólo generaba quilombos. Llamaba al negocio hecha una furia para pedir plata. Amenazaba a la madre con contar su historia en los medios. La internaban, se escapaba, huía durante un tiempo. La madre se ponía insoportable.

“¿Qué me mira?”, me preguntó enojada en cuanto entró, en mi último día de trabajo. No dijo nada al respecto, como si fuera un día normal. Arrastraba a la drogadicta de la mano. Pálida, toda chupada, anoréxica. Vestida como un yiro. Casi la llevaba por el aire. Pasó sin ver a nadie. Se encerraron en la oficina. De afuera nos llegaban gritos. No había gente en la tienda. Me quedé pegada a la entrada. No tocó timbre un solo cliente. Al rato la señora salió apurada y cerró la puerta de la oficina tras ella. Le puso llave. La chica golpeaba de

adentro. “Asegúrese de que no entre nadie y que ella no salga de ahí. No importa cuánto grite”, ordenó. Me hizo a un lado para pasar. “Sí, señora”. Se fue haciéndome burla a las últimas palabras. “*Sí, señora, sí, señora...* lo único que sabe repetir esta chimpancé...”. La seguridad con la que me miraba esa mujer me impactó desde que conseguí el trabajo. Nunca dudó de que yo era inferior en todo sentido. Era una roca. Pero la falopera quebraba su carácter. La señora no podía ocultar que pasaba el día llorando. La hija pedía a los gritos lo peor para la madre. Durante mucho tiempo, yo tuve los mismos deseos.

*

Dormí con el uniforme y me lo dejé puesto, como cada mañana. Alterio me esperaba en la camioneta. Dimos algunas vueltas por la tienda. Él sabía de esas cosas. No le quería robar a la señora, sólo verla arruinada, con miedo. Nunca cortaría el poder que tenía sobre mí. Cuando le conté mi deseo al doctor, me preguntó si no me parecía demasiado. Sonrió. Me estaba probando. “Rogelio no se equivocó con usted”. Alterio había quedado resentido con la mujer desde el episodio de la iglesia. Estaba esperando una excusa para vengarse.

La señora hizo la rutina que le conocía. Llegó a la tienda con la hija. En la entrada había una nueva persona de seguridad. Una mujer. Debilucha, más joven que yo. El uniforme era distinto y le quedaba como un disfraz. Por ahí no estaba de más robarle. Que supieran lo que era el negocio sin mí. Alterio tenía listos a tres pibes. Esperamos a que la señora saliera. Los chicos entraron. “¿Seguro no van a matar a nadie?”, le pregunté a Alterio. El viejito negó, pero se reía. Era imposible saberlo. Las cosas, a veces, se complicaban, dijo. Los pibes tenían que reducir a mi reemplazante y a la ayudante de la señora, mientras otro se ocupaba de la chica en la oficina. Un trabajo limpio. Sin escándalos. Me asustaba la reacción que pudiera tener la asistente. Me acordaba lo histérica que se puso cuando me negué a darle mi uniforme. Esperamos unos veinte minutos en la camioneta hasta que aparecieron. Uno traía abrazada a la pendeja, como dos novios. Los otros caminaban atrás. Arrancamos en cuanto subieron. A la piba ya le habían dado falopa y Alterio le mostró una bolsita repleta de porquerías. Se le iban los ojos. Uno de los chicos se limpiaba sangre de los nudillos. No quise preguntar. “Cooperá y te

ganás la *Cajita feliz*".

*

La piba estaba de lo mejor. Se reía y hablaba pavadas. Pero cumplió a la perfección cuando tuvo que estar seria. Le dijo a la madre que la secuestraron, que estaba bien, pero tenía dos horas para entregar 100 mil pesos. Entre llantos repitió nuestras indicaciones. Para la señora el monto era un vuelto y podía reunirlo en ese tiempo. Lo último que querría era un escándalo por la nena. No lo denunciaría. La piba se abalanzó sobre la bolsita y empezó a aspirar. Estaba chocha. Lo miraba a Alterio embobada. "Tomá lo que quieras, linda", la calmaba el otro y le prometía todas las drogas del mundo. La pasamos bastante bien hablando mierda de la madre. Parecía un concurso de quién recibió el peor insulto suyo. La piba decía que ganaba. No la contradije para no pasar un mal rato. Hacerse la torturada con esa vida perfecta... Era fácil culpar por todo a una madre conchuda. El padre tampoco le daba mucha importancia. Tenía una noviecita más chica que ella. "Bueno, nena, tomate la frula pero acá no estás en terapia", la corté. Se rio y preguntó si le dábamos una parte de la plata. Alterio le ofreció un trabajo, si quería. Ya me la veía metida en un puterío en el interior. Le pasó otra bolsita. La piba seguía con la merca y no sé cuántas pastillas. Cada vez estaba más tarada. Cuando vimos a la madre en Plaza Houssay, ya estaba dormida. "¿Respira?". Alterio levantó los hombros y le restó importancia. Entre los estudiantes de Medicina, la vieja buscó la ambulancia de la esquina que le marcamos. Tenía que abrir la puerta de atrás y tirar adentro la bolsa con la plata. Después liberaríamos a la hija. Miró para todos lados. Actuó de lo más obediente. En cuanto se asomó a arrojar el paquete, dos hombres a sus espaldas la empujaron al interior y cerraron las puertas. La ambulancia se puso en movimiento. Nosotros cumplimos y tiramos a la piba junto a una pila de basura. Ella no nos interesaba.

*

Me dejaron en mi casa. "Lieutenant", me saludó Olivia al llegar. Estaba chismoseando con Gabriel y Marcelo. En realidad lo escuchaban embobados. El portero gesticulaba y entre gesto y gesto se tocaba el bulto. No sé qué

anécdota les contaba ni me interesaba. Pero no me pude hacer la tonta al pasar. “¿Cuándo repetimos la comida?”, dijo la mujer, “la próxima es en su departamento”. Señaló a Gabriel. “Yo encantado, cuando quieran”. “¿Qué tal la empleada?”, se sumó Marcelo. “Viene mañana”. Agradecí por todo y me escapé al ascensor. La gente al pedo cree que uno tampoco tiene nada para hacer. En el ascensor sentí mal olor. Estaba por culpar a Marcelo por no limpiar, pero me di cuenta de que era de mi uniforme.

*

Con el uniforme de reemplazo no me sentía cómoda. Sólo lo usaba en casos de urgencia, cuando lavaba el otro y no se secaba. Me lo puse. Me daba vergüenza recibir a la mucama con olor a chivo. La chica tocó timbre puntual, a las 9. Marcelo la dejó subir. Llamó a la puerta. Seguro me tomó por retardada, porque desde que entró me quedé sin hablar. “Me dijo mi primo que necesitaba empleada”, comentó ante mi silencio. Era una amazona. Asentí. Se había puesto un uniforme azul oscuro. Le señalé una silla para que tomara asiento. Vi su pelo largo, de rulos, que le llegaba hasta la cintura. Morocha, bajita, de piernas macizas. Por fin pude balbucear. “¿Lavás? ¿Planchás? ¿Cocinás?”. A todo asintió. Venía de trabajar en lo de una familia del barrio. Les limpiaba en el departamento y en el campo. Atendía a los chicos. Imaginaba el cuadro: el hogar color pastel, el matrimonio frustrado, los mocosos malcriados con sus uniformes de colegio privado. Me ofreció referencias. No hacía falta. Le expliqué que el lugar fue de mi hermano y lo que había ocurrido. Vio el retrato colgado. Se persignó. Acordamos su paga y un horario. Podía empezar ya mismo. Le propuse ordenar la ropa de Rogelio para donarla.

Mientras ella vaciaba el primer placard, revisé la computadora. En las noticias ya se hablaba de un incidente en la tienda de la señora M... Describían de “brutal” la golpiza que recibió la asistenta. La hija apareció casi muerta. Culpaban por esto a sus captores y no a las adicciones de la piba. La eterna protección a los ricos. La preocupación, decía el marido, era encontrar a la señora... Gran favor le hacíamos.

Alterio me había instalado un programa para ver páginas que escapaban a los navegadores corrientes. En una aún exhibían al noviecito de Rogelio. Resistía heroico, piel y huesos. Me puse a ver las cámaras de nuestras chicas y

busqué la dirección que me dieron: TheRufinaExperience. La pantalla todavía estaba en negro.

*

Viviana había sido una bendición. Por vergüenza a que viera tantas botellas de alcohol, comencé a tomar menos. No esperaba que yo le dijera qué hacer. Preparaba sus utensilios e inventaba su lista de tareas. Una mañana encontró la urna cuando guardaba mi viejo bolso de trabajo. “¿Qué hago con esto, señora?”, me preguntó. La miré como una estúpida. Le conté la verdad, mi indecisión al respecto. Lo poco que conocía a Rogelio. Mi sospecha de lo que él hubiese deseado. “¿Por qué no lo lleva?”. A esa altura me daba lo mismo tirarlo o tenerlo en el placard. Pero me pareció la excusa para pasar tiempo con ella fuera del trabajo. Le pedí que me acompañara, el sábado. Viviana no sabía. Tenía un hijo que atender, iba a intentarlo. Al día siguiente me confirmó que vendría. Dejé mi uniforme limpio y perfumado.

El sábado llegó temprano con su nene. Se disculpó, no había quién lo cuidara. El pibe tenía sus ojos. Una mirada intensa. Parecía educado, calladito. No sabía cómo hablarle a un chico. “Saludá a la señora”, le ordenó. El nene me dio un beso. Sonreí como una tarada. Espié a la madre mientras caminaba a la cocina. Estaba de jean y con un suéter negro. El pelo atado con una colita. Aunque me negué a que trabajara, se puso a preparar el desayuno. Había venido Alterio y los viejos con los que se juntaba mi hermano en el edificio. Por suerte, Olivia y el doctor se ocuparon de entretener a la criatura. “¿Y esto qué es?”, preguntó por la silueta de Rogelio en el piso. Viviana lo hizo callar. No habíamos podido limpiar esa alfombra ni las manchas de sangre. Se quedó mirando el retrato colgado y la urna ubicada enfrente. Viviendo donde vivía debía estar familiarizado con la muerte.

Tomamos un té, mientras contaban anécdotas de mi hermano. Para mí era un completo desconocido. Quise inventar una historia de un viaje que ni yo me creí. Lo que realmente me acordaba no era lindo. Acepté quedarme callada, mirando a Viviana. Levantó las tazas cuando terminamos y nos preparamos para salir. El nene quería llevar la urna. Ya lo veía tropezando a los dos pasos y desparramando las cenizas. Además era pesada. Pero la puse en el bolso y se lo colgué del hombro. Cuando lo vio Viviana, lo retó. “¿Qué hacés vos con eso? Devolvelo que no es para jugar”. “Ella me lo dio”. Me hice la estúpida y

lo negué. Viviana me pidió disculpas.

*

El chico estaba encantado con el barrio. Iba de la mano de la madre tocando con la otra el paredón de ladrillos del cementerio. Se quiso soltar cuando vio enfrente el McDonald's del shopping. "Vamos, mami", empezó a pedir. "¿Podemos?", me preguntó después a mí. Ya iba a decirle que sí. "No seas maleducado", lo cortó Viviana y siguieron adelante. Olivia y Gabriel caminaban lento, tomados del brazo. Alterio se me puso al lado. "¿Se encuentra bien?". Yo estaba de lo mejor. El afectado era él. "¿Y la señora?". El doctor miró su reloj. "Enterradita". "¿No va a haber lío? ¿Dónde está?". Me pidió que no me preocupara, que no era el momento. Sólo me mostró una foto que recién le llegaba al celular. Se veían las manos de la mujer arañando la tapa encima. Detrás, su boca abierta.

*

El chico preguntó quiénes vivían ahí. "Los que se robaron toda la guita de este país", contesté sin pensarlo. Algunas bóvedas y mausoleos eran más grandes que la casa en la que nací. Viviana me miró seria. "Es un cementerio, como el del barrio". Me pregunté en qué podía compararlo con el de Avellaneda. Quería que nos acercáramos a algunos de los grupos de las visitas guiadas. A la chica que les describía el lugar a los brasileros se le entendía bastante. Olivia dijo que no hacía falta. Conocía los casos más nombrados: los próceres muertos, peronistas, radicales, artistas, científicos. El sepulturero que ahorró toda su vida para construirse el mausoleo en el que hoy descansa. El matrimonio con las estatuas que lo representan de espaldas, como se ignoraron en vida. Alterio le explicaba al chico quién había sido cada uno de esos nombres en la historia argentina. Me tenté con dejar las cenizas frente a la tumba de Eva Perón. Rogelio odiaba que papá lo llevara con él a la unidad básica. Le gustaban los morochos, pero no que no tuvieran plata. Pensé quizás en alguien con una muerte similar a la de él. Un crimen pasional, lujurioso, sangriento. ¿Cuántos habrían muerto en manos de un pibito que los yiraba? Alterio me codeó al pasar frente a la estatua de una chica. Rufina Cambaceres. Parecía intentar abrir una puerta. El doctor contó que confundieron un ataque

de catalepsia con su muerte y la enterraron viva. Encontraron el cajón corrido y a la chica arañada por la desesperación. “Esto es *art nouveau*, chiquito”, comenzó a decir Olivia para explicarle. “¿Y Alberto?”, preguntó Viviana. Lo vimos a lo lejos corriendo a unos gatos. La madre lo llamó a los gritos. Empezó a seguirlo. Los viejos fueron tras ella. Olivia apenas podía moverse. Cuando me iba a sumar, un gato me saltó encima. Me asusté, pero no lo hizo para atacarme. Se frotó en mi pierna. Era naranja, peludo, gordo. Intenté acariciarlo. Se corrió. Me miró y comenzó a alejarse. Se movía con delicadeza entre las tumbas. “Vení, carajo”, lo llamé. Más me huía. No sé por qué me obsesioné. Lo seguí hasta que paró a olfatear una estatua. Luis Ángel Firpo (1894-1960). Un hombre esbelto de bronce, bien marcado, con una bata que dejaba el pecho descubierto. De un costado sentí alboroto. Apareció Albertito, sonriente, con el viejerío atrás. Se quedó a mi lado. Viviana lo zarandeó por desobediente. Los viejos casi no tenían aire, pero se calmaron y vieron la estatua. “¿Qué les parece?”, pregunté. “Él estaría encantado”, aseguró Alterio. Los demás asintieron. Hasta Viviana. Le explicó al nene que el hombre había sido un boxeador famoso. No tenía dudas de que la paz de la que hablaba la señora Rogelio sólo la encontraría con un chongo así. Le dimos un beso a la urna y cubrimos el cuerpo del boxeador con los restos que quedaban de mi hermano.

Monte Castro
Quema, quema
María Inés Krimer

Marcia compra velas en el chino de Lascano. Al salir el neón le ilumina la cara con el juego de luces y sombras. Recipientes con basura. Diarios húmedos. Envases vacíos. Latas. Desde que empezaron los cortes los vecinos quemaron gomas en la avenida. El combustible escasea. Colas de autos esperando la carga. Un policía parado en la entrada de un edificio de ladrillos a la vista juega con un celular. Marcia se detiene un momento en la esquina de Segurola, lo mira, esquiva una baldosa floja, sigue. No puede precisar qué es lo que busca en las veredas mal iluminadas, en las caras nocturnas que cruza por las calles. El insomnio que sobrevino a la separación de Pablo la obligó a caminar una, dos horas después de la cena: su estrategia era deambular hasta cansarse. Fue en una de esas rondas que advirtió un cartel con letras verdes que decía: Cross Fire. El gimnasio estaba en un primer piso, en la mitad de cuadra. Una puerta enrejada. Un aviso de una bebida energizante. La foto de una atleta musculosa debajo de un vidrio. Marcia no dudó en gastar sus últimos ahorros en una calza Nike y zapatillas con cámara de aire. Desde que se mudó a Monte Castro va al gimnasio tres veces por semana.

Marcia sube la escalera. Adelante está la sala con máquinas para correr, bicicletas fijas y dorsaleras. Al costado, un bar con mesas de fórmica y unas medialunas que agonizan debajo de una campana de vidrio. La chica de la mesa de entradas se saca el chicle de la boca, lo estira y se lo vuelve a meter. Se apantalla con un folleto. Calor, dice. Para morir, dice Marcia. Un gato negro salta en la oscuridad y aterriza junto a su pierna mientras entra en la sala de Aerobics. El espejo que cubre parte de la pared está rajado. La humedad se filtra por los zócalos. La clase de esa noche tiene más gente que de costumbre porque los cortes obligaron a suspender varias en el último mes. Marcia separa una colchoneta, la acerca a la ventana. Una mujer con uñas fosforescentes estira los brazos en la barra, balancea la cabeza hacia un lado y hacia otro. Se incorpora y se instala cerca de la tarima. Un traba con short y remera fucsia llega a último momento y se ubica en la primera fila.

El profesor deja un esqueleto de juguete cerca del espejo.

—Vamos, no tenemos toda la noche. Acerquen mancuernas, barras.

Las paletas de los ventiladores se desperezan. Shakira inunda la sala de Aerobics.

—Trote.

Marcia le saca unos metros al traba y a la mujer de uñas fosforescentes. Cuando vuelven a cruzarse disminuye la velocidad. Pese al volumen de la música escucha los bocinazos de la calle, el roce de las zapatillas, el tintineo de unas llaves dentro de una riñonera. El clic del encendedor de Pablo suena todo el tiempo en su cabeza. Están en la segunda vuelta cuando Shakira enmudece. El profesor toca la bandeja, le da unos golpecitos con el dedo. Extrae el compact, lo mira de un lado y del otro. Lo vuelve a poner. Espera unos segundos. Palmó, dice. Hay un momento de vacilación, nadie sabe si seguir o no hasta que escuchan:

—Mancuernas.

El profesor agarra un par de tres kilos y, de espaldas, explica que los bíceps deben trabajarse con sobrecarga para lograr un efecto duradero. Las alumnas hacen cuatro series de veinte insistencias cada una. Marcia no deja de mirar al traba, le sorprende lo bien que combina el conjunto del short con la remera. Sólo se escuchan respiraciones acompasadas, el subir y bajar de los brazos, el zumbido de las paletas. El silencio de la sala de Aerobics amplifica los ruidos que vienen de afuera.

—Barras.

Marcia sostiene una con las manos hacia arriba, separada a la altura de los hombros. Las muñecas alineadas. La columna derecha. Los codos pegados al cuerpo: si se inclina hacia delante o se mueve hacia los lados se están usando otros músculos del cuerpo. Las luces se apagan de golpe. Otro corte, dice alguien. El profesor enciende una linterna. Seguimos, dice. Inclina el haz hacia abajo. Al piso, ordena. Ahora el esqueleto no es blanco sino amarillo. Marcia estira el brazo hasta tocar la colchoneta. Mira el desierto de cuerpos diseminados en la sala de Aerobics. Por la ventana entra un olor a gomas quemadas. Recuerda las fogatas de su infancia. La leña se apilaba en medio de la calle. El fuego primero era lento, después más intenso y más tarde se elevaba impulsado por los golpes del viento.

—Abdominales.

Marcia corrige la postura: la cabeza relajada, la mirada a cuarenta y cinco

grados, el mentón separado del cuerpo. Recorre la panza con el dedo. La rutina está haciendo efecto, piensa. Hay suspiros, quejas, deserciones. Las uñas fosforescentes de la mujer buscan la botella de agua mineral. El profesor dice: Quema, quema. Alguien se acerca tanteando en la oscuridad hasta encontrar una colchoneta vacía. Marcia siente un olor espeso, ácido. Después escucha un largo suspiro, como si la recién llegada viniera de lejos y le hubiera costado encontrar un lugar en la sala. Pagué hasta fin de año, se justifica mientras se acomoda en la cuerina. El profesor insiste: Quema, quema. Marcia piensa en el policía parado en el edificio de ladrillos a la vista. Hace dos noches la despertó la sirena de una ambulancia. Después no se pudo volver a dormir y cuando lo logró, ya de madrugada, soñó con el crepitar de las llamas, el calor, la casa boqueando en busca del aire. Cada tanto estallaba un fogonazo en otro sector y las mangueras de los bomberos se dirigían hacia las ventanas mientras volaba una lluvia de chispas y se ensanchaba una columna de humo que subía hasta el cielo.

—Duele —dice la voz.

—¿Qué?

—La piel, cuando se quema.

Marcia piensa si esa voz era un anuncio de lo que le espera, si terminará hablando con una desconocida en un gimnasio de mala muerte. Cuando se mudó a Monte Castro, después de la separación, dejó de ver a sus amigas. Nadie iba a atravesar la ciudad para tomar un café o compartir un *happy hour* en la confitería de Álvarez Jonte, entre jubilados que jugaban al truco, taxistas comentando un partido y las mujeres recién salidas de la peluquería. Te fuiste al culo del mundo, le reprocharon. El alquiler, dijo Marcia. Le avergonzaba contar que las amenazas de Pablo la obligaron a buscar un lugar alejado donde mudarse. No quiere pensar en el clic del encendedor amarillo ni en el celular estrellado contra el piso ni en las mangas largas que usó todo el verano para tapar los moretones violetas de los brazos.

—Glúteos.

Marcia gira, se pone en cuatro patas y levanta la pierna derecha hasta formar un ángulo recto. Mira hacia el costado. La mujer de la colchoneta se seca la frente con la palma de la mano.

—No doy más —dice.

Cuando se incorpora, el haz de la linterna ilumina una oreja oscura, como un higo chamuscado. Marcia intenta seguir la rutina pero se da cuenta de que no

puede. Tiene la impresión de que esa oreja es otra advertencia. Cierra los ojos para no ver las llamas. El calor igual quema. La puerta queda entreabierta y hay un silencio roto por la voz del profesor y el ruido lejano de la calle. En el momento en que la figura desaparece en la escalera la luz vuelve. Hay aplausos, gritos de entusiasmo. La mujer de uñas fosforescentes destapa la botella de agua mineral y toma un sorbo. El traba se acomoda el short en el espejo. Marcia mira la colchoneta vacía. Hay una lonja de gasa amarilla y pegajosa adherida a la cuerina.

Al salir, tropieza con el esqueleto. Afuera ya es noche cerrada. Ve, a lo lejos, el destello de las gomas en la avenida. Una mujer con bolsas del supermercado. Un hombre pasea un caniche. El perro le sale al cruce, la chucea. Siente las piernas empapadas debajo de la calza. Cuando llega a la esquina de Seguro la se detiene en el edificio de ladrillos a la vista.

—¿Pasó algo?

El policía aparta los ojos de la pantalla.

—Un hombre le arrojó alcohol a la mujer —dice—. Después le prendió fuego. Los vecinos escucharon los gritos.

—¿Y cómo está?

El policía no contesta.

Marcia apura el paso. Al doblar en Lascano se detiene. Saca de la basura un diario húmedo, lo entierra más en el recipiente. Se limpia los dedos en la calza. La mano tiembla al abrir la puerta del ascensor. Si Pablo se entera de dónde vivo, piensa. Pone la llave en la cerradura. Le sorprende que haya luz adentro. Por el corte se olvidó de apagarla.

Bajo Flores
De oficio
Ariel Magnus

Ni bien escuchó el grito, ya que el tiro no lo había oído, o no lo había interpretado como tal, pensó que para convivir con el manantial incansable de alboroto de un patio interno no hay que ni siquiera preocuparse por decodificarlo, de ahí que ese sitio tan público sea paradójicamente el mejor lugar para cometer un asesinato sin que nadie se entere; ni bien escuchó el grito e interpretó retrospectivamente el tiro que lo precedió y estuvo en condiciones de concluir que el golpe inmediatamente posterior sólo podía provenir de un cuerpo cayendo al suelo, Lichi se levantó del sofá y asomó la cabeza por la única ventana de su monoambiente. El silencio era tan perfecto que lo asustó: por primera vez desde que se mudara con su padre a ese departamentito del Bajo Flores no sonaba una sola radio ni ladraba un solo perro, no chocaban entre sí los platos ni se oía a nadie discutir por teléfono con su expareja. Semejante derroche de mutismo sólo se daba en los lugares donde acababa de ocurrir una tragedia espantosa.

Eran las tres de la tarde de un domingo gris, al igual que todos los días en ese edificio sin verdadero frente, sólo dos patios internos no mucho más amplios que un aireluz, como se denominaba en esa ciudad a los huecos de tufo y penumbra hacia donde ventilaban los ambientes más infectos de la convivencia urbana. Lo natural hubiera sido hacerse el boludo, el deporte más popular en ese país luego del otro que también se jugaba con una pelota, pero Lichi no había elegido la profesión de policía para escaparle a una responsabilidad que le hubiera cabido incluso como civil, acá y en la China. Así como estaba, que era menos de civil que de entrecasa, salió del departamento y tocó timbre en el de enfrente. Si lo impulsaba además algún afán de gloria, de resolver por sí solo un crimen y así trepar abruptamente en el escalafón, una fantasía de boludo importante, diplomado, ni él tuvo tiempo de darse cuenta.

Enfrente lo atendió una señora menuda, casi tan joven como él, que sostenía a un nene de una mano y un revólver en la otra. Si hubiera salido en calzones,

Lichi se habría sentido menos desnudo que ahora sin su reglamentaria. Lo que más lo asustó fue que se tratara de un revólver muy antiguo, casi una pieza de museo, de esos que la gente hereda cargados y no sabe usar.

—Perdón, pensé que era mi exmarido —dijo la mujer guardando el arma en un bolsillo—. Pase.

En el medio año que llevaba en el edificio, Lichi no había pasado con esa mujer del saludo casual, siempre saliendo o llegando del trabajo, por lo que tuvo que concluir que inspiraba más confianza así que con el uniforme de policía, uno de los más desprestigiados en un país donde no se salvaba casi ninguno, salvo tal vez el guardapolvo blanco, y sólo el de una maestra de primaria (de escuela rural).

Aceptó el convite impulsado menos por su improvisada investigación que por curiosidad lisa y llana; de ese departamento entraban y salían más niños de los que debían caber de pie y sentía intriga por saber cuántos eran en total.

Contó siete, cada cual algunos centímetros más alto que el de al lado, como muñecas rusas desplegadas, pero tan quietitos y silenciosos que parecían uno solo, y no argentino. Tampoco lo eran, sino de Perú, a juzgar por la banderita plantada sobre el televisor, clavado a su vez en un canal musical de aquel país. Lo que explicaba que siendo tantos casi no hicieran ruido, que era lo que a Lichi más lo sorprendía de su vecina, era que el departamento, además de pequeño, estaba atestado de mercadería. Ni el más endiablado de los purretes hubiera podido corretear por ese espacio. Fardos y fardos de todo tipo de productos se apilaban contra las paredes, obstruyendo incluso la única ventana del monoambiente. Según su tamaño y consistencia, los paquetes de paquetes ocupaban el lugar de los diversos muebles faltantes, mesa y sillas, repisas, sillón y aun camas. El olor a film adherente sobrepasaba al del picante, y de una comida para ocho personas.

—Justo estaba necesitando mondadientes —dijo Lichi al toparse con el bulto que no dejaba abrir del todo la puerta, mientras trataba de establecer, no si esa mercadería era legal o ilegal, sino a qué estrato de la ilegalidad pertenecía, para de ahí deducir si al ladrón de ladrones le tocaba el perdón o ya nuevamente la cárcel.

—¿No me ayudaría a ponerlo allí arriba? —le señaló la otra un hueco entre el techo y un par de torres de trapos de piso.

A Lichi no le molestó, más bien le resultó un alivio, que la vecina hubiese demorado tan poco en dejar en claro por qué lo había hecho pasar.

Caballerosamente se agachó, hinchando el pecho como un levantador de pesas y pidiéndole ayuda con un guiño al más grande de los enanitos, que no debía tener más de seis años. Y mal no le hubiera venido que le dieran una mano, pues la suma de esos elementos sin peso específico individual daba un inesperado y casi inmanejable peso muerto. Llevarlo hasta el sitio indicado le costó más que la noche anterior arrastrar a su padre borracho hasta la cama, por muy flaco que fuera.

—¿No escuchó nada anómalo hace un momento? —preguntó con voz agitada por el esfuerzo, en parte también para recuperar el aire antes de irse.

—Oí un grito —asintió la Blancanieves morena tras un momento de vacilación, tal vez generado por la anómala palabra que había elegido él para referirse a un ruido raro o extraño—, debe haber sido la tarada del segundo. Parecía que la estaban matando. Por eso pensé que podía ser mi exmarido que se había confundido de piso.

Lichi se despidió tocándose la gorra que no tenía puesta y subió el piso de diferencia por las escaleras. Eran tres los departamentos que daban hacia el lugar del crimen (acústicamente hablando) y no supo por cuál empezar. Recién cuando tuvo que prender por segunda vez la luz, le llegó la iluminación: si la peruana había dicho que su marido se podría haber confundido, el departamento sólo podía ser el inmediatamente superior. Tocó el timbre.

Enseguida oyó un gemido que era sofocado con corrimiento de cosas. En un departamento contiguo empezó a ladrar un perro. Volvió a tocar, acercándose instintivamente a la mirilla, como si por ella se pudiera ver el interior. Por eso quizá no se sorprendió tanto de que ese fuera el caso: la habían colocado al revés (¿o estaría al revés la puerta?). Igual no vio mucho, apenas un pasillo y al fondo las piernas de una persona en silla de ruedas. Las piernas desaparecieron y en su lugar se fue acercando un hombre calvo de barba abundante.

Cuando al fin le abrieron, se había vuelto a apagar la luz (más que un *timer* le habían colocado la próstata de un anciano, imaginó pensando en su padre, que acaso en ese mismo momento estuviera levantándose a orinar, si es que la borrachera se lo permitía). La luz que venía del otro lado del departamento, aunque tenue, no le dejó ver la cara que puso su vecino cuando le explicó que había escuchado gritos y venía a cerciorarse de que no hubiera ocurrido ninguna desdicha (la palabra correcta habría sido *desgracia*, pero era de las que le costaba pronunciar). Habría sido importante poder verle la cara porque

el hombre no contestó.

—¿Puedo? —exigió Lichi, olvidándose de que no tenía el uniforme puesto, por no hablar del encargo de allanar un domicilio o el permiso de un juez para hacerlo (pero eso sí que hubiera sido buscarle lo que se dice el pelo al huevo... del boludo).

Demoró unos segundos más en comprender que el otro no entendía castellano y le dio una primera lección, tanto del idioma del país como de su idiosincrasia, abriéndose paso sin más formalidades. A diferencia del departamento de arriba, éste se encontraba casi vacío, apenas si tenía unas telas colgando de las paredes y un par de alfombras en la base de mueblecitos endebles, como hechos de escarbadientes. Sin embargo, la opresión que reinaba en el ambiente era mucho mayor, casi insoportable. Lichi la sintió en el estómago y en el pecho, antes aun de que se potenciara al asomarse a la cocina y ver la silla de ruedas, embutida ahora entre la heladera y una mesa rebatible de fórmica descascarada. Las piernas flacas y desnudas hasta los muslos que en Lichi habían despertado algún ramalazo de fantasía erótica (que jamás confesaría, ni siquiera a sí mismo) pertenecían a una muchacha con los miembros y el rostro desfigurados por una horrible enfermedad, de esas que Lichi se congratulaba de ni siquiera saber el nombre. Tenía el pelo cortado de cualquier manera, la mirada perdida en el techo, la boca babeante y como único rasgo vivaz un aro verde que le colgaba de un lóbulo horriblemente inflamado. Lo que a primera vista parecía un cinto, ciñéndole casi a la altura del escuálido pecho su túnica también verde, enseguida se reveló como una faja que la mantenía atada a su silla precaria, de obra social. No había forma de dudar, en cambio, de que eso que le tapaba la boca era una mordaza casera.

—Ella quería —apareció de pronto una mujer, que aun cubierta por un velo delataba ser la madre de la muchacha.

Conmovido por el hecho de que los rasgos parentales sobrevivieran a una enfermedad tan deformante (¿sería también por eso que se las llamaba *genéticas*?), Lichi tardó unos segundos en entender que la señora sí sabía el idioma, no como su marido, y que le estaba dando explicaciones antes de que él se las pidiera. Estuvo tentado de preguntar qué era lo que había querido la pobre muchacha, si que la ataran o que la amordazaran o ambas cosas, pero la formulación volvió a provocarle una puntada de goce oscuro, infame, y calló avergonzado.

—Ella quería —repitió la madre como un mantra, o como se llamara en su

país a los rezos repetidos—. Ella insistió.

Mientras procedía a desatar la tela que le cruzaba la boca a su hija, despacio y como midiendo si ella entendía que debía comportarse porque había visitas, el padre le ofreció té en una tacita diminuta que parecía haber sacado del bolsillo, como ciertos mozos el plato de ñoquis o milanesas con fritas casi antes de que uno termine de pedirlos. Parecían sentir tanta culpa por el estado de su hija que Lichi empezó a sentirla también, pero aplicada a su propia presencia en el lugar. Habría huido de inmediato si el gentil tecito no lo hubiese amarrado a la situación con lazo más insalvable, a su sutil modo, que la faja para los débiles y retorcidos brazos de la gritona.

—¿No les llamó la atención accionándose hace un momento un sonido como de pistola? —aprovechó entonces para interrogar a los posibles testigos.

—La que tiene un arma es la loca de abajo —dijo la madre, casi con el mismo desprecio con que la otra había hablado de su hija.

En ese momento volvió a escucharse un tiro, mucho más fuerte que el anterior, por lo que Lichi dedujo que debía venir de más arriba todavía (aunque es el sonido el que sube). Apuró la tacita (dejar a medio consumir un recipiente tan pequeño se le antojó que podía ser tomado por una afrenta imperdonable en la cultura de esa gente) y se despidió de la familia. La seguridad de que se toparía con varios vecinos, todos preguntándose qué había pasado o incluso parados alrededor de un cadáver, intensificó la oscuridad y el vacío con que se encontró en el pasillo. Frente a la disyuntiva de la escalera pensó por un instante en olvidar el asunto y volver a su departamento, al menos para cerciorarse de que su padre llegara al baño y no le manchara la cama.

Fueron más bien las piernas las que le dieron al cerebro la orden de seguir subiendo y llevar el asunto hasta sus últimas consecuencias, como se dice, aunque el verdadero extremo era más bien el origen de toda esa insensatez. ¿Quién quedaba, no digamos en el rubro policial, sino en cualquier otro, excluyendo al de las maestras rurales, que aún actuase lo que se dice *de oficio*? Lo más parecido que conocía Lichi a hacer lo que se debe hacer sin que nadie te lo exija ni te vaya a reclamar en caso de abstenerte era el así llamado *trabajo a reglamento*, al que acudía sobre todo el gremio de los choferes a modo de protesta cuando pedían aumentos de salario. Cumplir con las propias obligaciones era en ese país una paradójica manera de hacer huelga.

En el tercer piso, la lamparita del pasillo no trabajaba ni a reglamento. La única luz era la que proporcionaban los visillos, tal vez estuvieran todos al revés. Todos menos uno, notó Lichi, y no porque estuviera en la posición correcta sino porque la que estaba ladeada era la puerta misma. Se acercó y la empujó como para entrar, pero cuando bajó la vista vio un hilo de sangre corriendo por el piso. Siguiendo el hilo hacia afuera notó que enseguida se espaciaba hasta transformarse en gotas en fila y concluyó que ésa debía ser la dirección que había tomado el acuchillado, luego de taparse la herida.

El caminito conducía a las escaleras nuevamente, no del lado que había emergido él sino del que seguía hacia arriba. *Terra incognita* para Lichi, que nunca había pasado de su primer piso, de ahí que tendiera naturalmente hacia las escaleras y no hacia el ascensor, como cualquier hijo de vecina (del segundo piso para arriba). De ahí también que al llegar a la terraza y no ver a nadie, pero sí la ropa recién colgada y goteando, se sorprendiera de no haberse cruzado con ninguna persona en la escalera. Siguiendo el impulso que lo había hecho ascender los tres pisos al trote, revisó la terraza de punta a punta, lo que tampoco era tanto decir, pues el tamaño de los seis departamentos más el pasillo debía equivaler al de un solo departamento de familia en un barrio más acomodado, es decir, casi cualquier otro de la capital.

Se reclinó a descansar sobre una de las barandas, sacó un cigarrillo, buscó encendedor, no encontró pero igual se lo puso en los labios, succionó por acto reflejo y hasta llegó a sentir el humo entrando en los pulmones. Era el colmo de la sugestión, luego de haber buscado al dueño de la ropa como si colgarla en la terraza fuera un delito (lo era, en cierta forma, o en todo caso se había discutido ya varias veces en las reuniones de consorcio la posibilidad de clausurarla, debido a que los vecinos subían con tacos o elementos punzantes y agujereaban la membrana, pero aun así no se justificaba actuar de oficio en este caso). Y no le podía echar la culpa de su sugestión a la sangre, pues más tarde bajo la luz externa se habría revelado como agua ennegrecida por alguna prenda de mala tintura.

Haciendo como que fumaba, Lichi se quedó un momento más a contemplar la calle de su edificio, tanto más desolada y gris un día domingo si se tenía en cuenta que durante la semana era un colorido caos de tráfico, mercadería, changarines y clientes. El bullicio diurno era tal que de alguna manera reverberaba aún en los grafitis de las cortinas metálicas, en los carteles

gritones proyectándose como lanzas hacia el asfalto, en las veredas sucias y rotas por el uso. Bien mirada, la calle no estaba vacía sino llena de vacío, tumultuosamente solitaria, como un teatro horas antes o después de la función. ¡Esa calle era un cigarrillo sin encender! O un cigarrillo electrónico trucho, de los que vendían precisamente en esos locales.

En ese tupido silencio Lichi fue testigo cenital de un robo a mano armada. Una chica que pasaba caminando era sorprendida de pronto por dos delincuentes que se materializaron de la nada (por muchas similitudes que en ese país se le viera a la policía y a sus contrincantes, en eso sí que eran lo opuesto, pensó Lichi, pues la ley se anuncia con sus patrulleros ya desde lejos, como ahuyentando cualquier peligro, y después nunca termina de llegar). Mientras uno de los jovencitos le apuntaba con una 22 menos verosímil, incluso a la distancia, que las que se ofertaban en plástico detrás de las cortinas metálicas, el otro le quitó el celular y la cartera, que revisó con la velocidad de un agente aduanero sin ganas de trabajar, pero encontrando enseguida todo lo que quería. Quince segundos más tarde se habían evaporado y la muchacha, con la boca abierta aún para un grito que nunca atinó a dar, tropezó con una baldosa levantada y casi cae a la calle. Pero ni siquiera ese peligroso tambaleo despertó en Lichi el impulso de ir en su ayuda, tal vez porque todo se había desarrollado en el mayor de los silencios, como en una película vista sin volumen. Vio alejarse a la víctima como si nada hubiese interrumpido su paseo y tiró el cigarrillo por la borda de la terraza como si realmente se lo hubiera fumado.

Bajó las escaleras asombrándose con cada peldaño un poquito más por su pasividad ante un delito concreto, a ojos vistas, en medio de su insensata prosecución de uno ilusorio, de oídas. La materialidad de lo que acababa de ver al menos influyó en su interpretación del tercer disparo que escuchaba ese domingo, justo cuando daba la vuelta a la escalera en el quinto piso. Tocó el timbre del departamento respectivo sabiendo que ese ruido no provenía de un arma sino a lo sumo de alguien queriendo imitar su sonido. Le abrieron enseguida, como si lo hubieran estado esperando.

—¿Vienes por los disparos? —preguntó entusiasmado un joven cubierto con la camiseta del seleccionado colombiano varios talles más grande que su torso —. ¡No sabes la alegría que me das! Estoy haciendo una serie de tutoriales para YouTube de cómo fabricar efectos caseros de sonido, pero caseros en serio, sólo con cosas que hay en cualquiera casa. Ya hice lluvia, truenos,

carreta, chirrido de gomas y nave espacial, pero no encontraba la manera de hacer un disparo. Porque lo de reventar un globo o hacer rebotar un listón contra una mesa no sirve. Tampoco lo del Zippo o la engrampadora me terminan de convencer para los gatillamientos. Además, ¿quién tiene globos en su casa, verdad? Después de mucho buscar encontré una receta excelente. Pero no me iba a dar por conforme hasta que algún vecino no se asustara y viniera a ver a quién estaba matando.

Lichi, al que le zumbaban los oídos por la cháchara del caribeño (para él, el Caribe empezaba en Río), puso su mejor cara de boludo (la normal, según le decían) y sacando el paquete de cigarrillos dijo que no venía por ningún ruido, sino por fuego.

—En la azotea me di cuenta de que me faltaba llama pal fumo —gozó al menos de ese pequeño triunfo que implica hacer que otro se sienta más boludo de lo que se siente uno mismo.

Azorado, pero sin dudar ni por un momento de que le decían la verdad, el youtuber sonidista metió la mano en el bolsillo de su short y extrajo un Zippo. Al chasquearlo un par de veces antes de conseguir la llama ambos se dieron cuenta de que el sonido era exactamente igual que el de gatillar un arma. ¿No eran acaso los encendedores del ejército norteamericano en Vietnam?, recordó Lichi. Con el pretexto de hacerlos resistentes al viento habían creado un arma sonora que debía poner muy nerviosos a los prisioneros de guerra en las sesiones de tortura. Pensó en transmitirle este saber al moreno, pero prefirió trocarlo por uno más cercano a sus intereses.

—La imitación más acabada del sonido de una pistola es el sonido de una pistola, y acá todo el mundo tiene una en su casa —impartió a modo de agradecimiento una nueva lección de civilidad argentina, justo él, aunque tal vez fuera el más indicado, cada cual tiene a fin de cuentas el maestro que se merece.

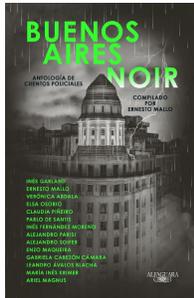
Desistió de subir de nuevo a la terraza y bajó con deliberada lentitud, para aprovechar al máximo el tabaco antes de llegar a su departamento, donde su padre no le permitía fumar. Tampoco le permitía hacer ninguna otra cosa, en rigor, salvo claro está cumplir con su deber filial de cuidarlo, y tampoco esa tarea se la hacía fácil, más bien lo contrario. Por eso lo había dejado emborracharse una vez más, cansado de buscar y tirar las botellas de Sake que traía a escondidas a la casa.

El lento descenso le sirvió además para pensar en el caso del aireluz y

terminar de resolverlo. Cuando pasó por el piso de los árabes entendió que lo que quería la hija era ese adorno que le vio colgando de la oreja y que le había dejado el lóbulo como un tomate. Lichi prefería ni imaginar con qué le habrían hecho el agujero, en todo caso estaba claro que a eso se debía el grito desgarrador que había sido castigado con la mordaza. Y cuando llegó al piso de Blancanieves y los siete peruanitos entendió que el bulto que había levantado era seguramente el que se había caído luego del grito, y luego del tiro también. Así tenía que haber ocurrido el crimen, cuyo escenario no era otro que el patio interno de su mente. Él era el culpable y el detective, y bien pensado incluso la víctima.

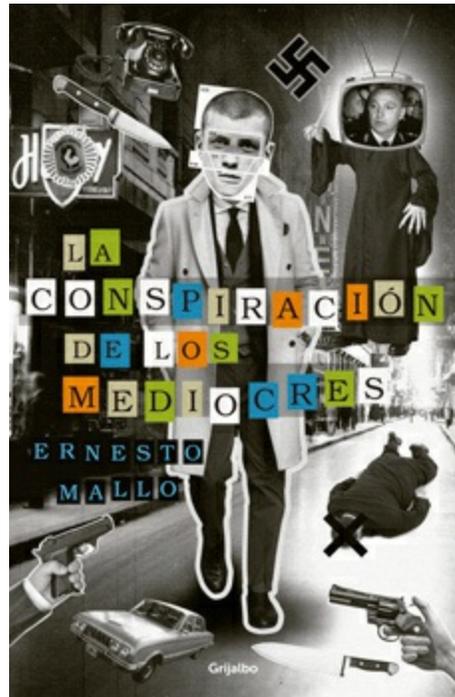
Frente a la puerta de su departamento se acordó de mirar por el visillo, no tanto para comprobar que estuviera invertido como para terminar el pucho. Pero estaba invertido, y lo que vio fue espeluznante: su padre se había caído de la cama y la cabeza parecía haber dado contra la silla de hierro que hacía de mesita de luz, en todo caso sangraba copiosamente, tiñendo la alfombra. Por la posición del brazo derecho se podía deducir que invertía sus últimas fuerzas en llegar al celular de su hijo, vaya uno a saber para llamar a quién.

Lichi, que había estado a punto de tirar la colilla y aplastarla con el pie, la aprovechó para encenderse un nuevo cigarrillo y seguir camino a la calle. De pronto se había acordado de que tenía que comprar algunas cosas y supuso que el chino de la vuelta estaría abierto (sus paisanos eran los únicos que trabajaban en serio en ese país). Luego pensó que mejor iba a la comisaría, a ofrecerse como testigo del hurto presenciado desde la terraza. De paso podía contar la historia del patio interno, seguro que sus colegas se la iban a festejar, aunque después lo trataran de boludo (ya le decían Lichi, como si fuera una fruta, así que le daba igual). Lo importante era demorar la vuelta a casa lo máximo posible y que todos supieran que si la había abandonado por un rato sólo había sido para cumplir con su deber.



LOS BARRIOS DE BUENOS AIRES TIENEN ESE QUÉ SÉ YO... ¿VISTE?

Convocados a escribir un cuento policial que transcurra en algún lugar de Buenos Aires, catorce autores y autoras argentinos nos ofrecen este singular volumen con el que los lectores recorrerán la ciudad. Bajo Flores, San Telmo, Belgrano, Almagro, Chacarita, los barrios porteños cobran vida a través de las tramas y los personajes. Al cuidado de Ernesto Mallo, esta antología *noir* ofrece un itinerario muy distinto al habitual para una capital única.



Otro título de Ernesto Mallo

Garland, Inés

Buenos Aires Noir / Inés Garland [et al.] ; compilado por Ernesto Mallo. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-738-595-3

1. Antología. 2. Cuentos. I. Mallo, Ernesto, comp. II.

Título.

CDD A863

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© 2017, Akashic Books, New York

(www.akashicbooks.com)

Título original: *Buenos Aires Noir*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-595-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me **gustaleer**

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Buenos Aires Noir

Introducción, por Ernesto Mallo

Infidelidades

Belgrano R. La esposa muerta, por Inés Garland

Once. Amor eterno, por Ernesto Mallo

Chacarita. El naranja es un color hermoso, por
Verónica Abdala

Amor

Núñez. Tres ambientes con patio, por Elsa Osorio

San Telmo. La muerte y la canoa, por Claudia

Piñeiro

Caballito. Una cara en la multitud, por Pablo De
Santis

Crímenes imperfectos

Parque Chas. Crochet, por Inés Fernández Moreno

Mataderos. La furia del Gusano, por Alejandro
Parisi

Palermo. El camaleón y los leones, por Alejandro
Soifer

Almagro. Has dicho mi nombre, por Enzo

Maqueira

Villa 31 y Barrio Parque. El onceavo dorado, por

Gabriela Cabezón Cámara

Recoleta. Los isleños, por Leandro Ávalos Blacha

Monte Castro. Quema, quema, por María Inés

Krimer

Bajo Flores. De oficio, por Ariel Magnus

Sobre este libro

Créditos